

# PRIMER DRAMA

HISTÓRICO ESPAÑOL, DE ASUNTO NACIONAL,

REPRESENTADO EN 1524,

HOY COMPLETAMENTE DESCONOCIDO.

(Continuación.)

## LA CABA.

Dos hijas del conde Julián recuerda la Historia, pero sin cuidarse de los nombres que llevaron, ni de ninguna circunstancia de su vida, á no ser la de haberlas entregado en rehenes su padre al caudillo Tárik, el año de 709, para afianzar el compromiso indigno de rebelarse contra España.

Otra hija, mayor seguramente, adjudica la Fábula al Conde, con el nombre gótico de *Floresinda*, ya transformado en *Florinda*, y con el arábigo de *Cahba*, esto es, "Ramera," de donde vulgarmente se conoce por el de la *Caba*.

Hasta aquí he procurado consagrar mis fuerzas á poner en su punto la verdad histórica de hombres y sucesos, al examinar la caída y ruina del Imperio visigodo y la conquista de España por los Árabes.

Cúmpleme ahora historiar la novela.

En el año 871 murió el egipcio Abderrahman ben Abdelháquem, dejando escrita una historia especial de la conquista de África y España por los Sarracenos. Compúsole recogiendo tradiciones de acá y acullá, cuándo fieles, cuándo fantásticas, y haciendo un sartal de todas ellas. Supo en cierta ocasión por un tocayo suyo, quien lo sabía por dos árabes, y éstos por otros de su nación, que hubo en Toledo una casa fuerte deshabitada, pero con muy

bien encerrada puerta; en la que, para que nadie entrase, ponía cada Rey visigodo un cerrojo más. No quiso don Rodrigo seguir el ejemplo de sus antecesores, codiciando ver qué se guardaba en aquel misterioso palacio; y sólo en sus paredes halló pintadas figuras de árabes y un letrero que decía: "Cuando se abran las puertas de este alcázar, las gentes retratadas aquí se enseñorearán de los confines españoles."

Abdelháquem llegó á saber de un cierto Ozmín que, subyugada Tánger, capital de los dominios hispano-visigóticos en África, Muza confió á Tárik la prosecución de la guerra. El cual tuvo la suerte de hacerse amigo y apazgado de Julián, conde de Ceuta, que andaba rostrituerto con su amo el Rey de España, por haberle éste corrompido á una hija. Ciego de vengativo furor el Conde, y poseyendo la llave del Estrecho, abrió á Tárik las puertas de España; sin discurrir otra mejor venganza, ni más propia, ni más verosímil (1).

Hacia el año de 936 falleció el renombrado Ahmed Arrazí, á quien los Árabes llaman por excelencia el Cronista; y en su obra no hizo caso de semejante especie (2).

Hijo suyo fué Isa, á quien nosotros decimos *El moro Rasis*; el cual adicionó y retocó la *Historia de España* escrita por su padre, dándole la última pincelada en 976. Vino á echar de menos en el original heredado lo fantástico y novelesco del egipcio Abdelháquem; y no solamente se lo apropió, sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios y mayor colorido y viveza. En su pluma, Tárik ve á deshora, desde su alcázar tangerino, venir por la mar unas galeras de España. Traen á Julián y á dos parientes de Wittiza, que le piden ayuda para subir al trono y vengarse de Rodrigo. Cuéntanle ser costumbre de los Monarcas visigodos tener por meninos y meninas á los hijos é hijas de los patricios ("costumbre, advierte el historiador, que aun hoy guardan"—aludiendo, sin duda, al palacio leonés de Ramiro III); y que el rey D. Rodrigo había

(1) EBN ABDELHÁQUEM, 209. JOHN HARRIS JONES tradujo al inglés y publicó lo relativo á España, en Gottinga, el año de 1858.

(2) Infiérese por el hecho mismo de apoyarse EBN ALJATHIB en la autoridad de EBN ALCUTÍA para creer que D. Rodrigo forzó á la Caba, y no en el testimonio de AHMED ARRAZÍ, de quien cita muchos y largos trechos relativos á pormenores de la conquista. Lo propio se deduce por EBN ADZARÍ, *Bayán almogrib*, 7.

forzado á la hija del Conde, la cual era en palacio una de las meninas. Ella se lo ha escrito á su padre, á la vez que le escribe también el Rey pidiéndole buenos halcones para la caza; á quien contesta que se los enviará tales y tan buenos, como no los haya visto jamás. Los halcones han de ser Tárik y sus audaces berberiscos (1).

El bien aderezado cuento agradó á un prócer en la corte de Alháquem II, á un fastuoso cordobés, á un descendiente de Olmundo, el hijo mayor del rey Wittiza, al famoso historiador Ebn Alcutía, el cual murió en 977. *Ebn Alcutía* quiere decir *El descendiente de la Goda*, recordando á Sara, la hija mayor de Olmundo y heredera, con otros dos hermanos, de las paternas posesiones y aldeas, hasta en número de mil, que fueron precio infame de la vil traición á la patria. Mucho debió lisonjear al historiador hallar poéticamente explicada y cohonestada la maldad execrable de aquel abuelo suyo (2).

Treinta años después el autor anónimo de la *Colección de tradiciones* (*Ajbar machmúa*), habló de todo ello como sabido y corriente (3).

Ni desplació el novelesco relato de Isa Arrazí á Ebn Adzarí de Marruecos; y le hubo de incluir en su *Historia de África y España* (*Bayán almogrib*), escrita hacia los primeros días de la centuria XIII (4).

Otra especie más verosímil, pues desde luego no envuelve el anacronismo de que perdió á España D. Rodrigo por haber hecho fuerza á la Caba, debemos á un varón santo del siglo XIII. Era gran conocedor de las historias arábicas; había nacido, en Valencia, de padres mozárabes y le realzaron los títulos de profundo teólogo por la Universidad de París, fraile de la Merced, obispo titular de Granada, y propietario de Jaén hacia el otoño de 1296. Cautivo al año siguiente y llevado al corral y mazmorras de la granadina Alhambra, alcanzó en ella la palma del martirio por predicar la fe ardentísimamente y

(1) En el *Bayán almogrib*, 8.

ISA ARRAZÍ refundió la obra de su padre ÁHMED ARRAZÍ, y esta refundición se vertió más de una vez al castellano (la última en 1312), siempre con ruda Minerva. Entre nosotros la versión castellana se denomina *Historia del moro Rasis*.

(2) EBN ALCUTÍA, 8.

(3) *Ajbar machmúa*, 5.

(4) EBN ADZARÍ, 7, 8, 9.

escribir sin descanso contra la secta de Mahoma. San Pedro Pascual de Valencia (1227-1300), pues no es otro el autor á quien me refiero, compuso entre los hierros de la cautividad y romanceó el año último de su vida un hermoso *Libro sobre la seta de Mahómah*; en cuyo capítulo VII del título I trata de la pérdida de España. Refiérese allí á crónicas é historias muy antiguas y bien informadas, seguramente de las ricas bibliotecas reunidas en la espléndida ciudad del Jenil, y atribuye, no á D. Rodrigo, sino al lascivo rey Wittiza el agravio hecho á la hija del conde D. Illane (1).

Medio siglo más adelante un esclarecido granadino, Ebn Aljathib (1313—1374), prescindiendo por completo de aquella bien encaminada opinión, y acomodándose á la de Ebn Alcutía, escribe no haber nadie que ignore cómo Julián acudió á vengar con las armas la ofensa que recibió del rey D. Rodrigo (2).

Sin embargo, no le hubo de seguir en tan vulgar é infundado parecer su contemporáneo y biógrafo el insigne Abderrahman ebno Jaldón (1332-1406), tunecino, servidor de los Reyes de Beni Merín, luego de Mohámmad V de Granada, quien le envió de embajador al rey D. Pedro I de Castilla, y por último, cadí en Egipto y en Damasco. Suya es una importantísima *Historia Universal*, donde hallamos lo siguiente:

وبعدہ (ایقۃ) غسطة (غیطشۃ) اربع عشرة سنة وهو الذی وقع سن قصته  
مع ابنة یلیان عامل طنجة ما وقع ثم بعدہ ردریق سنین وهو  
الذی دخل المسلمون

”Después de Egica vino á reinar Wittiza catorce años; y le pasó lo que le pasó con la hija de Julián, gobernador de Tánger. Tras Egica imperó dos años Rodrigo; y entonces le acometieron los Musulmanes” (3).

(1) *Libro contra la seta de Mahómah, que yo D. PEDRO OBISPO DE JAÉN romanceé á servicio de Dios. Et esto fiz seyendo presso en Granada* (1300): I, 7.—D. MARTÍN DE JIMENA JURADO, *Catálogo de los Obispos de las Iglesias Catedrales de la diócesis de Jaén*, Madrid, 1654: págs. 238 á 320.—P. PEDRO ABARCA, *Los Reyes de Aragón en Anales Históricas*, Madrid, 1682: II, Adiciones.—D. Gaspar Ibáñez de Segovia, MARQUÉS DE MONDÉJAR, *Obras Chronológicas*, Valencia, 1744: páginas 246 á 253.

(2) EBN ALJATHIB, en CASIRI, II, 251.

(3) Manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, 742, Q, folio 89, cotejado con

Por último, al cabo de dos largas centurias, Almakkari, berberisco de Tremecén, como fuese á Damasco, explicó allí historia y literatura españolas; y de las explicaciones hizo un libro en 1634. Al referir la caída de Rodrigo y las hazañas de Tárik, gusta de averiguar con exactitud las fechas y circunstancias de muchos sucesos; pero abulta la fábula con nuevos pormenores. Pinta al valeroso Tárik dormido, cruzando el Estrecho en su nave capitana, y apareciéndosele sobre las rizadas ondas el falso Profeta y los cuatro primeros Califas, que le anuncian imperecederos laureles; y en cuanto pisa las playas andaluzas, una viejecilla, mujer de cierto adivino, le grita que se mire bien, y sepa estar llamado á esclavizar á España quien tenga la cabeza gorda y un cerdoso lunar en la paletilla izquierda. Almakkari no toma en cuenta lo dicho por el Mártir de Granada y por Ebno Jaldón, y se acomoda á lo vulgarizado por Ebn Abdelháquem (1).

Nuestros cronicones hispano-latinos, dictados por obispos y sacerdotes, conserváronse limpios de mentiras y fábulas, desde el año 410 hasta el de 1110; y no cayeron en la tentación de falsificar al último godo. ¡Cuán bien decía el insigne crítico y humanista sevillano Alfonso García de Matamoros, estar nuestros antiguos cronicones á tanta distancia del esparcimiento y deleite, como de la falsedad y la ineptia: *quam a deliciis longe, tam ab ineptiis procul* (2)! Pero, reducidos á pavesas los archivos, al hundirse entre llamas todas las iglesias visigóticas, durante cuatro siglos de guerra feroz (3); y después que, hacia el año de 850, los Muladíes y los Árabes españoles comenzaron á escribir historias y novelas en la fastuosa corte de los Humeyas cordobeses, leídas con avidez lo mismo á orillas del esclavizado Guadalquivir, que en las libres del Nalón y del Arlanza, ¿cómo habrá de sernos extraño que,

---

el 742, K, por mi docto amigo el DR. D. FRANCISCO GUILLÉN Y ROBLES, insigne historiador de Málaga, que ha tenido la bondad de franquearme tan curioso texto.

Puedo aquí ofrecerle en caracteres árabes, para satisfacción de los estudiosos, por fineza del sabio catedrático de lengua árabe en la Universidad Central, D. FRANCISCO CODERA Y ZAIDÍN, que se ha tomado la molestia de componerle por sí mismo y dejarlo á mi disposición.

(1) ALMAKKARI, I, 158.

(2) ALFONSO GARCÍA DE MATAMOROS, *De adserenda Hispanorum eruditione, sive de Viris Hispaniae doctis narratio apologetica*; Madrid, 1769, pág. 66.

(3) EBN HAYÁN (1077), en ALMAKKARI, I, 174.

en la primer década del siglo XII, el curioso monje de Silos acepte la por entonces vulgar conseja de D. Rodrigo y la Caba (1)?

Ya con la autoridad del Silense, no tuvieron reparo de admitir la fábula nuestros historiadores y cronistas. En 1243 la realzó con severa y galana frase D. Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo (2); en seguida el rey D. Alfonso X el Sabio (1221-1284) (3); y, por último, y con los más novelescos atavíos, el Livio español Padre Juan de Mariana (1536-1623) (4).

Entretanto, noveladores y poetas no se descuidaban en agrandar la bola de nieve. Hacia el año de 1443, Pedro de Corral dejó largamente correr su pluma por la caballerisca y fabulosa *Crónica del Rey Don Rodrigo, con la destrucción de España*, que la Imprenta, casi recién nacida, se apresuró á vulgarizar; y que luego reprodujo la de Sevilla en 1511, 1512, 1526 y 1527; en este mismo año, la de Valladolid; la de Toledo, en 1549; y la de Alcalá, en 1587. Llevan algunos ejemplares de este libro de caballerías grabada al frente la torre que Hércules edificó en Toledo, con valientes cerrojos la puerta, y un hombre armado de tenazas tratando de forzarlos, ante el Rey, una dama llena de terror, un paje y un bien intencionado prócer que, de rodillas, intenta en vano detener y disuadir al cabezudo Monarca. El libro se dice compuesto por Eleastras y Alanzuri, ambos hermanos y cronistas del rey D. Rodrigo; y por Carestes, vasallo de D. Alfonso el Católico (5).

(1) SILENSE, *Chronicon*, 15. — SIMONET, *Discurso de recepción en la Universidad de Granada* (1862), págs. 11 á 19. — MORENO NIETO, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia* (1864), págs. 9, 11, 12 y el Apéndice.

(2) EL ARZOBISPO D. RODRIGO, III, 19.

(3) ALFONSO X, *La Estoria de Espanna*, II, 55.

(4) MARIANA, *Historia general de España*, VI, 21.

(5) Hé aquí la noticia bibliográfica del ejemplar vallisoletano de 1527, que tengo sobre la mesa:

Esta es la torre que hedifico Hercoles en Toledo.

[*La lámina.*]


La cronica del rey don Rodrigo y de la destrucion de españa / y como los moros la ganaron. Nueuamente corregi/da: contiene de mas de la hystoria muchas bi/uas razones y auisos prouechosos pa/ra la vida de los hombres con / otras cosas añadidas.

La lámina representa la torre circular sostenida por tres leones, cerrada la puerta

Hallamos el verdadero nombre del novelador antiguo en el prólogo de las *Generaciones, semblanzas é obras* ordenadas por el noble caballero Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, consejero del rey D. Juan el Segundo. He aquí sus palabras: "En estos nuestros tiempos hizo un liviano y presuncioso hombre, llamado Pedro de Corral, una que llamó *Corónica Serracina*, que más propiamente se puede llamar trufa ó mentira paladina." Tiene razón el señor de Batres: no es crónica ni historia lo que borrajeó Pedro de Corral; pero sí verdadero, ingenioso y muy estimable libro de caballerías, interesante además para el estudio de la lengua castellana.

Puso decidido empeño el autor en revolver cuantas crónicas sarracenas y libros caballerescos arábigos tenía en su cámara algún magnate de los que ostentaban y hacían entonces vida de reyes. Por donde resultan aprovechadas, sin olvidar una, cuantas noticias dan las historias árabes, relativas á la agresión del conde D. Julián contra

---

con cinco cerrojos; en su chapitel una bandera donde campea la media luna  negra; sobre lo alto del muro un águila con un tizón encendido. Un criado con unas tenazas rompe el segundo cerrojo, comenzando á contar por arriba. El Rey viste manto de armiños: su cabeza es bardada, con crencha larga, cortada sobre la frente, que está ceñida por la corona. Su mano izquierda toca la puerta: su derecha indica el propósito de entrar en la torre, á pesar de los ruegos de un prócer hincado de rodillas, que le coge de la manga. Éste viste garnacha y tiene en su diestra el gorro. Una dama levanta ambos brazos en señal de terror y asombro. Detrás un paje. El fondo lo componen muros, un torreón, torres, casas y un templo.

Prólogo, á la vuelta de la portada.—Fol. ij. La primera parte.—Fol. cxxviii. "Comieça la segunda parte de la destruycio de españa que fue después del vencimieto del rey do Rodrigo".—fo. ccxv, vuelto, al fin de la segunda columna *Deo gracias*.

Fue impressa esta presente o/bra en la muy noble y leal villa de Va/lladolid por maestre Nicolas Tie/rri: a costa y espesa del noble va/ron Juan thomas Fauario. y / acabose a veynte y tres de / julio. Año del nacimieto /de nro Salvador Jesu / xpo de mil y quinie/tos y veinte y sie/te anos. / ❖

Á los folios 216—223 está *La tabla*; y en el 223, primera cara, segunda columna, se lee *Finis tabule. / Deo gratias*.

He reconocido en la Biblioteca del Escorial tres muy antiguos manuscritos de la *Crónica*, á saber:

1.º (ij Y 18) De la *Parte segunda*, á que faltan las hojas correspondientes á lo último del capítulo 249 y á los 250 y 251: letra de la tercera ó cuarta década del siglo XV. Se aleja de lo impreso, y aun de los otros códices, en muchos períodos y hasta en algún capítulo.—2.º (ij. Y 17) Voluminosísimo, abraza las dos partes, difiere mucho de lo impreso, y tiene algo más al fin de la *Primera*: la cual se concluyó de trasladar á 17 de junio de 1485, por J. de Hugo. Faltan las hojas pertenecientes á los cuarenta y siete últimos capítulos de la *Parte segunda*.—3.º (j X 12) Contiene la materia del primero.

Algeciras, en 709; á la de Tarif contra Tarifa, en 710; y á las de Tárik, en 711, y Muza, en 712. Pero el novelista crece, abulta y desfigura los datos ciertos, fantaseándolos á su modo, y vistiéndolos con arreglo al último figurín. No de otra suerte, durante la segunda mitad del siglo XVII, aparecía en el teatro francés Alejandro Magno con gigante pelucón rizado, corbata de batista orlada de encajes, chupa larga, casaca de grandes carteras, gregüescos, pomposas ligas, zapato de hebilla, y su espadín atravesado á los riñones. Así también, á principios del siglo actual, en España representaba el gran Isidoro Máizquez á Pelayo con botas de campana á la bombé, pantalón ceñido, y levita de color de ante, bien ajustada y abrochada; valonciillas á la muñeca, y lechuguillas al cuello; cinturón, espada de los guardias de corps; y en la cabeza su bonete ajustado á la sien, redondo y ancho por arriba, con plumas blancas y hebilla de piedras falsas, como los maceros de las Cortes. Ni más ni menos la *Corónica Serracina* de Pedro de Corral.

En ella D. Rodrigo, cual si todo ello pasara en los tiempos del moderno autor, se ve forzado á guerrear cada hora con los próceres rebeldes en sus fortalezas; las villas, cercadas por el Soberano, ordenan sus batallas; pero no mezclan las haces ambos ejércitos sin que precedan bravos desafíos personales y hazañas maravillosas de caballeros propios y extraños. Celebra el Rey sus Cortes al estilo de las de D. Juan el Segundo; envía por Eliaca (Egilo ó Egilona), hija del Rey de África, la sube al tálamo real, y ambos son jurados señores de toda España. Vienen á Toledo condes, duques y príncipes, famosos justadores de África, Polonia, Alemania y Francia; á las fiestas asisten princesas, duquesas y condesas de alto porte; la apostura de los donceles ciega los ojos de las hermosas doncellas; pronto enciéndese allí un infierno de amor y celos; llueven retos y cuchilladas; los vencedores se visten de colorado y los vencidos de negro; y en la corte del Rey, después de enterrar suntuosamente á los muertos, celebran los vivos sus bodas fastuosísimas.

A pesar de la hermosura de la africana reina Eliaca, promiscua D. Rodrigo; y sus amores con la Caba dan materia larga á los regios cronistas de aquel Príncipe, Eleastras y Alanzuri. Fidelísimos en todo, cuentan cómo se trabaron los amores, no omiten los coloquios y razonamien-



tos que pasaron entre el Rey mal aconsejado y la doncella antojadiza; cómo ésta, en cuanto fué violada, perdió su belleza incomparable; y que tarde pidió consejo de lo que debiera hacer, y habló cuando le estuviera mejor callar. Listos anduvieron los cronistas para hacerse de cuantas cartas y papeles mediaron en negocio tan delicado y secreto. Y si bien D. Rodrigo previno á Eleastras que omitiese en la *Corónica* lo de la Caba, con buen acuerdo y para deleite y aprendizaje de los por venir, mudó luego de parecer y hubo de autorizar que se escribieran pormenores de trascendencia tan grande; aun cuando tales capítulos del libro habían de estar muy reservados y escondidos hasta oportuna sazón.

Ya supone el lector menos avisado lo que se sigue: el enojo de Julián, su venganza, sus idas y venidas, sus empresas y las de Tarif (Tárik), Muza, Mugued (Moguits Arromí) y de otros varios capitanes sarracenos; el vencimiento y muerte del sobrino de D. Rodrigo (á quien el novelista, en vez de *Iñigo*, llama *Sancho*, por lo fácil que es equivocar estos nombres en la escritura arábica); y en fin, la batalla del Guadalete y la fuga de D. Rodrigo. Para referir batalla y fuga emplea el autor los cuarenta y ocho últimos capítulos de los doscientos sesenta y dos que forman la parte primera. La segunda consta de doscientos sesenta y seis, y termina con la muerte y sepultura del Monarca.

Los tres cronistas hacen también su papel en la historia. Alanzuri va en la hueste de Sancho contra los Sarracenos invasores, y sale mal herido de la batalla en que éste fué desbaratado. Retírase á la gran Sevilla, narra con la mayor congoja y fatiga el reciente desastre, manda que se envíe á su hermano Eleastras el manuscrito, confiesa, comulga, y muere. Más adelante, cuando Pelayo reconquista á León, cae mortalmente herido en la refriega el puntualísimo cronista Eleastras; pero se encarga de continuar la historia un caballero llamado Carestes, vasallo del rey D. Alfonso el Católico.

Pedro de Corral introduce en su libro interesantes episodios. Alguno de ellos ha descaminado á más de un escritor ilustre, que lo toma por historia verdadera (1). En

(1) En este error cayó un hombre tan docto y discreto cual el murciano Licenciado FRANCISCO DE CASCALES, en sus *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia* (1621), I, 4.

cambio algún otro episodio sugirió leyendas y dramas soberanos á esclarecidos ingenios. Cuanto á lo primero, básteme citar la estratagema, el hecho histórico y exacto de haber dispuesto el egregio duque Teodomiro que las mujeres de Orihuela, disfrazadas de hombres, armadas de cañas y rucas, semejando lanzas y jabalinas, y puestas en las azoteas y adarves, hiciesen creer á los Sarracenos que la ciudad se hallaba apercebida bravamente para la más heroica defensa. Temen los invasores, brindan á los aurariolanos con la paz, se la otorgan con buenas condiciones, y Teodomiro funda un reino que dura sesenta y seis años (713-779) con jirones de lo que son hoy provincias de Almería, Granada, Jaén, Albacete y Alicante y con toda la de Murcia. Pedro de Corral atribuye aquel ardid de guerra á un soñado Barbate, señor de Murcia; y el cerco de la ciudad á D. Orpas (Oppa) y á un Todomir, que de cristiano se había hecho moro.

En cambio, el lindo y poético episodio de D.<sup>a</sup> Luz y D. Favila, el secreto nacimiento de su hijo D. Pelayo, y las maravillosas aventuras de este héroe en su infancia, niñez y mocedad briosas, han inflamado el estro de altísimos poetas del presente y de los tres anteriores siglos.

El novelista supo y tuvo por bien averiguado que la mujer del conde D. Julián se llamaba la condesa Frandina; que era hermana del traidor Oppa; y que la Caba murió, prosaicamente, en Ceuta, por habersele enconado y gangrenado la mano diestra, de resultas de la espina de un pescado que se le vino á clavar entre uña y carne. La condesa Frandina, llevada á Córdoba por el rey Almor, pereció apedreada á manos del enfurecido populacho. Oppa, cayendo en las de D. Pelayo, sucumbió al poco comer y mucho pesar de verse puesto en cadenas. De Julián y su hijo mayor, que fueron llamados por el Miramamolín, y pasaron á Ultramar, no vuelve á saberse nada.

Tan intrincada y revuelta selva de aventuras concluye con las del rey D. Rodrigo después que huyó de la batalla. En un tremedal, atollándosele el caballo, apéase el Rey, se despoja de sus vestiduras riquísimas; y, descalzo y medio desnudo, huye por atajos y vericuetos. Anochécele junto á una ermita, donde mora un santo y muy anciano varón; y llorando de los sus ojos, le descubre quién es y sus desdichas, confiésase devoto y obtiene la absolución de sus pecados. El santo ermitaño muere á los tres días

cabales; y el Rey le halla un escrito en la mano, donde lee cuál penitencia dura y áspera debe hacer en el yermo para salvarse. El Diablo no quiere que se le escape el alma del último Rey godo, y le tienta de infinitas maneras. Al principio viene á engañarle en figura de otro ermitaño, severo, discutidor y filosofante, que le trae blanco pan y una perdiz y una polla asadas, y el Príncipe rehusa comer de ello. Para alucinar al penitente, apréstase á decir misa el Demonio, finge que en el oratorio inmediato la ha dicho, y que en el arquilla, sobre el altar, le deja sagrada hostia para que la adore cada día. El Espíritu Santo visita al rey D. Rodrigo; y éste "vido claramente salir del arca de sobre el altar un diablo sucio y feo con más de cincuenta rabos y otros tantos ojos, y dando grandes gritos se fué de allí." Pero el Diablo no cesa, y á otro día vuelve á D. Rodrigo con el disfraz de conde Julián, arrepentido y resuelto á ponerle en su glorioso trono y gran poderío; mas le dice el Rey que se vaya en buen hora y que lo deje en paz. Ya no halla otro remedio Lucifer que tomar la apariencia de la Caba, hermosa y hechicera como nunca, y venir á buscarle con espléndido cortejo de servidores, damas y caballeros. Ármase allí, junto á la ermita, riquísima tienda; exquisitos manjares bien olientes cubren las grandes mesas; y al resplandor de innúmeras hachas y candelabros, recuéstase en lecho de oro medio desnuda la falsa Caba. Agota la contrahecha figura los raudales de su elocuencia para convencer al escondido príncipe de que ha de darle un hijo, que será el salvador de España. Recuérdale aquel tiempo "cuando me decíades que no había cosa en el mundo que tanto amásedes como á mí, ni que tanto cobdiciásedes como alcanzar palabra de mí." Sudores de muerte le entran al pobre y flaco penitente; el cual se acuerda del "Espíritu Sancto de Dios, hace la señal de la cruz en la frente y santíguase; y en aquella hora se dejó caer la falsa Caba por las peñas ayuso en contra la mar, que parecía que todo el mundo se venía abajo."

Muy espantado se parte de allí Rodrigo; y de ermita en ermita, llega al lugar donde ha de hacer la áspera y final penitencia. Recoge en el camino, por especial revelación, pequeñuela culebra de dos cabezas, métela dentro de un cántaro, déjala crecer hasta que su cuerpo se dilata por tres vueltas alrededor del cántaro; y entonces la

saca D. Rodrigo y se mete con ella en un lucillo ó sepultura, con buena y pesada tapa encima. Cumplió allí su áspera penitencia final, hasta que al tercero día comenzando á comer de sus carnes la hambrienta culebra, le destrozó el corazón. En aquella hora tocáronse las campanas del lugar inmediato, y el mayoral de él supo que el Rey era muerto y que su alma era salva. Cierran esta *Corónica Serracina* "las razones que estaban escriptas en la sepultura del Rey D. Rodrigo." ¡Bien haya la diligencia del sagacísimo Carestes, vasallo del católico Rey don Alfonso, que nos averiguó á maravilla los momentos últimos del injusto forzador de la Caba! ¡Bien haya Pedro de Corral, que, de latín bárbaro, ó de gallego ó vizcaíno, más bárbaros todavía, nos declaró en sabroso, terso y elegante castellano los apuntamientos íntimos y siempre exactos é instructivos de Alanzuri, Eleastras y Carestes!

El *Romancero* y el *Teatro*, inspirándose muy pronto en el ingenioso libro de Pedro de Corral, añadieron nuevas y hechiceras galas y primores á la envejecida conseja; y Fray Luis de León, arrebatando á la lira de Horacio sonidos que jamás llegó á producir tan bellos, inmortalizó el frenesí de Rodrigo y el imaginado ultraje de Florinda.

No merece lugar, ni entre los historiadores, por ignorante y mentiroso hasta lo increíble, ni entre los novelistas, por hombre de ninguna inventiva, el Licenciado Miguel de Luna, morisco de Granada, intérprete del Rey nuestro señor, que al terminar el siglo XVI dió á la estampa, lleno de absurdos, anacronismos y patrañas, un libro rotulado *Historia verdadera del Rey Don Rodrigo*. Hubo de fingirla "compuesta por el sabio alcayde Abulcacim Tarif Abentarique, de nación árabe," y acabada de escribir en septiembre de 763.

Cuenta los amores del Rey con su dama Florinda, llamada de los Árabes, por mal nombre, *La Caba*; no olvida lo del encantado y encerrojado palacio de Toledo; hace que, perdida España, D. Julián se retire á Málaga; que esta ciudad se dijese entonces Villaviciosa, y que vengan allí desde Tánger la mujer y la hija del Conde. Florinda no puede resistir el dolor y remordimiento al ver el cúmulo de males á que ha dado origen; súbese á una torre, y desde la almena declara á su padre que está resuelta á morir, y que desea que en memoria de su desdicha cambie aquella ciudad el nombre de Villaviciosa por el

de Málaga, sonoro, alto y, como salta á la vista, significativo de tamaños infortunios. Arrójase de la torre, sobrevive tres días al batacazo; el Conde, en un abrir y cerrar de ojos, pierde el juicio y la vida metiéndose buhido puñal por los pechos; y la Condesa enferma de un cáncer en el vientre y espira entre los dolores más agudos. Ya peina cañas de mucha antigüedad el romanticismo de ahora (1).

Quitémonos el desabrimiento que produce la lectura de tan insulso libro, dando oídos un breve instante al *Romancero*:

Por el jardín de las Damas  
se pasea el rey Rodrigo,  
por alargar la cadena  
á un pensamiento rendido.  
No le alegran de las fuentes  
la hermosura y artificio,  
ni advierte la nueva rosa,  
ni le aplice el blanco lirio.

Llega á encontrar el Monarca sola á Florinda; y ciego con la pasión, olvida sus más altos deberes:

Revuelta en sudor y llanto,  
desmelenado el cabello,  
el rostro blanco encendido  
de dolor, vergüenza y miedo;  
las manos de un hombre asidas,  
rey poderoso y mancebo,  
una mujer flaca y sola,  
ausente del padre y deudos,  
así le dice á Rodrigo,  
ya por voces, ya por ruegos,  
como si ruegos y voces  
valieran en tales tiempos:  
"Con la sangre de mi honra  
no se tiña el honor vuestro.

(1) Cinco de siete ediciones de tan disparatado libro han llegado á mi noticia. Helas aquí: la de Granada, por Sebastián René, 1600; la de Zaragoza, por Ángel Tabano, 1603; la de Valencia, 1646, con aprobación de 30 de abril; la de Madrid, 1675; y la séptima impresión, hecha en Madrid también, por los herederos de León, año de 1676.

Mientras él vierte la suya  
defendiendo vuestros reinos,  
en otra batalla infame  
la suya estáis ofendiendo:  
temed, temed ofendelle,  
que podrá vengarse un tiempo.”

Envía Florinda un papel á su padre contándole su des-  
honra:

En Ceuta está Don Julián,  
en Ceuta la bien nombrada:  
para las partes de aliende  
quiere enviar su embajada;  
mozo viejo la escribía  
y el Conde se la notaba:  
embajada es de dolor,  
dolor para toda España.

Invaden los Sarracenos la Península, húndese el trono  
visigodo en los campos de Guadalete; y

Cuando las pintadas aves  
mudas están, y la tierra  
atenta escucha los ríos  
que al mar su tributo llevan;  
al escaso resplandor  
de cualque luciente estrella,  
que en el medroso silencio  
tristemente centellea,—  
por los campos de Jerez  
(Gelboé llorosa y nueva)  
huyendo va el rey Rodrigo  
por montes, valles y sierras.  
Traidor conde Don Julián,  
si uno solo es el que yerra,  
¿por qué tan injustamente  
hicistes común la pena?

.....  
Muerto va de sed y hambre,  
que de velle era mancilla;  
y va tan tinto de sangre,  
que una brasa parecía;  
las armas lleva bolladas...

Sube á un cerro, mira lleno de cadáveres y despojos el sangriento campo de batalla, tendidas por él y hechas pedazos y jirones las góticas banderas, muertos ó huídos los capitanes; y grita en su dolor:

”¡Ayer era rey de España;  
hoy no lo soy de una villa:  
no tengo ya ni una almena  
que pueda decir que es mía!”

Métese por lo más escabroso de las montañas, y da con cierto pastor que le muestra una ermita,

á donde está un ermitaño  
que hacía muy santa vida.  
El Rey fué gozoso desto,  
por allí acabar su vida.  
El ermitaño á Dios ruega  
por si le revelaría  
la penitencia que diese  
al Rey que le convenía.  
Fuéle luego revelado  
por parte de Dios un día  
que le meta en una tumba  
con una culebra viva;  
y esto tome en penitencia  
por el mal que hecho había.  
El Rey desto muy gozoso  
luego en obra lo ponía.  
Métese, como Dios manda,  
para allí acabar su vida;  
y el ermitaño muy santo  
mírale al tercero día.  
Dice:—”¿Cómo os va, buen Rey?  
¿Vaos bien con la compañía?  
—Hasta ahora no me ha tocado,  
porque Dios no lo quería.”  
Después vuelve el ermitaño  
á ver si ya muerto había;  
halla que estaba rezando  
y que gemía y plañía.  
Preguntóle cómo estaba:  
—”Dios es en ayuda mía,

respondió el buen rey Rodrigo;  
la culebra me comía:  
ya me come, ya me come  
por do más pecado había.”

El ermitaño lo esfuerza,  
el buen Rey allí moría.

Aquí acabó el rey Rodrigo;  
al cielo derecho se iba.

El *Romancero* conoce bien el corazón humano y cierra con llave de oro esta historia:

Si dicen quién de los dos  
la mayor culpa ha tenido,  
digan los hombres *La Caba*  
y las mujeres *Rodrigo*.

De lo dicho hasta aquí resulta que, si existió Florinda, si recibió ultraje en su honra, y si el conde Julián su padre corrió presuroso á vengarlo, á costa de la patria donde todos habían nacido, entonces la Historia, la Cronología y la Crítica de buena ley piden que se reconozca por autor del agravio, no á Rodrigo, sino al brutal y lujurioso Wittiza.

Pero yo tengo para mí que jamás hubo tal afrenta; y que respecto del Conde, es imposible discurrir disculpa más absurda, ni fábula menos verosímil; inventada para engañar las noches de invierno, al amor de la lumbre, á vueltas de cuentos de encantamientos y malas fadas, y alternando con retahíla de proverbios y refranes. Los traidores lo son por temperamento; y para hundir la sociedad en espantoso abismo, no han menester que les seduzcan á sus hijas. ¿Qué más querrían los desleales y ambiciosos de todos los siglos y naciones, que tener para su disculpa una Florinda (1)?

He dado fin á mi estudio histórico de los personajes que figuran en el *Primer drama histórico español, de asunto nacional, representado en 1524, hoy completamente desconocido*. Habré acopiado tal vez demasiadas noticias, qui-

---

(1) A. FERNÁNDEZ-GUERRA, *Don Rodrigo y la Cava*, Madrid, viuda é hijo de Aguado, 1877. Nueva edición, con algunos pocos menos yerros que las anteriores.



zá traído á colación demasiados recados justificativos. Pero urgía deslindar ya la verdad y la fábula, dejar á cada cual lo que es suyo legítimamente, é investigar, sin pasión y conociendo la materia, por qué se hundió el trono de los Godos en España, y por qué la subyugaron los Mahometanos en tan pocos años y para dilatados siglos. Y urgía ver, con claridad de luz, aquella época oscurecida, aquellos sucesos, aquellos hombres. Si no lo consigo, cúlpele á la cortedad de mi ingenio; pues, para lograrlo, no he perdonado estudio, observación, fatiga ni diligencia ninguna. Cedo á muchísimos la palma del saber; no la de investigar, sin prevenir el juicio y sin tratar de oscurecer ni esclavizar el entendimiento de quien lee generoso y ávido de saber la verdad.

El olvidado é interesante drama que recobran hoy las letras españolas, había menester, á más del examen histórico que dejo hecho, otro puramente literario. Deslindadas la historia y la fábula, procedía entrar en el juicio crítico del poema, ver cómo se han preparado ó debido preparar las situaciones, y poner en su punto cuanto cumple al escritor dramático para deleitar y doctrinar al auditorio, empeñar su interés, sorprenderle, y entretenerle con el desarrollo y pintura de animados y verdaderos afectos; con la hermosura y grandeza de las imágenes, con la agudeza y novedad de las máximas y pensamientos útiles, y con cuantas galas atesora el bien discurrir, el bien decir y el bien expresar. Juzgada así la obra en absoluto, debiera seguirse su comparación con cuantas, desde mitad del siglo XVI hasta el presente, han sacado el mismo asunto á la escena. Pero yo no he de invadir el campo hace años bien acotado ya para tan fecundo y soberano linaje de estudios por el ilustre Censor de la Real Academia Española, D. Manuel Cañete.

Ha llegado, pues, la hora de presentar á continuación á los doctos el drama de *La pérdida de España*, bajo el modesto y piadoso título de *Historia de la gloriosa Santa Orosia*, escrito por el BACHILLER BARTOLOMÉ PALAU.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

---

# REVISTA EUROPEA

---

Celébranse ahora en Francia frecuentes asambleas públicas, en las cuales, por regla general, participan los elegidos á sus electores las causas del voto dado, ya en favor, ya en contra de Gambetta. Como las esperanzas libradas en su política y en su Gobierno fueron tantas, y se frustraron á una con tan vertiginosa rapidez, el pueblo desea saber si en las profundidades últimas de toda esta crisis hay algún misterio inaccesible al común de los mortales y en los labios de los contendientes alguna palabra no dicha ni en la tribuna ni en la prensa. Afortunadamente, los pueblos regidos por leyes democráticas nada pueden ocultar ni al examen de su tiempo ni al juicio de la posteridad. No hay en una república libre palacios misteriosos, camarillas secretas, cortesanos influyentes, una dinastía que contentar, un Rey que servir, los defectos del régimen personal. Y por consiguiente, se sabe á ciencia cierta por todo el mundo que la desaparición de Gambetta es debida, de seguro, á la unión de todos los diputados republicanos, así de la derecha como de la izquierda, contra una política parecida de suyo á la política de las monarquías en su carácter esencialmente personalista. Sí, el positivismo filosófico de una secta opuesto al sentimiento religioso de la mayoría del pueblo; la tradición jacobina que alza el Estado á una omnipotencia casi cesarista ó imperial; el voto acumulado en los departamentos reemplazando al voto de los distritos; los amigos más fraternales elevados al Ministerio, no por motivos de interés público, por motivos de afecto particular; el publicista que ha insultado la república y el General que ha urdido los golpes de Estado puestos en los cargos de mayor confianza, sin mirar su desafección á las instituciones, por su afección á una persona; todas estas concausas movieron y justificaron el concierto de voluntades, á cuyo empuje cayó en ruinas aquella incipiente dictadura. Holguémonos todos los republicanos

de ello. La Francia, que mostrara en su decisión de romper las conspiraciones monárquicas del 16 de mayo cuánto aborrece la reacción teocrática, muestra hoy en el veto puesto á la política gambettista cuánto detesta la revolución inútil, y manteniéndose fortísima en templada pero liberal política, muestra sus títulos al gobierno de sí misma y al goce de la libertad.

Una fiesta muy significativa se ha celebrado, el banquete de honor á un maquinista; y un suceso muy considerable ha sobrevenido en esta festividad, la elocuente arenga de Gambetta. El Gobierno republicano concedió al trabajo la condecoración tantas veces decretada, y con motivo, al heroísmo; y los trabajadores de ferrocarriles decidieron celebrar esta distinción merecida con manifestaciones propias de su importancia. Mil, más de mil, representantes de las vías férreas francesas comían y bebían á la salud y gloria de uno solo. Aquellas corporaciones imposibilitadas de asistir deferían y delegaban su presencia en los procuradores natos de todos los intereses nacionales, en los diputados y senadores de la Nación. Por necesidad había de hallarse allí Gambetta. Y sus émulos temieron que la fiesta en honor del trabajo pasase á fiesta en honor de la política; y el industrial de los ferrocarriles, cuya sublime abnegación salvó cierto día un tren de viajeros, sirviese de pretexto para granjear fácil triunfo al manipulador del Parlamento, que ha estado muy cerca de estrellar en estos últimos meses el tren donde van la república y la Francia. Así, pues, muchos diputados de la izquierda se abstuvieron de concurrir; y al abstenerse, publicaron las razones de su acuerdo, imputándolo sin reservas al temor de una manifestación gambettista; y el mismo Víctor Hugo, que debía presidir, aceptó la presidencia con previo apercebimiento de no tolerar, ni en brindis ni en vivas, alusiones de ningún género á los partidos en lucha y á los jefes en auge. La solemne apertura del gran espectáculo vino, y la concurrencia de adscritos sobrepujó al esperado número. Empezaron los brindis de algunos, y con los brindis de algunos los recelos de todos. Pasaron en esta inquietud las primeras incoloras palabras subsiguientes al discurso de iniciación pronunciado por Víctor Hugo, y muy aplaudido, en verdad, más que por su mérito, por su autor; y, en seguida, tiró el diablo de la manta. Un señor Nadaud, muy devoto á Gambetta, soltó en las espirales de intrincada y difusa oración el temido nombre de su jefe. Pronunciarlo y armarse indescriptible tumulto fué la fatal y necesaria consecuencia de aquel deliberado reto. Las protestas estallaron á una en vociferaciones

tempestuosas; á las protestas tonantes siguieron las amenazas horribles; á las amenazas, los desafíos; á los desafíos, los golpes; á los golpes, la confusión y el escándalo. Uno de los muchos comisarios del banquete, que organizan á maravilla estas reuniones, para lo cual toman aires de polizontes, y aun de verdaderos esbirros, lanzóse desaforado sobre un grupo donde las vociferaciones tenían, por su fragor, acentos de motín, y agarró por el cuello nada menos que al diputado por Marsella, Clovis, con ánimo de lanzarlo á empujones fuera del salón. Resistióse con violencia el gesticulador y nervioso provenzal hasta que apareció, enarbolando pesado bastón de hierro, semejante á una clava de Hércules, el ingenioso diputado radical de París, Tonny Revillón, cada día más hostil á León Gambetta y á su desapoderada política. La intervención de algunos amigos comunes y la indisputable autoridad de un hombre tan universalmente querido como Víctor Hugo zurcieron pasajera concordia y lograron que no degenerara el banquete al trabajo en asunto de guerra. Como antes de la ceremonia se condenó al silencio un himno preparado en loor del tribuno, durante todo el banquete callaron los apercibidos y preparados elogios de sus más ardientes partidarios. Tal omisión facilitó el discurso de Gambetta, que hubiérase de otra suerte perdido entre las protestas de sus numerosos contrarios. Nada el orador adujo de política diaria y palpitante, como se dice hoy; pero algo de política transcendental y teórica. Los dos errores, causas primeras de su ruina, surgieron, á pesar de todas las precauciones y todas las timideces impuestas por lo solemne de aquel tremendo instante y lo difícil de su particular posición. El primero de los errores consiste, por su mal, en oponer á la política del Parlamento la política del sufragio, como si uno y otro no resultaran hoy, más aún que acordes, idénticos; y el segundo, en ofrecer á los trabajadores en sus asuntos una cooperación del Gobierno que no puede seguramente prestar sin acrecer las prerrogativas harto grandes del Estado, y sin disminuir los derechos harto disminuídos ya del ciudadano. En los dos errores laten por igual esas tendencias cesaristas, que no pudiéndose apoyar en la victoria y en la fuerza, como el poder omnímodo del Príncipe de Bismarck, ni en la gloria y en la tradición como el imperio absoluto del tercer Bonaparte, se apoyan hoy en fórmulas de regeneración social campanudas y huecas, ó en adulaciones al sufragio popular interesadas y maquiavélicas, cual si, creyéndose imposibilitado de llegar á Cicerón ó César, se pagase del triste papel de Saturnino y Catilina. Pero Francia no

lo seguirá, curada radicalmente de su antigua inclinación á la dictadura, y segurísima de que no há menester para salvarse todos esos Mesías acostumbrados á lisonjear el populacho para seducirlo primero y luego dominarlo. Créalo Gambetta: la muchedumbre de nuestra Francia no es aquella muchedumbre de la tragedia romana de Shakespeare, que oyendo á un orador elocuentísimo, exclamó: «¡Cuán bien habla el maldito! Hagámoslo nuestro César.» El cesarismo no tiene jamás por pedestal la tribuna de la elocuencia; el cesarismo sólo brota en los campos de batalla, como una espina que despunta entre los laureles de la guerra.

El estado de Inglaterra se agrava con motivo de la cuestión de Irlanda. Como las muchas concesiones hechas á esta infortunada isla no aplacan las cóleras antiguas, no traen la paz necesaria, el partido conservador, cuyos primates se han reunido en Lívverpool y han hablado gárrulamente, imputando á torpezas del Gobierno desgracias del País; ese partido conservador, que cree resolver con represiones dificultades solubles al influjo de una verdadera reforma, prepara sus fuerzas y apercibe sus huestes á gran campaña política, en la creencia de ganar las próximas elecciones y volver al codiciado gobierno. Con tal fin, tachan los conservadores á Gladstone de soberbio, al Código agrícola de socialista y utópico, al Parlamento de servil, á la política reinante de perturbadora y triste, al Gobierno de revolucionario, á las últimas innovaciones reglamentarias de retrocesos escandalosos, á la agitación irlandesa de calamidad engendrada sólo por las debilidades gubernamentales y por las ideas comunistas, las cuales han despojado de su propiedad secular á los propietarios, sin satisfacer ni á los trabajadores ni á los predieros; por todo lo que, debe pasar la dirección del pueblo inglés, en los próximos comicios, desde las manos del partido que no sabe innovar con prudencia y acierto, á las manos del partido que sabe conservar con mesura y con sabiduría. Pero los conservadores no atienden á que han perdido su jefe histórico, en cuya consumada habilidad se hallaba su mayor fuerza, y á que han retrogradado en sus ideas políticas mucho, muchísimo, con imprudencia notoria; todo lo cual, engendrando una separación de los dos partidos, aumentará de tal suerte la distancia entre ellos, que habrá de romperse aquel equilibrio histórico, en cuya estabilidad vinculaba Inglaterra todo su vigor, pues le consentía la tranquila y regular sucesión de los partidos y de los Gobiernos en las cimas del Estado, sin detrimento ni del derecho de los de abajo, ni del poder de los de arriba,

concertados en las bases firmes de un mutuo y tácito convenio. Me explicaré. Notábase, allá, en otro tiempo, que los conservadores avanzaban á medida que avanzaban los liberales. Ahora, no; ahora los conservadores retroceden, á medida que los liberales avanzan; y esto puede traer disentimientos entre los partidos, que lleguen á degenerar, tarde ó temprano, en verdaderas revoluciones. No han pensado los conservadores que su regreso al Gobierno podría ser un nuevo desafío á Irlanda, y que un nuevo desafío á Irlanda podría precipitar una irreparable catástrofe. El gran discurso de Gladstone, tan esperado, repetición del dicho en tantas legislaturas anteriores sobre los presupuestos, sin perder ni un ápice de su elocuencia tradicional, muestra cómo las circunstancias arrastran en su fatal corriente á los hombres más grandes, pues no ha podido ni arbitrar ni cumplir ninguna de las mejoras rentísticas á que nos tenía de antiguo acostumbrados, por impedirselo, sin remedio ni defensa posible, la triste situación de Irlanda.

A medida que grandes planes políticos se tramaban y urdían por los conservadores ingleses respecto á Irlanda, el destino iba, en sus inaccesibles antros, apercibiendo un desenlace no esperado de nadie, y terrible, implacable, siniestro, como el momento en que las desdentadas parcas de la muerte mueven sus afiladísimas tijeras y el silencioso Caron de los infiernos recibe sus tristes pasajeros. Una de las últimas noches álzase á deshora en la Cámara de los Comunes el jefe y director de la política inglesa, para decir cómo ha cambiado de proceder en Irlanda, y ha resuelto, después de largas perplejidades, sustituir el rigor con la templanza y el combate con la conciliación. Á consecuencia de tal cambio, los diputados del Parlamento recobraban su libertad; los jefes de la Liga perseguidos, su hogar y su paz. Medidas prontas de olvido abrogarían las leyes de guerra, y reformas preparadas en el estudio y movidas por el afecto, producirían general apaciguamiento. Levantóse uno de los Ministros más populares de Inglaterra, el célebre Forster, después de tan inesperado anuncio, entre la extrañeza y asombro del auditorio, á declarar que sus conocimientos del estado de Irlanda le inclinaban á extremar la violencia, y que los acuerdos tomados en Consejo, contrarios de todo en todo á sus proposiciones y á sus votos, le imponían irrevocable dimisión. El asombro redobló á este inesperado suceso, que todos miraban á una, y nadie creía, por su contradicción radical con los respectivos antecedentes. Forster, el autor de la gran ley sobre instrucción pública, pertene-

ció, como pedían su talento, su complexión y su historia, siempre al radicalismo, y al radicalismo, de seguro, más avanzado y más humanitario. Creyendo que su nombre propio, ilustrado por tantos servicios al progreso pacífico, brillaría como un iris en los encapotados horizontes de Irlanda, recogió este Ministerio, que le daba ocasión propicia de aplicar sus ideas reformadoras con amplitud y ejercer sus sentimientos caritativos con largueza. El desengaño de este hombre de bien, al ver su llegada recibida con una revolución, fué tan grande, que maldijo en el Ministerio, como Job en el estercolero, la hora de su nacimiento. Pasar la vida en sueños de progresos continuos; predicando reformas humanitarias; con el corazón puesto en todos los oprimidos, y la esperanza puesta en todas las libertades; para luego, al llegar á la hora del cumplimiento de tantas promesas, dadas, no á los demás, á sí mismo, y de la realización de tantos ideales queridos, más que por buenos, por propios, encontrarse con que las circunstancias de un día, tiránicas é incontrastables, os imponen la dictadura y os exigen la severidad, ¡oh! es una de las mayores penas por que puede pasar el corazón humano en la vida, y uno de los mayores castigos que puede imponer la fatalidad social á quienes creen posible cambiar con palabras, ó con fórmulas, ó con sistemas, sin mirar á la virtud del tiempo y á la resistencia del hábito, una sociedad fundada por mil generaciones. Forster decía, cuando se sublevaba el País, á quien deseaba redimir, contra su propio redentor, que de haber sabido tal desastre por presentimiento, renunciara desde su primera juventud á la vida pública; pero al mismo tiempo que se quejaba de tal suerte, decidía empeñar el combate sin vacilaciones, al par que ofrecer las leyes agrarias sin demora. Tal política siguió desde su entrada en el Ministerio, política de reforma y de resistencia completas. Según él, pedían las reformas á toda costa los dolores ya seculares de Irlanda, y pedían á toda prisa la resistencia los irreflexivos movimientos de ese pobre pueblo, levantado en inexperto furor contra sus propios salvadores.

La tierra irlandesa está sembrada de conspiraciones. Donde menos lo pensáis, ábrese una conjuración, como se abre una solfatara ó un cráter por las laderas de los volcanes humeantes. Cada hogar parece una misteriosa logia, como cada familia una sociedad secreta. Los acuerdos se toman con el sigilo que suelen las religiones perseguidas y se cumplen con el implacable rigor de la fatalidad. No importa prender á un jefe; deja tras de sí una muchedumbre de correccionarios convertidos en vengadores. Apresaron por enero último

al célebre Moonlight, capitán de los terribles sectarios conocidos con el nombre de «Rayos de Luna,» y continuaron los atentados de tan extraña partida, con más frecuencia y con mayor pujanza. El año último, perpetráronse cuatro mil cuatrocientos crímenes; y sólo recibieron el condigno castigo, por impotencia invencible de la policía y de los tribunales, ¡admírense nuestros lectores! unos quinientos. En el mes de diciembre último se cometieron quinientos cuarenta y siete atentados, entre los cuales contábanse catorce asesinatos, varios de ellos consumados, y treinta y ocho devastadores incendios. No perdonan los conjurados á quien desoye sus órdenes imperiosas y presta obediencia y acatamiento á las leyes promulgadas y á las autoridades constituídas. Las desventuradas lecheras, amas de antigua vaquería establecida en Irishtown, la viuda Cophan y su hija, tuvieron el valor de pagar á los propietarios el canon de sus pastos, y al día siguiente amanecieron cosidas á puñaladas en sus respectivos lechos. No acabáramos nunca si hubiéramos de referir atrocidades. Así como los bárbaros, que desde las cimas de los Alpes, al ver las llanuras edénicas de Italia, aullaban, hambrientos de venganza, recordando por instinto sus progenitores arrancados al hogar y al suelo por las victorias romanas, para ser conducidos á vivir en las ergástulas ó á espirar en los circos, recuerdan los irlandeses aquellos soldados de Isabel, de Crómwell, de Orange, inmortales fundadores de la grandeza británica levantada sobre los encadenados celtas, y juran tomar sangriento y definitivo desquite del despojo de sus tierras, del incendio de sus ciudades, del aniquilamiento de sus iglesias, del exterminio de sus padres. Y, cuando no pueden más, cuando, perseguidos y acosados, como las fieras acorraladas, han de abandonar su patria y lanzarse á las ondas, dirígnense rabiosos hacia el bendito y libre Ocaso, para convertir las instituciones republicanas de América en fortalezas de sus resistencias y en volcanes de sus odios, sembrando entre uno y otro mundo recelos tantos y tales, que concluirán por traer una guerra, en la cual todos los sajones de aquende y allende los mares, todos los anglicanos de una y otra Iglesia, episcopales y presbiterianos y unitarios, lo mismo los descendientes de los ilustres caballeros de Virginia que los descendientes de los puritanos de Nueva Plymouth, y los radicales de los Comunes, y los aristócratas de los Lores se inmolarán mutuamente todos en holocausto sin igual, para cumplir, como dóciles instrumentos del destino, las venganzas de Irlanda.

Estas contiendas seculares, por lo mismo que alcanzan tanta du-



ración, llegan á largas treguas. En una de éstas creíamos entrar cuando los telegramas nos contaban que los diputados del Parlamento y los jefes de la Liga presos habían alcanzado su libertad, y que las fiestas y regocijos habían sucedido á las antiguas tristezas. Dublín iluminaba sus ventanas mientras Parnell y Kelly volvían á sus domicilios. Pero ¡ah! que tal iluminación trae á las mentes la historia narrada por el inmortal novelista escocés, evocando el castillo popularizado en los sublimes acordes y melodías de la música italiana, el castillo cuyas barbacas, escondidas entre los árboles y retratadas en los lagos, se coronan con guirnaldas de luces para celebrar una boda, y sólo celebran, ó mejor, sólo alumbran, como funerarias antorchas de los infiernos, el asesinato y el suicidio. Narremos. Admitida la dimisión de Forster, creían todos que iba Gladstone á nombrar á Chamberlain, como el más enterado en los asuntos de Irlanda y más propio para seguir una política de radicalismo en las ideas y de conciliación en los propósitos. Desechada, no sabemos por qué, la candidatura de Chamberlain, fijóse la general atención en la persona de Dilke, señalando la necesidad imprescindible de confiar al radicalismo la obra de reforma y armonía. Pero Gladstone creyó en su interior otra cosa; y el gran Gladstone se va pareciendo un poco al gran Bismarck en esto de cerrar los oídos á la opinión pública y hacer su santa voluntad, aun hallándose al frente de un país donde parece que todos los ciudadanos gobiernan á una en sus amplias instituciones parlamentarias.

Uno de sus comensales más asiduos, de sus parientes por afinidad más queridos, de sus partidarios más exaltados, era el pobre Lord Cavendish, joven de cuarenta y cinco años, casado con la sobrina predilecta del Presidente, y hermano de aquel célebre Hartington, á quien Gladstone confiara la dirección de su partido en los arrebatos de la oposición usuales á los estadistas ingleses, y en los días de melancólicas tristezas anejos á la complexión de hombre tan extraordinario. Cavendish pertenecía por su nacimiento á la aristocracia inglesa, y por su educación al partido whig. No regatearemos, por demócratas y republicanos que seamos, ningún elogio á esa noble aristocracia inglesa, la cual ha ilustrado tanto su nombre y extendido su prestigio en las porfías del Parlamento y en los empeños del gobierno, como pudieran sus padres en las guerras y en las batallas. Menos desconoceremos aún las grandezas de los whigs, á quienes debemos la reforma electoral, la ley de cereales, la abolición de la esclavitud y de la trata, los innumerables

beneficios y progresos que más honrarán y más enaltecerán en lo porvenir á nuestro gloriosísimo siglo. Pero, francamente, no bastaba, no, la noble amistad con el Presidente para elevarle, pretextando estos caracteres de aristócratas, de whigs, en momentos de suyo críticos, á un cargo superior, muy superior á sus fuerzas. Segundón de las ilustres familias, donde recoge, por la injusticia de los privilegios aristocráticos, toda la importancia y toda la riqueza el que sólo ha necesitado para predominar nacer el primogénito, Cavendish no se distinguía por sus talentos oratorios y políticos, sino por su fidelidad á Gladstone, quien creyó mandarle á una gran victoria y le mandó á una horrible desgracia, como si la Providencia quisiera burlarse así del merecido ensoberbecimiento de los mortales más poderosos. Pasa Cavendish el Canal de San Jorge, llega á la verde Irlanda, corre á Dublín, toma posesión del cargo de Ministro, dirígese luego á su palacio, y al acercarse, halla, por su mala ventura, en una de las encrucijadas del paseo llamado Phoenix-Park, al Subsecretario del Ministerio, Mr. Burke. ¡Ah! Este funcionario había constantemente auxiliado á Forster en sus porfías con los irlandeses, y contraído en este auxilio implacables enemistades y crueles odios, conjurados de antiguo contra su existencia y contra su honra. Numerosos emisarios habían querido sacrificarle, y miles de afectuosísimos anuncios le habían encargado anónimamente que se preservara de la muerte, y no confiase, no, en su buena estrella. Pocas precauciones tomaba, pero ninguna absolutamente como en aquella hora, no. Se conoce que creía capaces á los irlandeses de olvidar las antiguas venganzas, por lo menos en los primeros instantes de la reconciliación. Lo cierto es que Ministro y Secretario paseaban descuidados por las largas alamedas, cuando de un coche parado allí cerca bajan varios siniestros hombres vestidos á la usanza feniana, se dirigen á los dos cuchillo en mano, los sorprenden, los hieren con encarnizamiento, y los dejan tendidos en el suelo, exánimes y revolcándose, con las ansias del último aliento en horribles lagos de sangre. Era de día; paseaba la gente por allí en asueto dominical, cruzaban los velocipedistas en todas direcciones, y sucedió esta lucha tremenda y esta inmolación horrorosa sin que nadie viera ni llegar ni huir á los asesinos. ¡Oh! Tales cosas sólo pueden suceder en pueblos conquistados que se han decidido á exterminar á sus conquistadores.

Dejemos á Irlanda. Las cuestiones de Oriente se complican hoy con la cuestión de Egipto, que podría traer fatales resultados á la

paz europea si pronto no se atajan sus complicaciones y se impiden sus consecuencias. La dinastía de Mehemet-Alí está representada por un joven, que ha suplantado á su padre, destituido por la incapacidad y el despilfarro, que lo han lanzado al destierro. Egipto se halla bajo la soberanía del Sultán y bajo la tutela de Inglaterra y Francia. Esta situación, difícil por su naturaleza, complícase á cada paso con terribles disturbios políticos suscitados por una soldadesca insurrecta, la cual se cree representación de la libertad y de la patria. Esta soldadesca impuso al Khedive una especie de régimen constitucional y otra especie de Ministerio responsable. Á la cabeza del nuevo régimen se hallaba el tramador de todas estas urdimbres, el Ministro de la Guerra, llamado Arabi-Bajá, soberano del Soberano. Conociendo que éste disfruta gran autoridad todavía entre los oficiales circasianos, supuso una conspiración y los condenó á severas penas; pero el Khedive se ha negado á sancionar la condena, y el Ministerio ha prescindido del Monarca, citando ante sí, por una insensata usurpación, á la Asamblea de Notables. El Sultán ha querido intervenir, y acaban de adelantarse á su intervención Francia é Inglaterra, enviando allí, de común acuerdo, una poderosa escuadra de formidables acorazados. ¿Traerá esto la guerra?

Desde luego, las dos potencias occidentales tienden al acrecentamiento de su poder y de su influencia, mientras Turquía tiende por su lado á compensar las pérdidas enormes de la última guerra con una dilatación de su autoridad moral y religiosa en África y en Asia, capaz de compensarle su disminución rapidísima en Europa. Hay una potencia que parece interesada en favor de Turquía, y esta potencia es nada menos que la poderosa y formidable Alemania. Una Francia, que lleva en su retaguardia la fuerza naval de Inglaterra, y una Turquía, que lleva en su retaguardia la fuerza continental de Alemania, resultan al fin y al cabo dos elementos de competencia tales, que pueden desatar todas las furias de una guerra universal entre los dos continentes, como aquellas guerras de los tiempos romanos, en que se libraba la suerte de Occidente á batallas en Grecia, como la batalla territorial de Farsalia ó como la batalla marítima de Actium, y á intrigas como la intriga de Cleopatra y Antonio, en los senos de ese mismo perturbado y proceloso Egipto.

Afortunadamente, pródiga la naturaleza, opone cierta limitación á las fuerzas en lucha, para que no sobrevengan las catástrofes sin salida. Francia tiene que ocurrir á su organización política, y Ale-

mania tiene que ocurrir á su organización económica; Francia tiene que contar con una aliada como Inglaterra, la cual se halla hoy metida en dificultades insuperables por la cuestión de Irlanda, y Alemania tiene que contar con una aliada como Austria, la cual se halla metida en dificultades insuperables también por sus ambiciones en los Balkanes y por su hostilidad con Rusia. De consiguiente, la guerra europea, que saldría quizás de todas estas complicaciones juntas, se aplazará, sin remedio, por necesitarlo así las potencias beligerantes.

Pero todo puede temerse, cuando se considera que la suerte del Egipto está entregada hoy á un aventurero como Arabi, hábil en las intrigas cortesanas, tímido en las competencias guerreras; de una ingratitud infame á los que le han abierto la fortuna, y de un amor sin límites al propio engrandecimiento; cruel como todos los cobardes, ligero como todos los ambiciosos vulgares; incapaz de ocurrir á ninguna eventualidad formidable y capaz de suscitar toda clase de tormentas; sin más norte que su egoísmo, sin más fin que su medra; tan fácil para entregarse á Turquía y Alemania, como para entregarse á Francia é Inglaterra; y que, recluso en la fortaleza del Cairo, con una mecha en la mano, puede quizás encender la pólvora y lanzar sobre Asia, África y Europa la erupción devastadora de una horrible guerra.

EMILIO CASTELAR.

---

# BLANCO (WHITE)

## I.

CRISTIANA EDUCACIÓN Y PRIMEROS ESTUDIOS DE BLANCO.—  
SU VIDA LITERARIA EN SEVILLA.—SUS POESÍAS.—LA ACADEMIA  
DE LETRAS HUMANAS.—INCREDULIDAD DE BLANCO.

El personaje de quien voy á escribir ahora es el único español del siglo XIX que, habiendo salido de las vías católicas, ha alcanzado notoriedad y fama fuera de su tierra; el único que ha influído, si bien desastrosamente, en el movimiento religioso de Europa; el único que logra en las sectas disidentes renombre de teólogo y exegeta; el único que, escribiendo en una lengua extraña, ha mostrado cualidades de prosista original y nervioso. Toda creencia, todo capricho de la mente ó del deseo se convirtió en él en pasión; y como su fantasía era tan móvil como arrebatado y violento su carácter, fué espejo lastimosísimo de la desorganización moral á que arrastra el predominio de las facultades imaginativas, sueltas á todo galope en medio de una época turbulenta. Católico primero, enciclopedista después, luego partidario de la Iglesia anglicana, y á la postre unitario y apenas cristiano... tal fué la vida teológica de Blanco, nunca regida sino por el ídolo del momento y el amor desenfrenado del propio pensar, que con ser adverso á toda solución dogmática, tampoco en el escepticismo se aquietaba nunca, sino que cabalgaba afanosamente, y por sendas torcidas, en busca de la unidad. De igual manera, su vida política fué agitada por los más contrapuestos vientos y deshechas tempestades, ya partidario de la independencia española, ya filibustero y abogado oficioso de los insurrectos caraqueños y mejicanos, ya *tory* y enemigo jurado de la emancipación de los católicos, ya *whig* radicalísimo y defensor de la más íntegra libertad religiosa, ya amigo, ya enemigo de la causa

de los irlandeses, ya servidor de la Iglesia anglicana, ya autor de las más vehementes diatribas contra ella, ora al servicio de Canning, ora protegido por Lord Holland, ora aliado con el Arzobispo Whately, ora en intimidad con Newman y los *puseistas*, ora ayudando al Dr. Channing en la organización del *unitarismo* ó *protestantismo liberal* moderno.

Así pasó sus trabajosos é infelices días, como nave sin piloto en ruda tempestad, entre continuas apostasías y cambios de frente, dudando cada día de lo que el anterior afirmaba, renegando hasta de su propio entendimiento, levantándose cada mañana con nuevos apasionamientos que él tomaba por convicciones, y que venían á tierra con la misma facilidad que sus hermanas de la víspera; sincero quizá en el momento de exponerlas, dado que á ellas sacrificaba hasta su propio interés; alma débil, en suma, que vanamente pedía á la ciencia lo que la ciencia no podía darle, la serenidad y templanza de espíritu, que perdió definitivamente desde que el orgullo y la lujuria le hicieron abandonar la benéfica sombra del santuario.

Cómo, bajo la pesada atmósfera moral del siglo XVIII, se educó esta genialidad contradictoria y atormentadora de sí misma, bien claro nos lo han dicho las mismas confesiones ó revelaciones íntimas que Blanco escribió en varios períodos de su vida, como ansioso de descargarse del grave peso que le agobiaba la conciencia (I).

---

(1) La principal fuente para este capítulo (además de los escritos de Blanco, todos los cuales tengo á la vista) es la excelente biografía publicada en inglés por Hamilton Thom, con el título de

*The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself; with portions of his correspondence. Edited by John Hamilton Thom. In three volumes. Vol. I. London: John Chapman, 121, Newgate Street. 1845.* Tres tomos: el I de XII mas 501 págs.; el II de IX mas 361; el III de X mas 480. Con un retrato en acero de Blanco White.

La parte primera, que comprende los sucesos de Blanco White en España, está formada con cartas del mismo Blanco al Dr. Whately, Arzobispo protestante de Dublín.

En las *Letters from Spain* insertó Blanco una especie de Memoria autobiográfica, con el título de *A few facts connected with the formation of the intellectual and moral character of a Spanish Clergyman* (págs. 66 á 134).

Otra noticia autobiográfica publicó en las *Varietades ó Mensajero de Londres* (tomo II, pág. 299), con título de *Despedida á los americanos*.

Véanse además:

Gallardo (D. Bartolomé), *Apuntes biográficos de Blanco* (en el tomo III de los *Potras líricos del siglo XVIII*, de D. Leopoldo A. de Cueto (págs. 649 á 651).

—Gladstone (W. E.), *Blanco White* (artículo del *Quarterly Review* (junio de 1845), reproducido en sus *Gleanings* (New York, 1879).

La familia de Blanco (apellido con que en España se tradujo literalmente el de White) era irlandesa y muy católica. Desde el tiempo de Fernando VI se había establecido en Sevilla, dedicándose al comercio, no con gran fortuna, pero sí con reputación inmaculada de nobleza y honradez. La casa de D. Guillermo White, más que escritorio de comerciante, parecía un monasterio de rígida y primitiva observancia, como si en el alma de aquel virtuoso varón viviese todo el fervor acumulado en los pechos irlandeses por tantos siglos de persecución religiosa. Del cruzamiento de aquella sangre hibernica con la andaluza había resultado una generación, no sólo devota, sino mística y nacida para el claustro, ya que no podía coger las sangrientas rosas del martirio. Dos hermanas tuvo Blanco, y las dos se hicieron monjas.

La madre de Blanco no era mujer vulgar y sin cultura: su hijo habló siempre de ella con extraordinaria y simpática admiración. «Trajo á su marido (escribe en las *Letters from Spain*) un verdadero tesoro de amor y de virtud, que fué sin cesar acrecentándose con los años... Sus talentos naturales eran de la especie más singular. Era viva, animada y graciosísima: un exquisito grado de sensibilidad animaba sus palabras y sus acciones, de tal suerte, que hubiera logrado aplauso aun en los círculos más elegantes y refinados.»

De tales padres nació Blanco en Sevilla, el 11 de julio de 1775. Aprendió á deletrear en las historias del Antiguo Testamento, en las vidas de los Santos y en los milagros de la Virgen. Los días de fiesta llevábale su padre á visitar los hospitales, y á consolar y asistir á los pobres vergonzantes, curando sus llagas y tanteando su laceria.

Aunque tan severa, la educación de Blanco fué esmerada. Le destinaban al comercio, pero su madre le hizo aprender latín, además del inglés, que usaba como segunda lengua nativa. Enojada la vivísima imaginación del muchachó con la monotonía prosa del *libro mayor* y de las facturas, antojósele un día ser fraile ó clérigo, al modo de los que veía festejados en casa de su padre, y esta irreflexiva *veleidad* de un muchacho de trece años fué tomada por el buen deseo de sus padres como signo de vocación verdadera. Le enviaron, pues, al colegio de los Dominicos, donde aprendió muy mal y de mala gana la filosofía escolástica por el Goudín, autor no ciertamente bárbaro, como él dice, sino uno de los mejores expositores de Santo Tomás, entonces y ahora.

Pero si en la doctrina tomística adelantaba poco (y bien se le conoció en adelante), su vivo y despierto ingenio encontró fácil ocupación en los estudios amenos, á que le encaminaron varios condiscípulos suyos. Aprendió el italiano sin más fatiga que la de cotejar la *Poética*, de Luzán, con el libro *Della Perfetta Poesía*, de Muratori. Perfeccionóse en el francés, y el *Telémaco* encantó sus horas, dándole á gustar, aunque de segunda mano, las risueñas ficciones de la Grecia. Trabó amistad con D. Manuel María del Mármol, estudiante de teología entonces, y luego maestro de humanidades por medio siglo largo, mediano poeta y aun más mediano tratadista de filosofía, autor de un *Succus logicæ*, extractado del Genuense. Mármol inició á Blanco en el mecanismo de la poesía castellana, y aun en los arcanos de la filosofía experimental, poniéndole en las manos el *Novum Organum*, de Bacón. Otro de sus íntimos fué Arjona, el luego famoso penitenciario de Córdoba, mucho más poeta y literato que Mármol y aun que todos los sevillanos de aquella era, incansable propagador del gusto clásico, y fundador de la *Academia Horaciana* y de la *del Sile*. «Arjona fué quien desarrolló mis facultades intelectuales (dice Blanco)... La amistad que entablamos, él como maestro y yo como uno de los tres ó cuatro jóvenes que por afición instruía casi diariamente, fué de las más íntimas y sinceras que he disfrutado en el mundo.»

La lectura de las obras de Feijóo, que le prestó una amiga de su madre, abrieron á sus ojos un mundo nuevo (1). «Como si por influjo de la misteriosa lámpara de Aladino hubiera yo penetrado de repente en los ricos palacios subterráneos descritos en *Las mil y una noches*, tal arrobamiento experimenté á vista de los tesoros intelectuales, de que ya me creía poseedor. Por primera vez me encontré en plena posesión de mi facultad de pensar, y apenas puedo concebir que el alma, subiendo después de la muerte á un grado más alto de existencia, pueda disfrutar de sus nuevas facultades con más íntimo deleite. Es verdad que mi conocimiento estaba reducido á unos pocos hechos físicos é históricos, pero había yo aprendido á razonar, á argüir, á dudar. Con sorpresa y alarma de mis allegados, halléme convertido en un escéptico, que (fuera de las cuestiones religiosas) no dejaba pasar ninguna de las opiniones corrientes sin reducirlas á su justo valor.»

No nos engañemos, sin embargo, sobre el alcance de este escep-

(1) Vid. *Letters from Spain*, pág. 99.



ticismo, por más que Blanco White exagere sus efectos *à posteriori*. Ni Feijóo ha hecho escéptico á nadie, ni Blanco dejaba de ser á aquellas fechas un muy fiel y sencillo creyente. ¿Y cómo no, si él mismo en otra parte y con más sinceridad confiesa que «fué el primero y más ansioso cuidado de sus padres derramar abundante-mente en su ánimo infantil las semillas de la virtud cristiana...» y que «la instrucción religiosa penetró en su mente con los primeros rudimentos del lenguaje,» y que «las primeras impresiones que formaron su carácter de niño fueron la música y las espléndidas ceremonias de la catedral de Sevilla?» (1)

No fueron ciertamente estas semillas escépticas las que hicieron apostatar á Blanco. Ningún espíritu más dogmático que el suyo, hasta cuando en sus últimos años renegaba de todo dogmatismo. Esta misma negación se trocaba, al pasar por sus labios, en afirmación fanática. Siempre le aquejó la necesidad de creer en algo, si quiera fuese por veinticuatro horas, pero en tan breve plazo creía con pasión, ardoroso fanatismo; sincero en cada momento de su vida, aunque veleidoso en el total de ella.

Él mismo, que tan chistosamente nos habla del *escepticismo* de su mocedad (como si en un irlandés ingerto en andaluz tuviera tal palabra significación alguna), seguía por entonces con íntima devoción los ejercicios de San Ignacio bajo la disciplina del P. Teodomiro Díaz de la Vega, prepósito del oratorio de San Felipe Neri de Sevilla, y ahogaba hasta su única inclinación amorosa juvenil en aras del amor divino.

Así recibió las primeras órdenes, continuando sus estudios de teología, no en la Universidad de Sevilla, sino en el Colegio de Maese Rodrigo, que estaba en mejor opinión entre la gente devota, y recibiendo sus grados en la Universidad de Osuna. Su misticismo era entonces fervoroso: leía sin cesar libros de piedad y devoción, y veíasele á toda hora consultando á su confesor en San Felipe Neri.

Ordenado ya de presbítero Blanco (1800) y rector del Colegio de Santa María de Jesús, hizo oposiciones á una canonjía de Cádiz, de las cuales salió con mucho lucimiento, y á pocos meses obtuvo (1801), también por oposición, la magistral de la Capilla Real de San Fernando de Sevilla: puesto de los más altos á que podía aspirar en aquella metropolitana un mancebo de veintiseis años.

Hallábase entonces en su apogeo la moderna escuela poética se-

(1) *Letters from Spain*, pág. 74.

villana. Unos cuantos estudiantes, alentados y de esperanzas, habían tenido la osadía de sobreponerse á la cenagosa corriente del mal gusto, á la vez conceptuoso y chabacano, que predominaba allí desde el siglo anterior. De esta noble y bien encaminada resistencia nació la famosa *Academia de Letras Humanas*, excelente invernadero de poesía académica y refinada, que tuvo á lo menos la ventaja de la nobleza en los asuntos y de la selección en el lenguaje, por más que, como todo grupo que empieza por proclamarse *escuela*, hiciera correr la neohispalense (que vanamente aspiraba á ser prolongación de la antigua de los Herreras y Riojas) su inspiración por cauce muy estrecho, cayendo á los pocos pasos en la *manera* y en el formalismo vacío, de que no se libraron ni aun los que de ellos tenían condiciones poéticas más nativas y sinceras, Arjona y Lista, por ejemplo.

Entre ellos figuró Blanco como estrella menor y de luz más dudosa, pues aunque fuera notoria injusticia negar que en su alma ardentísima llegó á germinar con el tiempo el estro lírico, que le inspiró en sus últimos años algunos versos delicados y exquisitos, así ingleses como castellanos, libres enteramente del fárrago convencional de la escuela sevillana, también es cierto que sus primeros versos, impresos hacia 1797, ya en un cuaderno suelto (con otros de Lista y Reinoso), ya en el *Correo Literario de Sevilla* (1), por ninguna cualidad superior ni por rasgo alguno de estilo propio se distinguen de las demás odas palabreras y pomposas que hacían Roldán, Castro, Núñez y los demás poetas secundarios de la escuela. Ni Blanco ni ellos pasan nunca de expresar con medianía elegante pensamientos comunísimos. Quintana admiraba mucho la oda de Blanco *Al triunfo de la beneficencia*, recitada en la Sociedad Económica de Sevilla el 23 de noviembre de 1803. Leída hoy, nos parece una declamación ampulosa, inferior de mucho á los tersos y cándidos versos que el mismo asunto inspiró á Lista. Lista, al cabo, en su esfera de luz sosegada y apacible, era poeta, y Blanco, en aquella fecha, aun no pasaba de retórico altisonante y versificador

---

(1) *Poesías de una Academia de Letras Humanas de Sevilla. Antecede una vindicación de aquella junta, por Eduardo Adrián Vacquer. Sevilla, Vázquez, 1797, XXII mas 142 págs. en 4.º* Así éstos como los restantes versos de Blanco, han sido recogidos con mucho esmero por el Sr. Marqués de Valmar, en el tomo III de sus *Poetas líricos del siglo XVIII*.

fácil. La segunda parte de la oda es mejor que la primera, y la factura de algunas estrofas intachable.

..... Tú rompiste  
 Los lazos de la nada, y de otros seres  
 La muchedumbre densa  
 Por tí nació á la luz y á los placeres.  
 En el Sér soberano  
 La fuente de la vida abrió tu mano.

.....  
 ¿Quién sino tú, consoladora Diosa,  
 Fecundó de la tierra el seno rudo?  
 ¿Quién sino tú, del piélago insondable,  
 De montes con fortísima cadena  
 La furia enfrenar pudo?  
 Quién sino tú vistó la faz amena  
 Del prado con verdura,  
 Y dió á la opaca selva su espesura?  
 Del hombre eternamente enamorada,  
 Tú fuiste quien de pompa y de riqueza  
 Cubrió su felicísima morada.

.....  
 Aun no giraba el sol sobre eje de oro,  
 Ni de su ardiente rostro derramaba  
 La hermosa luz del día,  
 Y ya al mortal tu amor le preparaba,  
 De su autor en el seno,  
 De riqueza y placer un mundo lleno.

Versos tan elegantes y felizmente contruídos como éstos se hallarán asimismo en las correctas odas de Blanco *Á la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, Á Carlos III, restablecedor de las ciencias en España, Á Licio y á las Musas*. Pero la obra de Blanco más celebrada por sus compañeros de Academia fué un poema didáctico sobre la *Belleza*, de que hoy no resta más que la memoria (1). Quizá se encuentre alguna reminiscencia de él en la oda

(1) Han sido inútiles todos los esfuerzos del Sr. Cueto para haber á las manos esta obra inédita é insertarla en su colección.

sobre los *placeres del entusiasmo*, una de las mejores composiciones de la primera manera de Blanco.

Mejores que sus versos originales son los traducidos. El conocimiento que Blanco tenía de la lengua inglesa y su familiaridad con los poetas del tiempo de la Reina Ana, clásicos á la latina ó á la francesa, puso de moda el nombre y los escritores de Pope entre los poetas sevillanos. Lista imitó la *Dunciada* en el *Imperio de la Estupidez*; Blanco tradujo en versos sueltos de gran hermosura la égloga de *El Mesías*:

Tiempo dichoso en que, á la fresca sombra  
 Del álamo, sentado el pastor mire  
 Cubrirse el yermo prado de azucenas,  
 Y convidado del murmullo grato  
 De las sonoras fuentes, sus cristales  
 Mire brotar del árido desierto.  
 El tigre, de su furia ya olvidado,  
 Será entre alegres tropas de garzones  
 Con lazadas de flores conducido;  
 Y el pequeñuelo infante, acariciando  
 La víbora y la sierpe, sus colores  
 Celebrará con inocente risa.  
 Jerusalem, Jerusalem divina,  
 Levanta la cabeza coronada  
 De esplendor celestial. Mira cubierto  
 Tu suelo en derredor, y de tus hijos  
 Admira la gloriosa muchedumbre;  
 Mira cuál de los últimos confines  
 Á tí vienen los pueblos prosternados,  
 De tu serena lumbre conducidos.  
 El incienso quemado en tus altares  
 Sube en ondosas nubes. Por tí sola  
 Lloro el arbusto en la floresta umbría  
 Sus perfumes; por tí el Ofir luciente  
 Esconde el oro en sus entrañas ricas.

Con igual acierto, pero no directamente del original alemán, sino de una traducción francesa, puso en castellano Blanco la *Canción de la alborada*, de Gessner. Ya entonces despuntaban en él las condiciones de traductor eximio, que luego brillaron tanto en su insu-

perable versión del monólogo de *Hámlet* y de otros trozos de Shakespeare (1).

Fieles los poetas sevillanos á la ridícula costumbre arcádica, eligieron cada cual un nombre poético. Blanco se llamó *Albino*, y así se le encuentra designado en las numerosas odas *ad sodales*, que mutuamente se dirigían él y Lista y Reinoso. El segundo, sobre todo, sintió por Blanco amistad tiernísima, que no amenguaron ni los años, ni los errores de su amigo, ni la variedad de sus fortunas. Todavía en 1837 dedicaba á *Albino* la colección de sus versos con este soneto, reproducido en todas las ediciones:

La ilusión dulce de mi edad primera,  
Del crudo desengaño la amargura,  
La sagrada amistad, la virtud pura,  
Canté con voz, ya blanda, ya severa.

No de Helicón la rama lisonjera  
Mi humilde genio conquistar procura:  
Memorias de mi mal y desventura  
Robar al triste olvido sólo espera.

Á nadie sino á tí, querido Albino,  
Debe mi tierno pecho y amoroso  
De sus afectos consagrar la historia.

Tú á sentir me enseñaste, tú el divino  
Canto y el pensamiento generoso:  
Tuyos mis versos son, y ésa es mi gloria (2).

Ninguna escuela ó grupo literario abusó tanto y tan cándidamente del elogio mutuo como la escuela sevillana. Tiene algo de simpático, por lo infantil, este afán de engrainaldarse unos á otros aquellos *escogidos de Apolo*, con las marchitas ó contrahechas flores del *Parnaso*, que si fueron olorosas y lozanas en el siglo del Renacimiento, habían perdido ya toda frescura y aroma, á fuerza de ser rústicamente ajadas por todas manos. Era un verdadero diluvio de frases hechas, azote de toda poesía:

Tú del sacro Helicón, mi dulce Albino,

(1) Además de las poesías ya citadas, merecen elogio, entre los *juvenilia* de Blanco, su epístola en verso suelto á Forner y su égloga *Corila*.

(2) Á Blanco están dirigidas una epístola, una elegía y una oda de Reinoso, y tres odas de Lista.

Ascendiste á la cumbre soberana,  
 Y fuiste en ella honor del alma coro;  
 Para tí su divino  
 Mirto, Venus ufana  
 Cultivó entre los nácares y el oro.

Así exclamaba Lista en loor de su amigo; y aun con más afectación en otra oda, cuyas retumbancias, alusiones y perífrasis no serían indignas del mismo Martín Scriblero:

Tú de Minerva las sagradas aras  
 Pisas insomne, y de Cupido y Baco  
 La dulce llama que al mortal recrea  
 Pródigo huyes.

Y de Sileno la *pampínea* enseña  
 Y de Acidalia los nevados cisnes  
 Dejas, y al ave de la noche augusta  
 Sigues callado.

Ya en negra tabla los certeros signos  
 Copias de Hipatia, del divino Euclides,  
 Ya las figuras que la inmensa tierra  
 Miden y el orbe.

Nuevo Keplero, á los etéreos astros  
 Dictarás leyes, mientras yó, modesto  
 Y más felice, las de Filis bella  
 Tierno recibo.

Toda esta fraseología quiere decir que Blanco se dedicaba entonces al estudio de las matemáticas. Pero otras lecturas no tan inocentes le preocupaban más, y el mismo Blanco lo ha confesado sin rebozo en su despedida á los americanos: «Al año de haber obtenido la magistralía, me ocurrieron las dudas más vehementes sobre la religión católica... Mi fe vino á tierra... hasta el nombre de religión se me hizo odioso... leía sin cesar cuantos libros ha producido Francia en defensa del deísmo y del ateísmo» (1).

(1) La madre de Blanco, mujer de grande entendimiento, sospechó antes que otra persona ninguna el cambio de ideas de su hijo: «Tomó el partido de evitar mi presencia (dice el mismo Blanco en su *Preservativo contra Roma*) y de encerrarse en su cuarto á llorar por mí.» (Pág. 4.)

El *Sistema de la naturaleza*, del Barón de Holbach (publicado con nombre de Mirabaud), fué de los que le hicieron más impresión. La muerte de una hermana suya, y el haberse encerrado la otra en un convento (1), acabó de quitarle todo freno. Prosiguió sin descanso en sus insanas lecturas, se hizo materialista y ateo, y pensó formalmente emigrar á los Estados Unidos en busca de libertad religiosa.

## II.

VIAJE DE BLANCO Á MADRID.—SUS VICISITUDES DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.—EMIGRA Á LONDRES Y PUBLICA ALLÍ «EL ESPAÑOL.»—ABRAZA EL PROTESTANTISMO Y SE ADHIERE Á LA IGLESIA OFICIAL ANGLICANA.

En tal situación de espíritu, no podía ser muy del agrado de Blanco la estancia en Sevilla, ciudad tenida en todos tiempos por muy *levítica*. Y como ya la fama de sus versos y de sus sermones (alguno de los cuales anda impreso) había llegado á la corte, no le fué difícil conseguir una licencia del Rey para vivir en Madrid un año, la cual fué prorrogando luego con varios pretextos. El Príncipe de la Paz le nombró *catequista* (*¡risum teneatis!*), ó séase maestro de doctrina cristiana en la Escuela Pestalozziana, que dirigía otro volteriano, el abate Alea.

«Me avergonzaba de ser clérigo (dice Blanco en la *despedida á los americanos*), y *por no entrar en ninguna iglesia*, no ví las excelentes pinturas que hay en las de aquella corte. ¡Tan enconado me había puesto la tiranía!»

¡La tiranía! No estaba ahí el misterio, y el mismo Blanco, en uno de sus accesos de sinceridad, lo confesó en Londres (2), pensando herir con ello al sacerdocio católico, cuando sólo se afrentaba á sí propio: «Viví en la inmoralidad mientras fuí clérigo, como tantos otros que son polilla de la virtud femenina.» Prescinda mi lector de la insolente bufonada con que esta cínica confesión termina, y aprenda á qué atenerse sobre las teologías y liberalismos de Blanco. ¡Que

(1) Para su profesion compuso Lista sus dos hermosas odas *El sacrificio de la esposa* y *El canto del esposo*.

(2) *Variedades ó Mensajero de Londres* (págs. 307 y 309).

siempre han de andar faldas de por medio en este negocio de herejías!

Este influjo mujeriego por un lado, y la tertulia de Quintana por otro, acabaron de dar al traste con los últimos restos de la fe de Blanco. Así le encontró la guerra de la Independencia, y abrazando él por de pronto la causa del alzamiento español, siguió á Sevilla la retirada de la Junta Central, dijo en su instalación la primera misa, como capellán de ella, y *prosiguió* (son palabras suyas) *en su odioso oficio de engañar á las gentes*. De este tiempo es su oda *Á la Junta Central*, declamatoria y mediana, de estilo quintanesco:

Mas ¡ah! tronando el cielo  
 La blasfemia escuchó, y al punto alzado  
 En medio de los campos de Castilla,  
*No*, exclamó el númen del ibero suelo,  
*No*, resuenan los plácidos verjeles  
 Que el sacro Tajo baña,  
*No*, dicen de su orilla los laureles,  
 Y allá en eco lejano  
*No*, repiten los montes de la España,  
*No*, responde bramando el Oceano.

Ya queda dicho en otra parte de estos estudios que Blanco y Lista colaboraron en el *Semanario Patriótico*, con Antillón y los amigos de Quintana, y ahora debe añadirse que á Blanco se atribuyó en 1809 la consulta de la Universidad de Sevilla sobre convocatoria de Cortes.

La invasión de las Andalucías por los franceses en 1810 obligó á Blanco á salir precipitadamente de Sevilla, en la noche del 29 de enero, en compañía del Embajador de Portugal. Á los pocos meses, con universal sorpresa de sus amigos, se embarcaba en Cádiz para Falmouth.

¿Qué motivos pudieron forzarle á tan extraña resolución? Hasta entonces la vida de Blanco nada de singular había tenido, pareciéndose en suma á la de muchos clérigos literatos de su tiempo, *alegres* y volterianos, de cuya especie han llegado casi á nuestros días ejemplares ilustres y muy bien conservados. Como ellos, habría proseguido Blanco en su oficio de engañar á las gentes, si cierta honradez nativa no le hubiera hecho avergonzarse de su propia degradación y miseria, y si un motivo mundano (que nos reveló la áspera pluma de Gallardo) no hubiera resuelto aquella afrentosa crisis.



Blanco tenía varios hijos, y amando entrañablemente á aquellos frutos de sus pecados, quería á toda costa darles nombre y consideración social. De aquí su resolución de emigrar y hacerse protestante: para él, incrédulo en aquella fecha, lo mismo pesaba una religión que otra, ni había más ley que la inmediata conveniencia.

Ásperos fueron sus años de aprendizaje en Londres. Por más que le fuera casi doméstica desde sus primeros años la lengua inglesa, tardó en adquirir facilidad de escribirla, y el atraso de nuestra cultura respecto de la británica le llenó de temeroso respeto. «Persuádime que, en comparación de las gentes de letras de este País, yo me hallaba en profunda ignorancia.» De aquí una labor tenaz é incesante. Durante cuatro años, estudió cada diez horas de las veinticuatro, dominó el inglés, se hizo consumado en el griego, y se aplicó á la lectura de los antiguos Padres, estudio predilecto de los teólogos anglicanos.

Entretanto, y antes de lanzarse á la controversia dogmática, escribió mucho de política, en lengua castellana. Protegido y aun subvencionado por Lord Holland (el sobrino de Fox), por Mr. John Jorge Children y por Mr. Ricardo Wellesley, fundó un periódico titulado *El Español* (1). Empresa más abominable y antipatriótica no podía darse, en medio de la guerra de la Independencia. En los primeros números pareció limitarse á recomendar la alianza inglesa y las doctrinas constitucionales: luego atizó el fuego entre el Duque de Alburquerque y la Regencia, y maltrató horriblemente á la Junta Central, como queriendo vengarse del silencio que le había impuesto en Sevilla, cuando redactaba el *Semanario Patriótico*. Y finalmente, desde el número tercero, comenzó á defender sin rebozo la causa de los insurrectos americanos contra la Metrópoli. De Caracas y Buenos Aires empezaron á llover suscripciones y dinero: el Gobierno inglés subvencionó bajo capa al apóstata canónigo, y Blanco, desaforándose cada vez más, estampó en su periódico las siguientes enormidades: «El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud... La razón, la filosofía, claman por la independencia de América.» Y al mismo tiempo, y en el mismo tomo, y no reparando en la contradicción, escribía: «Jamás ha sido mi intención aconsejar á los americanos que se separen de la Corona de España.

(1) *El Español*. / Por / D. J. Blanco White. / *At trahere, atque moras tantis licet accedere rebus. Virg. Londrés. Impresso para el autor. (En la imp. de C. Wood... 1812.)* Ocho tomos. El último se publicó en 1814.

Pero protesto que aborrezco la *opresión* con que se quiere confundir la unión de los americanos.»

Blanco, en quien la enemiga á todas las cosas de España había llegado á verdadero delirio, no sólo se convirtió en campeón del filibusterismo, sino que tomó partido por Inglaterra en todas las cuestiones que surgían con sus aliados españoles, y abiertas ya las Cortes de Cádiz, vituperó todos sus actos, discusiones y leyes, mostrándose (como buen *anglomano*, aunque en esta parte acertaba) muy enemigo de la política *à priori*, del *Contrato Social*, de los principios abstractos y de la cándida ideología de los legisladores de Cádiz, si bien tampoco era parcial de las antiguas Cortes, sino de un sistema representativo, de dos Cámaras á la inglesa.

Era tal el daño que en España, y sobre todo en América, hacía la venenosa pluma de Blanco, que la Regencia prohibió, so graves penas, la introducción de los números de *El Español*, por decreto de 15 de noviembre de 1810, en que llega á proscribir á Blanco como reo de lesa nación, y aun á denigrarle con el feo, si merecido, epíteto de *eterno adulator de D. Manuel Godoy*, lenguaje impropio de un documento oficial, y que acabó de exasperar á Blanco, lanzándole á nuevas y estrepitosas violencias. Arriaza, que se hallaba entonces en Londres con una comision oficial ú oficiosa, publicó contra Blanco *El Antiespañol* y otros folletos, que fueron contestados con no menor mordacidad.

Duró *El Español* hasta la vuelta de Fernando VII, y el Ministro Canning premió á su autor con una pensión vitalicia de 200 libras esterlinas anuales. Desde entonces rara vez escribió en castellano. Hay, sin embargo, toda de su pluma (menos los últimos números, en que se le asoció otro emigrado, D. Pablo Mendíbil), una revista trimestral para los americanos, con título de *Varietades ó Mensajero de Londres* (1), que duró desde 1822 á 1825. Del patriotismo de los editores júzguese por este dato: empieza con la biografía y el retrato de Simón Bolívar. Allí es donde Blanco se declaró *clérigo inmoral y enemigo fervoroso del Cristianismo*; allí donde afirmó que *España es incurable*, y que se avergonzaba de escribir en castellano, porque nuestra lengua *había llevado consigo la superstición y esclavitud religiosa donde quiera que había ido*. Allí, por último, llamó *agradable noticia* á la de la batalla de Ayacucho.

(1) *Varietades, | ó | Mensajero de Londres. | Periódico trimestral. | Por | el Rev. Joseph Blanco White... Londres, Ackerman, 1824. Con grabados.*

La parte literaria de la revista es buena, mereciendo particular elogio un artículo sobre *La Celestina*, en que se sostiene que es toda *pañó de la misma tela*. Tiene Blanco el mérito de haber sido uno de los primeros iniciadores de la crítica moderna en España. Sus ideas artísticas se habían modificado profundamente por el estudio de la literatura inglesa, sacándole del estrecho y trillado círculo de la escuela sevillana. Había aprendido que «la norma de las ideas bellas es la naturaleza, no desfigurada por el capricho y gusto pasajero de los pueblos y de las academias, sino tal cual domina en el corazón, y dicta los afectos de toda la especie humana...» y que «los modelos antiguos deben estudiarse, para aprender en ellos á estudiar la naturaleza.» De aquí su admiración por *La Celestina*, dechado eterno de arte naturalista: de aquí su entusiasmo shakespiriano, que se mostró, no sólo en delicados análisis, sino en traducciones nunca hasta hoy aventajadas. ¿Quién ha puesto en castellano con tan áspera energía (prescíndase de algun verso infeliz) el famoso monólogo *To be, or no to be?*

Ser ó no ser: hé aquí la grande duda.  
 ¿Cuál es más noble? ¿Presentar el pecho  
 De la airada fortuna á las saetas,  
 O tomar armas contra un mar de azares  
 Y acabar de una vez?... Morir... Dormirse ..  
 Nada más, y escapar en solo un sueño  
 Á este dolor del alma, al choque eterno  
 Que es la herencia del alma en esta vida.  
 ¿Hay más que apetecer?... Morir... Dormirse...  
 ¡Dormir!... Tal vez soñar... Ahí está el daño,  
 Porque, ¿quién sabe los horribles sueños  
 Que pueden azorar en el sepulcro  
 Al infelice que se abrió camino  
 De entre el tumulto y confusión del mundo?  
 Á este recelo sólo, á este ¿quién sabe?  
 Debe su larga vida la desgracia;  
 Si no, ¿quién tolera los reveses  
 Y las burlas del tiempo? ¿La injusticia  
 Del opresor y el ceño del soberbio?  
 ¿Las ansias de un amor menospreciado?  
 ¿La dilación de la justicia?... ¿El tono  
 É insolente desdén de los validos?  
 ¿Los desaires que el mérito paciente

Tiene que devorar... cuando una daga,  
 Siempre á su alcance, libertarle puede  
 Y sacarlo de afán?... ¿Quién sufriría  
 Sobre su cuello el peso que le agobia,  
 Gimiendo y jadeando hora tras hora,  
 Sin ver el fin, á no ser que el recelo  
 De hallar que no concluye en el sepulcro  
 La penosa jornada... que aun se extiende  
 Á límites incógnitos, de donde  
 Nadie volvió jamás... confunde al alma  
 Y hace que sufra conocidos males,  
 Por no arrojarse á los que no conoce?  
 Esa voz interior, esa conciencia  
 Nos hace ser cobardes: ella roba  
 Á la resolución el sonrosado  
 Color nativo, haciéndola que cobre  
 La enferma palidez del miramiento,  
 Y las empresas de más gloria y lustre,  
 Al encontrarla, tuercen la corriente  
 Y se evaporan en proyectos vanos (1).

La ruda naturalidad de Shakespeare hizo á Blanco renegar del arte relamido y peinado de sus antiguos modelos franceses. Él mismo, en un artículo sobre Lamartine y Casimiro Delavigne (advírtase que ni aun los semirrománticos de aquella Nación le agradaban), ha indicado clarísimamente la diferencia. «El arte de los ingleses, dice, se esfuerza por corregirse, imitando á la naturaleza, mientras que el de los franceses se dedica enteramente á querer sobrepujar y corregir la misma naturaleza.» Las simpatías de Blanco, como las de Trueba y Cosío, el Duque de Rivas y otros emigrados, estaban por el *romanticismo histórico*. Tradujo superiormente algunos retazos del *Ivanhoe*, y persuadido de que podía brotar rico venero de poesía de nuestros libros de la Edad Media, llenó las *Varietades* de retazos de las antiguas crónicas del *Conde Lucanor* y del *Itinerario de Clavijo*, y reprodujo el discurso de Quintana sobre los romances, cosa ligera y escrita en francés, pero atrevida y notable para su tiempo.

(Concluirá.)

M. MENÉNDEZ PELAYO.

(1) Pág. 75 de las *Varietades*. Tradujo además Blanco (y están en la misma revista) otros pedazos del *Hámlet* y algunos del *Ricardo III*.

---

# LOS AMORÍOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

---

Á MI ILUSTRADO AMIGO EL SEÑOR CONDE DE SANTIAGO

---

CANTO PRIMERO.

DE REY Á CORONEL.

I.

Con un amor fatal por lo ilusorio,  
siendo en lo real más casta que Susana,  
era un don Juan Tenorio,  
en la región de las ideas, Juana.  
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,  
suele traer á la memoria el beso  
su boca de salud provocativa,  
y, aunque grandes y abiertos con exceso,  
son bellos como el sol, á pesar de eso,  
sus ojos con caídas hacia arriba.

II.

Vivía con honor de su trabajo,  
y, obrera incomparable en sus cosidos,  
sabiéndolos volver de arriba abajo,  
estrenaba diez veces los vestidos.  
Es su casa un convento  
donde, exceptuando el son de aquel acento

que habla más bien al alma que al oído,  
la preciosa cartuja  
no hace en su cuarto de labor más ruido  
que el clava que te clava de la aguja.  
Y cosiendo y soñando entretenida,  
idealiza sus propias sensaciones,  
porque cree, como yo, que en esta vida  
lo que hay más verdadero es ver visiones.  
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco  
al presentir que me parezco un poco  
á esas castas doncellas  
tan llenas de ilusiones,  
que malgastan su amor y sus pasiones  
en la luna, en el sol y en las estrellas?

## III.

En esa edad tan bella  
en que el amor se cae de maduro,  
se empezó á ver en ella  
la grave enfermedad del amor puro,  
enfermedad tan grave, aunque tan pura,  
que un día de parada  
se quedó (y perdonadle su locura)  
del Rey enamorada.  
Cuando es bien parecido  
un Rey, es una imagen de marido  
que las niñas fantásticas adoran.  
¡La mujer y la alondra se enamoran  
de todo lo que brilla y hace ruido!

## IV.

Fué el caso que, al hacerle algún saludo,  
detrás de sus cabellos escondida,  
vió que el Rey su mirada distraída  
echó hacia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.  
Pero Juana infirió, según infiero,

que el Rey le dijo con los ojos «te amo,»  
y ella, pensando en responder «te quiero,»  
ocultó su rubor oliendo un ramo.  
Y luego echa á correr avergonzada,  
y cuándo va pensando  
si el Rey irá besando  
las huellas de sus pies con su mirada,  
así como al descuido con cuidado  
Juana mira de lado  
con tanta gentileza,  
que no puso en su huída  
más gracia natural ni más belleza  
Galatea, volviendo la cabeza  
por ver si era en su fuga perseguida.

## V.

Juana, que se veía  
hermosa y con salud, dos veces bella,  
llegó á creer que se quedó aquel día  
el Rey de España enamorado de ella.  
Y aunque es tan pudorosa  
que no abraza á sus sueños ni en el viento,  
el día aquel, por excepción honrosa,  
le dió de pensamiento  
un beso... ó dos... ó tres... muy poca cosa;  
y, prometiendo al Rey su blanca mano,  
con el amor más tierno,  
la mitad del verano  
y parte del invierno  
á su futuro esposo el Soberano  
lo adoró como á un Dios sin culto externo.  
Y al pensar, la inocente,  
que su gracia de un Rey hará un vasallo,  
en el Palacio Real cristianamente  
aspira á ser sultana sin serrallo.  
Y ¡lo que es la ilusión! desde el gran día  
en que el Rey la inflamó con su mirada,  
por elegancia fría,

ya muestra aires de Reina fastidiada,  
aunque tiene un reinado todavía  
más chico que el Rey Chico de Granada.

## VI.

Mas ¡ay! cuando, creyéndose en su mente  
Reina de ambas Castillas,  
ya extraña que la gente  
no empiece á contemplarla de rodillas,  
la luz de una mañana  
vino á eclipsar su estrella,  
pues supo un día, al despertarse, Juana  
que el Rey se iba á casar, y no con ella.  
Y como es un refrán tan verdadero  
que el mayor desengaño es el primero,  
al caer de su trono,  
creyó con el candor más hechicero  
que del Rey lloraría el abandono  
vistiéndose de luto el orbe entero.  
Y cuando vió apagado  
el esplendor de su ideal soñado,  
y después que perdió la confianza  
de alcanzar la esperanza  
de tener un vasallo coronado,  
la consoló aquel día  
del triste fin de su pasión dichosa  
el mirar que el espejo la decía:  
«¡Consuélate, hija mía,  
que es más que Reina ya, la que es hermosa!»  
¡Cuánto celebro, por su bien y el mío,  
que su amor no pasase de amorío,  
y que su fe, sin experiencia alguna,  
ignórase en su noble desvarío  
que el ir de la pobreza á la fortuna  
es marchar de la dicha hacia el hastío!  
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,  
¡el destino iracundo  
no le hará ver con verdadero espanto



que también en el mundo  
 hay en los ojos de las Reinas llanto!  
 ¡Y al poner fin á sus amores reales,  
 no quedará por dicha convencida  
 de que son las grandezas imperiales  
 las más grandes miserias de la vida!

## VII.

Siempre ha sido y será cosa corriente  
 que, mientras dura el malestar divino,  
 en alas de la mente  
 llega el alma hasta el fin de su destino,  
 siendo un hecho evidente  
 que si un amor se va muy fácilmente,  
 el amor verdadero está en camino.  
 Así, paseando un día  
 más ligera que un pájaro ligero,  
 vió Juana á un diplomático extranjero  
 que, sin ser General, lo parecía;  
 y, como es de inferir, fiel á su estrella,  
 al volverse á la paz de su retiro,  
 un corazón tan tierno como el de ella  
 le dedicó al dormir la noche aquella,  
 después de un «¡es buen mozo!», un gran suspiro.  
 Mas no fué poco enorme  
 el suspiro que dió su alma doliente,  
 cuando supo después por accidente  
 que aquel Embajador con uniforme  
 era un monstruo civil, un sér deforme,  
 que no era ni siquiera subteniente.  
 Y como en ella obra el discurso tanto  
 que, aunque la ciencia lo contrario mande,  
 escribe siempre Amor con A muy grande,  
 y un busto de Nerón lo juzga un santo,  
 de buena fe asegura  
 que, él que no es militar, es casi un cura;  
 y, conforme al saber de muchas gentes,  
 ignora las razones oficiales

que hay para dar patentes  
del uso de uniforme á los mortales  
que no son por lo menos subtenientes.

## VIII.

Porque ¿es hombre un paisano?  
Aunque Juana creía  
que en el género humano  
puede á ratos, y en término lejano,  
un paisano ser hombre todavía,  
ella piensa que es nada, ó casi nada,  
grandeza que no es hija de la espada,  
y que, aun siendo brutal como todo hecho,  
la fuerza, pese al cielo, es un derecho;  
y en honra de las glorias militares  
cree, como todas, por instinto, Juana,  
que el verter sangre humana  
no es deshonor cuando se vierte á mares;  
por lo cual, resolviendo que el paisano  
es más que un hombre un papagayo humano,  
lo olvida muy aprisa, muy aprisa,  
recordando, más triste que Artemisa,  
que ya puede sumar dos desengaños  
en quince años que cuenta:  
¡quince años, ¡ah! quince años!...  
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

## IX.

Mas, dejando mi edad, tened por cierto  
que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,  
y, por raro que sea,  
el corazón humano  
es como el *yo Fictiano*,  
que lo que piensa en su interior, lo crea;  
y Juana, que en su amor se lisonjea  
de lograr para esposo al heroísmo,

si es necesario, en D. Pelayo mismo  
realizará su idea...

¡Lo que tiene de bueno el platonismo  
es que alcanza en Platón lo que desea!

## X.

Sintiendo el inmortal desasosiego  
de una sibila en éxtasis y loca,  
Juana consagra á un militar su fuego,  
para quitarse luego, luego, luego,  
el sabor á paisano de la boca.  
Y, buscando otro amor precipitada,  
quiso la mala suerte  
que Juana, nuestra Reina destronada,  
oyese hablar, si bien muy de pasada,  
del coronel Roldán, alias «La Muerte,»  
un militar de historia acrisolada,  
de quien cuenta la fama pregonera  
que al empuñar la espada,  
se creía un Titán, aunque no lo era.

## XI.

Pero ¡Señor! ¿Para que el alma honrada  
de tan casta doncella  
estuviese vencida y dominada  
por la pasión aquella,  
¿qué había entre ella y él? ¿Qué había? Nada;  
la mucha fama de él y un sueño de ella.

## XII.

Supo Juana también que, osado y fuerte,  
el coronel «La Muerte,»  
como algún día Condillac, opina  
que el tacto es la razón de los humanos,  
y que el mundo termina  
donde acaba el alcance de las manos.

## XIII.

Y como es tan común entre las Juanas  
el tentar á los hombres atrevidos,  
una de esas mañanas  
en que hierve el volcán de los sentidos,  
soñó con el candor más halagüeño  
que dormía muy cerca de su ensueño;  
y en el supremo instante  
en que soñaba más... ¡Jesús, que local  
supuso que aquel hombre delirante,  
como Pablo á Francisca la de el Dante,  
la escondía los besos en la boca...  
y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído  
en la historia de un santo arrepentido,  
al ver su corazón pundonoroso  
que tocan en lo real sus ilusiones,  
perdiendo para siempre su reposo,  
á aquel amante, que alardeó de esposo,  
le echó más maldiciones  
que Fray Diego al murciélago alevoso.  
Y espantada del hecho  
de dormir, sin querer, con sus visiones,  
al fin de su explosión de sensaciones,  
como flor arrancada de un barbecho,  
creyó sacar, cuando saltó del lecho,  
su ropa de inocencia hecha jirones.

## XIV.

¡No temas, soñadora empedernida,  
por tu pudor, que la final caída  
de tu virtud retarda;  
á pesar de tus faltas de dormida,  
todavía tus pasos en la vida  
ve sin rubor el Angel de la Guarda!  
¡Y en tanto que á tu amante devaneo

falte el imán del material deseo,  
en tu mundo de amor imaginario  
siempre serán tu casto mobiliario  
las cosas de los seres ideales,  
oro, diamantes, perlas y corales,  
luz, susurros, perfumes y colores,  
risas, suspiros, pájaros y flores!

## CANTO SEGUNDO.

### DE CAPITÁN Á SOLDADO.

#### I.

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.  
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,  
cuando en el campo, respirando amores,  
los pájaros gorjean  
y se hinchan los estambres que rodean  
los fecundos pistilos de las flores?  
Ella, después que olvida  
la imagen que ama ciega,  
á otra imagen fingida  
con alma, vida y corazón se entrega.  
¿Quién no ha visto mil veces repetida  
esa crisis suprema de la vida  
de un amor que se va y otro que llega?

#### II.

Juana, esta vez, por su fatal destino,  
yendo á una feria un día,  
se encontró en el camino  
á un capitán buen mozo, que tenía  
la ordinaria manía de ser fino.  
Y una mujer que, por favor del hado,

no conoce el pecado ni de oídas,  
conoció al capitán «Perdonavidas,»  
que á más de ser la imagen del pecado,  
por falta de ocasión, sólo ha probado  
que es muy bravo en vencer á sus queridas.  
Este hombre, tan pagado de sí mismo  
que con frente altanera  
se suele despedir como un cualquiera,  
y él cree que dice «¡adios!» con heroísmo,  
en la feria llevaba  
un traje de montar, que suponía  
un enorme caudal que le faltaba,  
y un caballo andaluz que no tenía.

## III.

Mas ¿cómo pudo soportar sin ira  
á un hombre que en amor sólo suspira  
por todo lo sensual de vuelo bajo,  
Juana, que, altiva, hasta á los grandes mira,  
desde que fué algo Reina, de alto abajo?  
Porque en cosas de amores,  
por afición sin duda á los laureles,  
suele gustar á las que crían flores  
el penetrante olor de los cuarteles.

## IV.

Pero como era en Juana  
la castidad más fiera que en Diana,  
cuando á aquel capitán, de su alma dueño,  
lo vió casado, se acabó su sueño.  
Y aunque Juana al principio se acongoja,  
porque á su amor sincero  
le prueba que es un monstruo verdadero  
una rubia, muy rubia, casi roja,  
que le sirvió de negro un año entero,  
ella, ya indiferente,

hoy le ve acompañar galantemente  
 á una mujer muy fea y á otra hermosa,  
 y como es natural y muy frecuente,  
 la hermosa es su mujer, la otra es su esposa.

## V.

Mas no lloréis, lectores,  
 por un alma excelente  
 á quien constantemente  
 la consuela el amor de sus amores,  
 pues tengo la certeza  
 de que le hará soñar otra grandeza  
 esa malaventura que la trajo  
 á amar á un capitán mala cabeza.  
 ¡La gran naturaleza  
 va siguiendo en secreto su trabajo,  
 y después que nos mueve, ella nos guía  
 al fin de nuestro fin por el atajo  
 con la fuerza brutal de su inocencia!...  
 ¡Oh madre universal de la existencia,  
 tu ley es la inmortal sabiduría!

## VI.

Diré, por fin, para abreviar mi cuento,  
 que bajando de un golpe muchos grados  
 en la escala social de la grandeza,  
 Juana quiso á un sargento  
 de los más afamados,  
 que cuando grita «¡firmes!» con firmeza,  
 clava un metro en el suelo á los soldados.  
 Es raro en un candor tan verdadero  
 que amase una semana  
 al sargento «Metralla,» un gran guerrero,  
 que era primo tercero  
 de una prima trigésima de Juana,  
 y un hombre tan ardiente y tan bizarro,

de quien su prima, que le amó, decía  
que, al mirarla, parece que quería  
encender en sus ojos el cigarro.

¿Decís que amar á este hombre es gran locura?

Lo será con certeza,

pero el mal del amor no tiene cura

cuando es por desventura

más grande el corazón que la cabeza;

y cuando un cuerpo lleva

un alma como un horno acalorada,

cualquier cosa, una voz, una mirada,

es la serpiente tentadora de Eva.

Así es que fué querido

por la prima de Juana el tal sargento

porque un día, atrevido,

vistió de falda corta un pensamiento,

se fué hacia ella, se acercó á su oído,

y en frases más fosfóricas que bellas,

aunque sólo de nombre,

le regaló la luna y las estrellas.

¡No engaña á las mujeres ningún hombre.

Por regla general, se engañan ellas!

## VII.

El sargento «Metralla»,

que llamaba á la tropa

la «gente de mi ropa,»

y á las gentes civiles «la canalla,»

era un matón de audacia tan fingida,

que siempre en el fragor de la batalla

procuró, más que herir, no ser herido;

y, buscando socorro,

mientras gritaba «¡á ellos!» en la huída,

como el gran Napoleón, pasó su vida

haciéndose el león, siendo un gran zorro.

Pero ella, que, en la edad de la hermosura,

aspirando á un amor que nunca alcanza,

metida en una nube de esperanza,



cuanto hace y dice es poesía pura,  
exaltado su amor probablemente  
por los informes de su prima, Juana  
sólo pudo querer á aquel valiente  
de prisa y de memoria una semana,  
porque el pobre sargento,  
con esta precisión con que lo cuento,  
de pendiente en pendiente,  
ganó rápidamente  
los cuatro grados que á la letra copio:  
ascendió á subteniente,  
subió desde el Jerez al aguardiente,  
de éste al alcohol y del alcohol al opio.  
Mas si helaron al pronto estos horrores  
en Juana los amantes sentimientos,  
vendrán otros momentos,  
y vendrán, como siempre, otros ardores;  
que en palacio, en la choza, en los conventos,  
al llegar la estación de los amores,  
sólo se hallan amantes pensamientos,  
cantos de aves, perfumes de las flores!

## VIII.

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento  
ignoro si ha vivido ó no ha vivido;  
mas sé que fué querido, y muy querido,  
por Juana, que le amó de pensamiento.  
¿Y quién duda un momento  
que lo que fué en un corazón, ha sido?  
¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,  
que á veces duda el mundo  
si César y Colón han existido;  
los verdaderos hombres que han nacido  
son Fausto, don Quijote y Segismundo!

## IX.

Como se ven las cosas más extrañas  
en aquella cabeza,  
más movible que un viento entre montañas,  
Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,  
sin perder la pureza,  
tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.  
Me váis á preguntar que ¿cómo es eso?  
Pues eso es que, fundidas al exceso  
del calor de sus sueños juveniles,  
de las frías muñecas infantiles  
se convierte el cartón en carne y hueso.  
¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mío,  
sin que de horror se abra á mis pies el suelo,  
que Juana, entre amorío y amorío,  
tuvo hijos sólo por favor del cielo?  
¿Hijos de ella y de quién? De las estrellas,  
que, inspirando ternuras visionarias,  
hacen ser á castísimas doncellas  
madres imaginarias  
de hijos hermosos de ninguno y de ellas;  
por lo cual, la que más y la que menos,  
al condensar el fuego que la abrasa,  
en sus delirios, de ternura llenos,  
tiene hijos sanos, rubios y morenos,  
de los novios de luz con quien se casa;  
y por eso, la niña de este cuento,  
aunque viüda ya de pensamiento,  
si virgen por el cuerpo todavía,  
en ese corto plazo  
que precede al crepúsculo del día,  
soñando, convertía  
en un nido de soles su regazo;  
y como el alma encierra  
el germen de los bienes y los males,  
es feliz con sus hijos ideales  
la madre menos madre de la tierra;

y en su amor sin amante,  
 dejándole volar á su deseo,  
 soñando, se llevaba de paseo  
 dos niños de la mano y dos delante;  
 y ¡cosas de la vida! como estaban  
 formados del vapor de los ambientes,  
 los hijos de su amor se evaporaban  
 cuando, al venir la aurora, se llevaban  
 los céfiros los sueños de las frentes!

## X.

¡Dios del amor! ¿Preguntas en que autores  
 he aprendido á pintar tantos amores  
 y escenas de pasión tan misteriosas?  
 Dios del amor, Dios del amor, ¿qué quieres?  
 ¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,  
 y entre ellas, lo que piensan las mujeres!

## XI.

Ya hemos visto que es Juana tan vehemente  
 y en amar tan voraz; aunque inocente,  
 que, arrostrando tenaz sus desengaños  
 moralmente, y tan sólo moralmente,  
 gastó varios esposos en dos años;  
 y en su ilusión, cual si estuviese cierta  
 de cumplir de su madre el pensamiento,  
 imitando á la Infanta de aquel cuento,  
 que á la suya oyó hablar después de muerta,  
 se fué á buscar su mente  
 al vecino de enfrente  
 que, siendo carpintero, hizo la caja  
 y se prestó á poner piadosamente  
 á su madre difunta la mortaja.  
 Mas como obra á traición lo inesperado,  
 quiso el destino fiero  
 que fuese el carpintero,

mientras ella era Reina, á ser soldado.  
Y, si bien desdeñosa  
cuando era hombre civil no le quería,  
ya un poco menos fría,  
al ver que es militar, piensa otra cosa;  
y de este modo, Juana,  
que tenía á aquel joven olvidado,  
al verle ya soldado,  
lo halló en su corazón una mañana;  
y aunque sólo es soldado el buen vecino,  
ella, en su sed de amor inextinguible,  
sabe bien que el destino  
suele hacer de un soldado un Rey posible.  
Y ¿quién duda que en caso semejante,  
cuando era Juana de Arco una pastora,  
elevaba en su amor, como ella ahora,  
algún pastor á Príncipe reinante?  
Jura, pues, por el sol y por la luna,  
y por todo lo humano y lo divino,  
que al volver de la guerra aquel vecino  
se casará con él sin duda alguna;  
y, aunque ignora su nombre todavía,  
conserva Juana de él una memoria  
tan tierna como el día  
del santo de su madre, que está en gloria.

## XII.

No hablando ni pensando en otra cosa  
más que en ser pronto esposa  
de un militar que es bueno y de su clase,  
para estar muy hermosa,  
discute algo dudosa  
si su traje nupcial, cuando se case,  
ha de ser blanco ó de color de rosa;  
y esperando al ausente,  
sólo tiene en su amor por confidente  
á aquel que ve nacer los pensamientos,

y vaga por el campo alegremente  
oyendo en el ambiente  
la música sin letra de los vientos.

## XIII.

Pero ¡ay! un día, de dolor transida,  
aquella Ofelia cuerda y mal vestida  
con traje de percal descolorido,  
supo que el prometido  
dió con gloria la vida,  
y que, al fin de una lucha fratricida,  
su gloria y él se los tragó el olvido;  
siendo así de aquel hombre,  
la fama, el ruido, la virtud y el nombre,  
la extinción tan completa  
cual lo serán las dichas y los duelos  
de este inútil planeta  
el día en que, al pasar algún cometa,  
lo arroje á los abismos de los cielos!

## XIV.

Y como es Juana, al fin, de esas mujeres  
que tienen el consuelo  
de suponer que hay seres  
que las miran y llaman desde el cielo,  
cuando ya lentamente  
su endebles se iba haciendo transparente,  
siguió al héroe olvidado  
que á la sombra murió de su bandera,  
y ella, de esta manera,  
después que tuvo á un Rey esclavizado,  
vino á acabar su militar carrera  
muriéndose de amor por un soldado.

## XV.

Mientras Juana ha existido,  
sólo vió en los objetos sus ficciones,  
y al fin, para acabar como ha vivido;  
en una compendió sus ilusiones,  
y soñando, al morir, que se moría,  
vió, en su sueño, formado  
un numeroso ejército mandado  
por aquel Rey que la miró aquel día;  
y, mientras duda con dolor la tierra  
si es Juana un General muerto en campaña,  
la despide del mundo el Rey de España  
con todos los honores de la guerra.  
¡Marcha real! En sus honras funerales  
le presentan las armas los soldados,  
y tienen con dolor los oficiales  
en el cielo los ojos abismados;  
¡y en tanto que hace de pasión extremos  
un cierto coronel que ya sabemos,  
y un capitán, con el mayor cariño,  
le promete, mirándola, ser bueno,  
alivia el pecho de suspiros lleno  
un sargento que llora como un niño!  
¡Marcha real, marcha real! ¡Aunque encantados,  
queriendo sus sentidos apagados  
dar fin á su calvario de venturas,  
con ojos por las penas agrandados  
mira Juana, espirando, á las alturas,  
donde han de ser los tristes consolados;  
y, virgen coronada de jazmines,  
mientras, haciendo el duelo,  
ensordecen el suelo  
tambores destemplados y clarines,  
oye también por la región del cielo  
los coros de los santos serafines!  
¡Y, cuando su alma honrada,  
que no pensó sin éxtasis en nada,

dió un adiós á sus sueños terrenales,  
su frente levantó, sólo tocada  
por la luz y los besos maternos,  
y volviendo tranquila la cabeza  
á la vaga región de lo invisible,  
murió con la firmeza  
de un mártir de la fe de lo imposible!  
¡Y, feliz con el duelo  
que la tierra le hacía,  
logrando el fin de su constante anhelo,  
fué á gozar de la gloria, en que creía,  
aquella alma tan grande, que tenía  
por base el mundo y por corona el cielo!

R. DE CAMPOAMOR.

---

# GUENDULAIN

---

(CONCLUSIÓN)

Por lo que hace á su claro juicio como hombre político, basta leer estos pronósticos. En julio de 1838 escribía: «¿Entro en la política? ¿Me arrojo á considerar nuestra situación? Mejor será dejarlo: si hay un poco de actividad para contrarrestar los planes agostizos (revolucionarios), no es mala (la situación); por lo contrario, es mejor que nunca: la guerra avanza, la revolución calma, el cansancio aumenta, el desengaño se aproxima, la paz se facilita; fin, en la conclusión de nuestro sangriento drama va llegando á fuerza de males. Ahora nuestro reino (Navarra) es el teatro de las grandes operaciones, y si en él triunfamos, el estado de las cosas será muy otro en toda la Península.»

Á ella regresó, en efecto, á principios del año 39, según anunciaba en sus versos; y aquí, volviendo con más celo á nuestra Academia, que no olvidaba nunca, me escribe:

«Empezaremos por nuestra Academia: cuando llegué, eran ya académicos honorarios Mesonero y Caboreluz; luego lo fué supernumerario Bretón, quedando yo en mis honores, porque dudaban de mi residencia en Madrid, que parece ser requisito preciso para entrar en el segundo grado. Al fin, convencidos sin duda, de que si mi permanencia en Madrid era para mientras durara la guerra civil, se me podía considerar de residencia fija, me votaron supernumerario el 24 de enero, cuyas funciones ejercí en el momento, votando yo la admisión de Gil y Zárate y Seoane el médico (nada del héroe), los cuales se presentaron el primer jueves con sus discursos correspondientes y quedaron instalados.»

En cuanto á su elección de diputado, de que también había hablado su carta, no tuvo lugar en agosto del 39, porque, por efecto de una de aquellas operaciones aritmético-electorales que (con per-



dón de las matemáticas) enseñan á los candidatos que la suma no es igual al conjunto y totalidad de los sumandos, resultó que el grande y popular propietario de Navarra, el que se creía haber triunfado en todos los distritos, fué vencido en el escrutinio general: por donde quien se contaba sería el primero de los diputados, resultó ser el último de los suplentes.

Más feliz en la siguiente campaña electoral á fines del mismo año, se sentó al cabo como diputado navarro en el Congreso de 1840, y de él recibió luego inequívocas pruebas de la estimación en que le tenía, dado que fué elegido primeramente individuo y luego secretario de la comisión de aquella famosa ley de Ayuntamientos, principal trabajo de aquellas Cortes y causa ocasional del pronunciamiento que en septiembre del mismo año derribó de la regencia y arrojó de España á la Reina Cristina.

Fué aquel suceso como boceto anticipado y reducido de lo que treinta años adelante había de acontecer: hubo alzamiento militar, y general trastorno, y Juntas soberanas en cada provincia, y expatriación de una Reina, hija, esposa y madre de Reyes, símbolo hasta entonces de la libertad y de la monarquía. No se atentó, en verdad, entonces contra esta institución, ni se puso mano en la corona, quizá porque se apoyaba en la cabeza de una niña de diez años, pero hizose pasar el cetro del gobierno de las manos de una Princesa á las de un soldado.

Trastornóse además toda la administración, y no quedó pasión que no se encendiese, ni ley que no se quebrantase, ni empleado que no se destituyese. *El cierzo de septiembre*, como le llama festivamente Gallego, derribó, ó al menos alejó de sus puestos oficiales, á muchos de los que se sentaban en estos escaños; pero unos, como el mismo D. Juan Nicasio, Bretón, Rivas, Vega y aun el que esto escribe, se refugiaron en el Liceo, y allí encontraron ocupación, simpatía, y hasta aplauso; y otros, como Bigüezal, se acogieron á manera del ciervo herido á la selva amiga y al nativo monte; la patria navarra y la casa solariega eran el amado refugio y el abrigo siempre deseado de aquel nobilesimo corazón.

Así que, en cuanto el valiente y combatido Estamento del año 1840 fué suspenso, por no decir dispersado, en 25 de julio, corrió el Barón á su país, honrado ya con plaza de académico de número, que le fué conferida el 14 de mayo, en la vacante de González Carvajal, el mismo que había presidido la comisión de examen y censura en el concurso en que el Barón fué premiado.

No se crea que mientras duraron las elecciones, la legislatura y aun los debates, la fiebre política apartó á Bigüezal de otros más altos deberes, ó le privó de solaces literarios: su naturaleza, ordenada y serena, daba á cada cosa su tiempo y lugar, y su razón fría procuraba copiar en su alma el divino modelo de que es imagen, haciendo á su espíritu á un mismo tiempo uno y múltiple, fijo y movable.

Una era en él la fe, uno el dogma, una la regla de su vida. La alteza divina de su creencia religiosa no se mezclaba con la política, ni seguía en su fe las sugerencias de la moda, unas veces intolerante, otras sentimental. Es de admirar con cuánta asiduidad enseñaba á sus hijos los sagrados dogmas, y ejercía el apostolado que el padre desempeña en la familia católica.

Múltiples, por el contrario, y muchos eran los afanes que tomaba por adornar su erudición con toda especie de conocimientos. ¡Cuántas veces le ví muy de mañana volver del Botánico, donde estudiaba con D. Sandalio de Arias! ¡Cuántos días él, los Musso, padre é hijo, y quien esto escribe dejábamos apresurados, para asistir los unos al Congreso, los otros á sus negocios, la clase de mineralogía del sabio D. Donato García, fiándonos todos á los apuntes tomados por Bigüezal, que tanta era la claridad de su redacción y la gallardía de su escritura!

Pues por la noche no estacionaba en el café, ni se disipaba en visitas, aunque en ellas era muy solicitado, sino que asistía con asiduidad á las cátedras que en el Ateneo profesaban Lista y Donoso.

Guardaba la inmovilidad y fijeza para sus aspiraciones políticas, siendo su norte la monarquía y el Parlamento: su rumbo, aquella línea estrecha y difícil, lindera entre la libertad, que es naturaleza en el individuo, y el orden, que es necesidad en el Estado.

La movilidad la admitía, y aun á veces la practicaba en las materias literarias, en que el gusto público es supremo árbitro, y en donde el impulso del tiempo es ley irresistible.

Por donde se explica bien que, aun cuando en los poemas de que he extractado fragmentos obedeciese á los preceptos clásicos, en otros, como en *El Trono y el pueblo* y *El Guerrillero*, se trasluzca perfectamente al hombre que seguía las lecciones en aquel tiempo dadas por Donoso sobre la soberanía de la inteligencia, y oía en el Liceo los aplausos merecidos por Espronceda.

Hé aquí estas características y en cierto modo históricas composiciones:

## EL TRONO Y EL PUEBLO.

*El Trono, el Pueblo.* ¡Seductores nombres!  
 ¿Qué sois? Genios de muerte;  
 Enseñas enemigas de los hombres;  
 Títulos del más fuerte;  
 Velos de la opresión, mantos de luto;  
 Tarquino vistió el uno, el otro Bruto.

*El Trono, el Pueblo:* lúgubres sonidos,  
 Palabras dolorosas,  
 Ellos valen cien siglos de gemidos  
 De huérfanos y esposas,  
 Mares de sangre, piélagos de llanto,  
 Edades de dolor, sombras de espanto.

*¡El Trono!* ¿Y que es el trono? Un breve asiento.  
 Del poder victorioso,  
 Las tumbas establecen su cimiento,  
 La espada su reposo,  
 La humana vanidad hace su nombre,  
 El orgullo su altar, su Dios el hombre.

*¡El Pueblo!* ¿Qué es el pueblo? Nombre vano,  
 Fantasma engañadora,  
 Fugaz, como en las noches de verano  
 Chispa que se evapora;  
 Ambiente, átomo, luz, vapor, ensueño,  
 Amo y siervo á la vez, súbdito y dueño.

*¡El Trono!* ¡Vanidad! Por él la vida,  
 Las penas, los dolores;  
 Por él la paz y la amistad perdida,  
 La dicha y los amores;  
 Él roba el hijo al paternal halago,  
 Y lo lanza á la muerte y al estrago.

*¡El Pueblo!* Monstruo acéfalo tremendo,  
 Maldice á los tiranos,  
 Y su puñal despótico esgrimiendo,  
 Oprime á los hermanos;  
 Voluble como el mar, vaga á la suerte,  
 Tributa odio al vencido, incienso al fuerte.

*El Trono, el Pueblo*, sus fantasmas vanas  
 Brotan siglos de guerra,  
 Y con capas de víctimas humanas  
 Engrandecen la tierra;  
 Banderas de terror fueron sus nombres,  
 De mengua y de baldón para los hombres.

Arde el *Saber*, y la virtud se asienta  
 Sobre el poder violento,  
 Ve su luz el mortal, goza y alienta,  
 Y se postra á su acento:  
 ¡Almo *Saber*! Tú salvas los humanos,  
 Y al *Trono* con el *Pueblo* haces hermanos.

B. DE B.

### EL GUERRILLERO.

En largo enjuto rocín,  
 Mugrientos silla y jaez,  
 Freno cubierto de orín,  
 Y en honra de la vejez  
 Estribos de celemín,

Un jayán de aire feroz,  
 Velloso y tostada faz,  
 Harto de la estéril paz,  
 Iba trotando veloz  
 Por el monte de Aranaz.

Cruza su hinchada nariz,  
 Como en la tierra un barranco,  
 Escabrosa cicatriz,  
 Y como hebras de maíz  
 El bigote rojo y blanco.

Sable de pesado hierro  
 Y enrejada empuñadura  
 Suena en su rodilla dura,  
 Y un cinturón de becerro  
 Ciñe su enorme cintura.

De su caballo al compás  
 Y de sus armas al son

Iba el osado campeón,  
Sin pensar en los demás,  
Entonando una canción.

Mas el robusto cigarro,  
Que entre sus labios ardía  
Las palabras confundía  
Con que el rústico navarro  
Así á decirnos venía:

- » Bien haya la guerra
- » Que suena en mi tierra,
- » Que ya duró asaz
- » La insípida paz:
- » La paz no es para el valiente
- » Que ansía ser independiente
- » Y vivir libre del yugo
- » Que á otros imponerle plugo.
- » Libre yo,
- » Y viva Dios y la Patria
- » Y el que la guerra inventó.
- » Se humilla el alcalde,
- » Me aloja de balde,
- » Y á fuer de la guerra
- » Yo mando en la tierra;
- » Y saco doble ración,
- » Debida á mi graduación,
- » Porque yo soy capitán,
- » Carne, vino, pienso y pan,
- » Y aguardiente.
- » Y que viva Dios y el Rey
- » Y el ánimo de mi gente.
- » Que viva el valor,
- » Y muera el traidor,
- » Y pena la vida
- » Si esconde la brida;
- » Voto á Dios que cumplo el fallo
- » Si no me entrega el caballo,
- » Y la silla y la escopeta,
- » Y á razón de una peseta
- » Cada día,

- »Para los bravos soldados
- »De toda mi compañía.
- »Muchachos, jaleo,
- »Que caiga el correo,
- »Diezmemos las dulas,
- »Cobremos las bulas,
- »Y dejad la bolsa en blanco
- »Al cobrador del estanco;
- »El excusado, el noveno,
- »Lotería, todo es bueno.
- »¡Ea, chicos,
- »Guerra eterna á los traidores,
- »Que lo son... *todos los ricos!*»

B. DE B.

Cualquiera que sea la diferencia del mérito que exista entre *El Pirata* y *El Guerrillero* de los dos discípulos de Lista, no se podrá negar que pertenecen al mismo movimiento del gusto é indican que la movilidad que hay entre el cantor del *Pelayo* y del *Pirata* es la misma que se nota en el autor del *Cerco de Zamora* y de *El Guerrillero*... y más aún que la ventaja que literariamente alcanza el uno, tiene históricamente el otro; porque, por desgracia de España, hay en nuestros montes más banderos como el que pinta Bigüezal, que en los mares piratas como el de Espronceda.

Sea de esto lo que quiera, verdad es que en el tiempo á que nos referimos, el guerrillero, ese tan influyente actor del gran drama de nuestra historia, no tenía ya por escenario los ásperos y para él conocidos montes Pirineos, y así podía Bigüezal escribirme: (1) «Aquí, en medio de estas campiñas llenas de ruinas y recuerdos sobre su superficie, de huesos y olvido debajo de su tierra, pasea uno contemplando su milagrosa transformación, y cada paso que uno da, cada persona que á uno le habla, viene á aumentar la admiración y sorpresa; porque el General Urbistondo embroma con el Marqués de Santiago, y con los mismos que por seis años le han apellidado traidor: los soldados mezclados con las boínas, que eran su espanto ó su blanco en las diarias escaramuzas de la pasada guerra...» etc.

(1) San Sebastián, 16 de agosto de 1840.

«Debo hacer justicia á mi país, me decía en otra carta; ni un solo viviente de ninguna opinión me ha puesto el menor obstáculo para nada ni causado el menor disgusto: de día y de noche, en el campó como en la ciudad, he andado y ando sin el más mínimo recelo: los intrincados barrancos donde no penetraban divisiones enteras, son camino llano y seguro para mí en medio de la noche; para mí, á quien conocen como uno de los primeros comprometidos en la causa de la Reina. Esta fraternidad, esta unión, este agasajo, esta familiaridad universal, encanta, seduce, amigo mío, y quisiera uno compartirla con sus amigos. Vente por este país, que aunque también con juntas, disfruta de toda la tranquilidad que puede mantener un pueblo que quiere la paz. He estado quince días en la casa de campo (Bertiz) de mi hermana (la Marquesa de Vesolla): hace cuatro que estoy en esta ciudad (Pamplona), y dentro de otros cuatro me voy á Tafalla, en donde pienso dividir mis horas entre mis intereses, la caza y la literatura. Para lo primero, va á empezar la vendimia; para lo segundo, acabo de recibir una escopeta que encargué hacer un mes há en Eybar; y para lo tercero, me llevaré algunos libros, *el cuaderno académico del Diccionario*, mi poema y algun otro papelejo que embadurnar.»

No olvidaba nunca nuestra amada Academia; tanto, que de este cuaderno, cuyo examen le estaba encomendado, y que llegaba desde el vocablo *Ekis* hasta *Floreta*, hacen mención nuestras actas en día para todos memorable, y para Bigüezal (como luego se verá) aciago: el 14 de octubre de 1841, víspera del fusilamiento del General Leon, dice el libro de actas: «Se continuó la corrección de artículos del Diccionario hasta *Floreta*, con lo que concluyó el repartimiento del Sr. Bigüezal.»

En cuanto al poema de que habla en todas sus cartas, su obra predilecta, con la cual, sin embargo, era severo y aun injusto de puro modesto, es el titulado INÉS, ó *Las guerras civiles de Navarra en 1552*.

Otrosí: del contenido de esta carta se deduce que anduve demasiado sobrado de figuras poéticas cuando dije que se retiró de Madrid á su país, como el ciervo herido que se acoge á la espesura del bosque; y donde más claramente se ve esto, y aun se comprende su condición y modo de vivir, es cuando, invitándome de nuevo, decía:

«Ocupado del arreglo de unos bienes, largo tiempo há encomendados á extrañas manos; distraído por mil proyectos nuevos de mejoras; afanado con la dirección de algunas obras necesarias para

nuestro alojamiento; sorprendido no pocas veces por el aspecto de un país que no debiera ser sino tumbas y cenizas; admirado de su cultivo, de su producción, del incremento de su ganadería; gozando de la paz y seguridad de sus caminos, como goza un egoísta en un invierno crudo dentro de una pelliza que los demás no tienen, así, amigo mío, me verías pasar los días y las noches, si, dejándote llevar, ya que no por un movimiento de amistad, al menos por el de una diligencia, te aparecieses en esta casa cuando menos lo pudiéramos imaginar. Te ofrezco un cuarto y una cama, una mesa y un amigo. ¿Quieres trasladarte doscientos años atrás? Yo te sepultaría entre objetos de aquellos tiempos tan completamente, que apenas pudieras hablar de otra cosa que de las intrigas del Duque de Lerma ó de los riesgos y osadía del Conde de Villamediana. Las paredes, cubiertas de tapices de Flandes, apagarían la luz y la voz como un crespón y una sordina. Los damascos carmesíes sobre los rostros de Darío y Alejandro, ó formando pabellón por encima de la muerte de Héctor, acabarían de embotar los últimos reflejos: tocadores antiguos de madera negra coronados de escudos de armas de plata, y muebles de concha contemporáneos de los hechizos de Carlos II, formarían contraste con las cornucopias de una vara y las sillas doradas de arriba abajo: allí se apagarían las locuras del siglo XIX, como se apagan las hachas de viento en un pilón.»

Ó yo me equivoco, ó los trozos copiados retratan al vivo al ilustre prócer navarro, entusiasta por la tierra que le vió nacer, y apegado á la hacienda heredada de sus mayores. Pues aun más apacibles son los cuadros que pinta en sus cartas cuando habla de su familia y de sus estudios; y en éstos y en aquélla se retrata el noble patricio, el tiernísimo padre de familia, el modesto y estudioso académico que á tales objetos dirigía su culto, olvidando, casi anatematizando la política desde el santuario de su hogar.

Pues allí vino ella á buscarle para hacerle tomar parte en los tristes acontecimientos de 1841, valiéndose de medios y resortes que ignoro, y que no he procurado investigar.

Estaba el General O'Donnell en Pamplona cuando se preparaba en octubre el levantamiento en favor de la regencia de la Reina Cristina. Aquel General, con el frío valor que le caracterizaba, entró una noche solo en la Ciudadela y sorprendió á los jefes militares de ella, que estaban en los pabellones jugando al tresillo. «Buenas noches, señores, les dijo.—Buenas noches, mi General,» le respondieron, levantándose todos, menos sorprendidos de lo que debían,



porque creyeron que venía á presentarse arrestado. «Señores, les dijo O'Donnell, la Ciudadela es ya mía (y en efecto, contaba dentro de su guarnición con poderosas inteligencias); pero no hay que inquietarse, añadió; si VV. piensan de otro modo, dense por arrestados.» Todos callaron ó asintieron á seguir las órdenes del General. Entonces éste (cosa increíble) salió de la Ciudadela y se fué al teatro, donde le vió todo el mundo, disipando así los rumores que corrían de que lo habían preso. Fué en seguida al cuartel en que estaba el regimiento de Gerona, que había mandado, y quiso sacarlo; un sargento se opuso á ello, ya comenzado el movimiento: «No hay que inquietarse, dijo el astuto caudillo; yo no quiero comprometer á nadie, me sobran fuerzas;» y diciendo y haciendo, fué á otro cuartel, cuya tropa sacó y la llevó á la Ciudadela.

En tanto, alarmadas las autoridades, habían dado orden de prender al Barón de Bigüezal, que era uno de los diputados forales, cuyas opiniones favorables á la Regencia de Cristina y amistosas relaciones con O'Donnell eran conocidas. Tuvo de ello noticia el Barón cuando estaba casualmente en su casa uno de sus labradores con un mozo y unos mulos; tomó, pues, el traje del campesino, y con él salió, disfrazado y caballero en su macho, por el postigo de la ciudad llamado de Rochapea. Habían ya colocado en las puertas alguaciles que conocían á las gentes, para que detuviesen á los que trataran de huir. Bigüezal, sereno, se dirigió al centinela, y le dijo: «¿Pueden bajar las bestias por este atajo?—Otros han pasado,» contestó el soldado; y, en efecto, los fugitivos bajaron por el estrecho sendero del escarpe rapidísimo.

Alejados de la ciudad, torcieron por otras veredas, y vinieron ya en alta noche, sin ser vistos, á la puerta de socorro de la Ciudadela.

En ella ya, y admitido por O'Donnell con gran júbilo, fué por éste constituido en la presidencia de la Diputación foral, y dió una notable alocución á los navarros, cuyos ejemplares no hemos podido haber á las manos.

Tres días de ansiedad pasaron en la Ciudadela aguardando los batallones de la Guardia real, que debían venir pronunciados de Zaragoza, y al cabo supieron que aquellas fuerzas se habían despronunciado en el camino, y que el General Borso había sido preso y fusilado. Entonces O'Donnell comisionó á Bigüezal para que fuese á Vitoria, en donde encontraría á Montes de Oca, para convenir con él en la conducta que había de seguirse.

En el camino supo que las tropas del Gobierno habían entrado en

la capital de Álava, y que el infeliz Montes de Oca vagaba prófugo, perseguido de cerca y acompañado de gentes poco seguras.

Torció, pues, el Barón su rumbo, y perseguido también, pero sin más compañía que su fiel labrador, tomó el único arbitrio que le quedaba: ganar la frontera francesa.

Los que á la sazón en esta nuestra casa examinaban, como ya hemos dicho, el cuaderno de Bigüezal, y en él la definición de la palabra expatriarse, corregida ó adicionada por el mismo, estaban lejos de pensar que á aquella hora, cubierto de nieve, por los sombríos y quebrados montes que son aledaños de Navarra y Guipúzcoa, perseguido y por segunda vez condenado á muerte, ponía él en práctica esta su adición: *expatriarse*, separarse alguno voluntariamente de su patria, *por mejorar de fortuna* ó POR EVITAR ALGÚN RIESGO.

Dirigiéndose, pues, á la frontera, encontró en Zumárraga á su hermana la Marquesa de Vesolla, que asimismo emigraba con su familia. Convino, pues, con ella en lo que había de hacer; pero no quiso comprometerla en larga jornada incorporándose á su comitiva. Tomó, pues, ropa de criado, despidió á su compañero, y por otros senderos vino á juntarse con los viajeros poco antes de Irún.

El puente del Bidasoa estaba guardado, y registraban á todo el que salía de España. Nuestro fugitivo, que había poco antes dejado su caballo, y, como hemos dicho, su maleta y su compañero, disfrazado de criado, trepó en el pescante, y así llegó al lugar del registro. Allí le amenazaba nuevo peligro; si se apartaba de la comitiva, su mismo retraimiento le hacía sospechoso; si se mezclaba con los sirvientes, su natural aire distinguido y principal, á través de su disfraz, le denunciaba; si se acercaba á su hermana, la grande semejanza que entre los dos había le condenaba. Tomó, pues, un partido análogo al que había adoptado en la puerta de Pamplona. Fuése sereno y resueltamente al registrador, presentóle su baúl, abriólo y dejólo examinar; y preguntando en tono que no era el suyo «¿Está corriente?» sin aguardar más respuesta que un signo afirmativo del polizone, se cargó el pesado bulto á la espalda, atravesó lentamente el puente, y... claro está que no volvió por otra maleta.

¿Para qué hablar de la emigración, si apenas hay español que no la conozca? Aquel amargo y á la vez dulce recuerdo de la Patria, cuyas puertas nos están cerradas, y de nuestra casa, que otros habitan; aquel fantasear por la noche planes y esperanzas que al amanecer se ven frustradas; aquella vigilancia de los extranjeros, que nos veja, y aquel disimulado despego de los compatriotas, que nos lasti-

ma, y la escasez, á veces la carencia, de lo necesario á la vida, y la durísima privación de cuanto la dulcifica, todo esto sufrió estoicamente nuestro amigo; también á él se le intimó que mudase de domicilio cuando en Bayona asistía al lecho de una hija pequeñuela y de una esposa idolatrada. Pudo evitar este paso merced á gestiones hechas y á garantías dadas por amigos suyos en París; pero no pudo impedir que su padre y sus hermanas también lo abandonasen, ni que, creciendo su aislamiento, se evocasen más vivos los recuerdos de sus pasados riesgos.

«¡Si vieras qué días de poesía pasé!—me escribía refiriéndose á ellos.—¡Qué poesía!... Pero ésa sólo se puede referir de palabra. Momentos hubo terribles, y que sólo veo en todo su espanto después de pasados, como el enfermo convaleciente á quien le refieren los días de su riesgo. Aquí me tienes por ahora, ocupado sólo de medicinas y lamentos; te aseguro que mi vida há tres años es horrorosa.»

En medio de eso, aun encontraba tiempo para repasar sus propias obras, para leer y analizar las ajenas, sobre todo para volver los ojos á esta Academia.

«Leí el *Esvero* de Maury (me escribía); no comprendo cómo se dice que aquello tiene interés: es el delirio de un hombre de talento. Leí *El Diablo Mundo*; de ese nada quiero decir. ¡La pobre *Inés!* (su poema) la dejaremos dormir por ahora, y veremos si hago algo en otro género. ¿Qué harías en mi lugar? ¿Trabajarías en organizar alguna colección de las muchas composiciones que tengo y darla á luz en las circunstancias presentes? ¿No crees que sería intempestivo el paso é inoportuno el momento? ¿No se resentiría la crítica de la situación del autor? ¿No se explotaría la obra para explicar mis opiniones, ya en uno, ya en otro tiempo? Nada temo, de nada me retracto; pero composiciones insignificantes se traducirían al lenguaje de la política. Yo creo que el trabajar en su corrección y elección sería útil; el esperar á otro día para su publicación sería acertado. ¿Y crees tú que podría incluir en la colección mi poema premiado del *Cerco de Zamora*? ¿No es una propiedad de la Academia?»

«He visto, amigo mío, el resultado del certamen abierto por nuestra Academia—me decía cuando se propuso por tema un libreto de ópera;—es demostración de que las musas españolas conservan una independencia feudal; la poesía no quiere asalariarse á la música... Pero si en poesía no se ha podido adjudicar el premio, ¡más triste es que en la prosa no se haya encontrado á quién coronar!»

Por desgracia, ni estos planes ni una novela histórica que comenzó llegaron á buen término. Los golpes que hasta entonces habían lastimado su amor propio ó su patriotismo, los temores que habían embargado su mente, se tornaron en crueles heridas que destrozaron su alma; vió lentamente desfallecer y morir una de sus hijas, según decía, la más robusta y hermosa de todas, y después bajar á la tumba á su esposa, el objeto de sus primeros amores, la compañera de sus desgracias. Su salud se resintió de tal modo y su natural é ingénita hipocondría se graduó tanto, que fué necesario hacerle viajar.

Entonces, aunque brevemente, recorrió Inglaterra y Bélgica; entretanto, el alzamiento restaurador de 1843 se verificó en España; tuvo noticia de él á su regreso á Burdeos, y pendiente aún de los azares de las armas y de la voluntad de los pueblos el éxito de aquella causa, el Barón se apresuró á volver á su País, para contribuir á su triunfo.

Logrado éste y al llegar Bigüezal á Pamplona, entre otros cargos honoríficos que le confiaron más ó menos gratos, pero que al cabo demostraban la estimación en que le tenían sus compatriotas, le eligieron por último primer alcalde.

Nada de esto aliviaba su melancolía, nada le hacía olvidar sus desgracias. Así me escribía:

«Después de dos años de emigración, Mariano mío, y dejando en tierra extraña un sepulcro en cada pueblo de los que he habitado, he vuelto á mi País á hundirme en la tristeza mas atroz; aquí me tienes desde 15 de septiembre con mis tres hijas en la edad que dicen feliz; yo, sin embargo, ya he empezado á mortificarlas con lo que se llama educación; y ellas continúan llenándose la cabeza de lo que llamamos saber, que de maldita la cosa sirve... Irán aprendiendo palabras, mientras su padre camina al sepulcro, para tomar en seguida ellas la misma ruta, mientras sus hijas vuelven á aprender las mismas palabras: que así es el mundo, y estamos muy satisfechos de haberlo maravillosamente arreglado.»

Á tal punto de misantropía habían llevado las desgracias de la emigración al hombre que fué siempre modelo de estoica entereza y de resignación cristiana; sin embargo, como si se hubiesen puesto de acuerdo pueblo y Trono para reconocer sus merecimientos, al mismo tiempo que sus conciudadanos le conferían la primera magistratura municipal, la Reina, proclamada mayor de edad el 8 de noviembre de 1843, enviaba en la misma fecha al fidelísimo prócer

navarro la llave de gentilhombre, favor entonces mucho más raro, y por lo tanto más estimable, que al presente; y por la ocasión y el día en que se otorgaba, más significativo.

Algo, aunque poco, debió quizá este honor dulcificar la amargura de haberse visto por intrigas de unos y por ingratitude de otros postergado en las elecciones para las Cortes que se abrieron en 15 de octubre de aquel año, y olvidado así en ellas por los mismos á quienes había sacrificado su tranquilidad y su vida, por quienes había padecido dos años de emigración y merecido dos sentencias de muerte.

Menos confiado en sus amigos políticos, ó más diligente en el empleo de su personal influencia, al año siguiente logró sentarse en el Congreso, en la legislatura que comenzó el 10 de octubre de 1844.

Al llegar á este punto confieso que me asalta una duda y se exacerba un antiguo escrúpulo. ¿Debo engolfarme aún más en la narración de la vida política de nuestro académico? ¿Ó debo, de un salto y como tras un paréntesis, continuar la narración de sus trabajos literarios? Lo primero fuera debido si me propusiese yo escribir detalladamente la vida del insigne patricio; lo segundo parecería disculpable y aun grato si os fuese más conocido el sujeto; pero separado éste de nosotros, tanto como de la escena política, por largos años de su avanzada edad; desconocido por tanto y aun casi ignorado por muchos de sus compañeros, mi deber es dárselo á conocer, para lo cual me es forzoso referir, bien que ligerísimamente, aquello que en su vida pública más distingue su carácter, y, por decirlo así, corresponde, explica y á veces motiva su modo de ser literario y social.

Porque en verdad, así como no comprenderá toda la influencia del Duque de Rivas en el Parlamento y en la diplomacia quien no mida antes la popularidad que le dieron sus poemas, así tampoco conocerá bien el valor académico de Olózaga ó de Donoso quien no lea ó haya oído sus admirables discursos: por donde infiero que, para bien juzgar al premiado de 1833 y al decano de 1882, es forzoso, siquiera muy de ligero, dar una ojeada al diputado de 1845 y 46.

Fueron en verdad aquellas Cortes piedra de toque de opiniones y de sistemas políticos, palenque de oradores, prueba convincente de caracteres y de creencias, porque pusieron mano en los mas arduos problemas del derecho constitucional y de la historia patria.

Tratóse en la primera legislatura de hacer un Código fundamental, reformando, de acuerdo con la Corona, el de 1837, y redactán-

dolo en sentido algo más monárquico, con espíritu menos desconfiado, con tendencias más autoritarias.

El propio elocuente pensador que hemos nombrado, Donoso Cortés, escribió en admirable y grandilocuente estilo las razones de tal reforma.

Veamos ahora cómo aceptó Bigüezal los principales puntos de ella:

«En el artículo referente (1) á la Religión no había variación sustancial entre el Código de 1837 y el de 1845; pero alguna diferencia se introdujo en la redacción, que es más explícita en la de 1845. Con todo, el Sr. Alós, diputado por Lérida, propuso que á la última frase del artículo que dice así: *El Estado se obliga á mantener el culto y sus ministros*, se añadiese: *de una manera decorosa é independiente*; y esta adición no fué admitida en la sesión de 15 de noviembre; votando por la admisión pocos diputados, entre ellos Bigüezal» (2).

La Religión (me decía) no necesita para triunfar en pueblos salvajes más que el sayal de D. Tiburcio de Redín. Una nación como España sí necesita para mantener la gloria de su nombre y las maravillas de sus templos de un culto decoroso é independiente. Esta doctrina demostró luego elocuentemente en la ley de dotación del culto y clero (3), defendiendo la suspensión de la venta de los bienes eclesiásticos.

Veamos ahora lo que pensaba en cuanto al poder real.

Hecho el Código de 1845, según acabamos de decir, con espíritu de mayor conciliación entre el Monarca y los mandatarios del País, de inferir era que se suprimieran á un mismo tiempo varias trabas que se imponían al Rey casi en su conducta privada, y se derogasen facultades tumultuarias (como decía Donoso) que se daban á las Cortes.

Suprimióse, pues, en la nueva Constitución (4) la necesidad que la antigua imponía al Rey de obtener autorización para salir del Reino y para contraer matrimonio (5).

Al mismo tiempo que no se facultó á las Cortes para reunirse

(1) Art. 11.

(2) *Diario de Cortes*, pág. 476.

(3) Ley de dotación del culto y clero. Donoso Cortés, pag. 1.257.

(4) Artículo 46.

(5) Artículo 48 de 1837, párs. 4.º y 5.º

por sí solas el 1.º de diciembre de cada año (1), Bigüezal, que era monárquico por herencia, por naturaleza y por convicción, votó en esto con la mayoría.

Pero donde mayor variación introducía la nueva ley fundamental era en la formación del Senado, que de ser temporal y de elección popular, como en 1837, pasaba á ser de nombramiento real y vitalicio. Sin embargo, esta modificación, notable en sentido conservador, no satisfizo á algunos, y entre ellos el Marqués de Montevirgen presentó una enmienda estableciendo un Senado muy parecido al que actualmente existe, es decir, diciendo: *Los senadores serán hereditarios, de dignidad, y vitalicios*. Esta enmienda, elocuentemente combatida por Donoso Cortés, y abandonada por el Gobierno, que al principio es fama que la aceptó, y aun dicen que la inspiró, fué desechada en votación nominal el 18 de noviembre: el nombre de Bigüezal está entre la minoría que la aprobada; y cierto que á las razones que los otros pudieran tener, él agregaba una que pesaba no sólo en su entendimiento, sino en su memoria y en su corazón; para él, aquella dignidad era una herencia, como el nombre que llevaba, como la cuna en que se había mecido, y la hacienda que le mantenía y la sepultura que le esperaba; él se había ya sentado por juro de heredad en 1817 y en 1828 en un Estamento de tal origen, y la investidura que otros aspiraban á adquirir él creía de su decoro conservar. No por esto se infiera que rechazaba ni aun desconocía la tendencia democrática de los tiempos presentes, y bien acreditó cuán ampliamente la comprendía, y cuán religiosamente la observaba, ya en la sesión de 27 de noviembre (2), defendiendo que el cargo de diputado debía durar cinco años, y no siete ó uno, como algunos pretendían; ya en el examen de la ley electoral discutida al año siguiente; dando además en tales ocasiones y en otras claro testimonio de su amor al pueblo y de su conocimiento de las instituciones representativas. Pues, con todo lo que va dicho de la vida doméstica, literaria y política de D. Joaquín Ignacio Mencos, no quedaría bien retratado ni sería fácilmente conocido si se omitiese una cualidad que, como el color del rostro, se extiende y comunica á todas las facciones y todas las anima y armoniza; es esta cualidad su amor al suelo navarro; ya habéis visto cómo

(1) Artículo 27 de 1837. Suprimido.

(2) *Diario de Cortes*, pág. 674.

describe sus campos, sus habitantes y su propio hogar, cómo canta ó relata su historia... Pues necesario es decir que con igual amor defiende sus instituciones y aboga por sus intereses.

Así es que, cuando el Congreso discute y acuerda el principio de que *unos mismos Códigos regirán en toda la Monarquía* (1), el ilustre y amante hijo de Navarra se levanta y termina un discurso noble y frío, y correctamente dicho y religiosamente escuchado, con estas palabras: «En el Convenio de Vergara, que hasta ahora rige en mi país, se dice que seguirá el Código de Navarra mientras no se presenten ó planteen los nuevos de toda la Monarquía. Sin duda se estipuló esto por no haber querido llevar allí las confusas leyes que aquí rigen, ya que aquel país tenía la fortuna de tenerlas más claras. Quiero, pues, que conste aquí que no se trata con este artículo, que ahora se pone, de alterar lo que en el Convenio de Vergara se estipuló. Espero que el Gobierno ó la comisión me aclararán el punto que he tratado.»

El Sr. Díaz Cid (de la comisión) contestó afirmativamente á esta demanda, con asentimiento del Gobierno todo.

Ahora bien; si tan celoso era Bigüezal de defender la legislación civil de su país, no había de mostrarse menos vigilante en la guarda de las leyes tributarias: así es que, cuando meses adelante se trajeron al debate los presupuestos y en ellos la ley de ingresos, se levantó, y en un discurso más largo que el anteriormente referido, sólido en razones, castizo en el lenguaje y serenamente pronunciado, como todos los suyos, cumplió su propósito y logró su intento.

«Quisiera, digo, que desapareciese toda duda sobre el particular, y que al efecto se consignase en la ley de que nos ocupamos (la de ingresos) que la de 16 de agosto de 1841 continúa rigiendo en Navarra... Si se accede á esto votaré el artículo; de lo contrario, no podré votarlo, y por los trámites que el reglamento me concede reclamaré del Gobierno y de las Cortes el cumplimiento de la ley... Creo, pues, que es honor del Gobierno, creo que es honor de la comisión, y sobre todo honor mío, quitar toda clase de duda sobre este punto.»

El Presidente del Consejo de Ministros (Narváez) contestó así: «El Gobierno procurará que lo que desea el señor diputado se ex-

---

(1) Art 4.º de la Constitución de 1845. Sesión de 16 de noviembre de 1844, página 464.



prese de manera que no haya duda ni para S. S. ni para nadie. Creo que con esto quedará S. S. satisfecho» (1).

Ni es de extrañar esta deferencia de un hombre de Estado tan enérgico como Narváez á persona tan inofensiva en sus ataques; porque, aparte de la justicia que pudiera haber en su causa, su voto era de gran peso. ¿Dónde buscar sujeto de posición más influyente, de ilustración más reconocida, ni de lealtad más acreditada? No he de seguir en la explanación de asuntos y sucesos que no son de nuestra competencia ni de esta oportunidad; bien que he expuesto lo precedente por dos razones. Es la primera dar á conocer á la Academia la claridad, llaneza y energía de su estilo parlamentario, cualidades estimables siempre y raras en aquella época. En ella duraba aún la tradición, los conocimientos y el gusto clásico; y ya principiaba el contagio romántico con sus antítesis violentas, exageradas hipérboles, comparaciones y citas extravagantes, que introdujeron una especie de gongorismo en nuestra tribuna. Aquél era el tiempo en que un orador, hablando de la libertad de imprenta, consignada en el art. 2.º de la Constitución de 1837, dijo: «Señores, el triunfo de la verdad es seguro; pero la imprenta lo acelera. Aquiles no temía á Héctor, ¿y la verdad temerá al error? No tiene talón vulnerable la hija de Saturno, como el hijo de Peleo; ella no teme ni al fogoso Héctor ni al certero Paris; ella puede desafiar impunemente la lanza del esposo de Andrómaca y las flechas del raptor de Elena.»

En otra ocasión, no recuerdo á qué propósito, escuché esto: «Yo no imitaré nunca á los estólidos secuaces de Mathathías que, supersticiosos observantes de la letra muerta, por no quebrantar el sábado, se dejaron trucidar por los soldados de Antíoco en las cavernas de Idumea:» aquélla era la época en que el más grande quizá de nuestros oradores llamaba á Mendizábal «el Júpiter del Olimpo revolucionario,» y *se dejaba caer desde la cúspide de la premisa hasta el abismo de la consecuencia.*

Hablar llanamente era un mérito, y dejar á un lado la erudición bíblica y mitológica, una abnegación no muy común. Pues la otra razón, ó, si queréis, la otra disculpa de mis citas, consiste en que ellas dibujan á perfección otra de las facciones principales de la fisonomía moral de nuestro compañero: el amor apasionado á la tierra

(1) *Diario de Cortes*. Sesión de 8 de mayo de 1845, pág. 2.558.

donde nació, á la cuna de sus mayores. Inclinación entusiasta es ésta, que ha causado grandes bienes y grandes males en nuestra historia; á mí ahora no me cumple analizarla, ni defenderla, ni acusarla... pero si alguno hubiese de condenar por ella al noble hijo de Navarra, recuerde cuán santa nos parece la primera oración que nos enseñó nuestra madre, cuán bello el prado en que jugamos cuando niños, cuán alto el monte á donde trepamos cuando mancebos, cuán dulce la lengua en que por primera vez hablamos del amor... y si alguno ha hallado en el resto de su vida objetos más santos, más bellos, más elevados y más dulces, ése tire á mi amigo la primera piedra.

Pero, ¿á qué mentar tal cosa, cuando vemos á cada paso pueblos enteros tirar las piedras de la burla, de la calumnia y de la injuria á sus propios ídolos, como los muchachos de la calle apedrean las estatuas de los santos y de los héroes? Porque los pueblos, como los niños, no alcanzan á medir la alteza del buen deseo, ni aceptan la amargura del consejo sincero, ni pesan la importancia del beneficio recibido; mas se van tras la música que pasa, y siguen al charlatán que los fascina, y creen las promesas que nunca se cumplen.

Bien lo experimentó nuestro compañero, el cual, disueltas aquellas Cortes, en que tanto había trabajado por la tierra navarra, no halló en ella distrito que le eligiera para las siguientes: ni volvió á los escaños lesgilativos hasta que por nombramiento de la Reina juró como senador vitalicio el 28 de diciembre de 1849. En este cargo, que ejerció mientras estuvo vigente el Código de 1845, es decir, hasta 1868, ni se dejó ver su resentimiento, ni desfalleció su actividad, ni se mudó su conducta, ni se entibió su celo.

En 1851 formó parte de la comisión que deslindó las fronteras pirenaicas; y poniendo á servicio de tal empresa su erudición y su patriotismo, me decía que más se alegraba de añadir al territorio de su patria unas cuantas aranzadas de buenos pastos para pacíficos, ganados, que de anexarle (era expresión de la época) alguna provincia regada con sangre y defendida con cañones. En premio de su celo y diligencia, se le concedió en 4 de mayo de 1852 la gran cruz de Carlos III.

Poco consuelo fué éste de la pérdida que experimentó con la muerte de su anciano padre, y las ocupaciones que ella produjo; los mayores cuidados que le ocasionó necesariamente un gran caudal deteriorado por la reciente guerra, los supo llevar á cabo de tal modo que sus hermanos no echasen menos el cuidado del pa-

dre que acababan de perder, y que sus labradores le recibiesen con cariño de hijos.

Ni es esto extraño; porque en é esos dos afectos eran resultado de una misma pasión; su cariño á la gente navarra era en él como irradiación del amor que por sus propios hijos sentía; el amor á su familia era, por otra parte, una concentración de su patriotismo, bien así como el fuego que arde en el horno torna incandescentes sus paredes y su bóveda; y el reverbero de ésta aviva, abrasa y consume el combustible que arde en su centro.

Pues además juntaba á estos dos afectos el que tenía por nuestra lengua, y lo confundía todo en un no interrumpido culto. Armoniosa, grandilocuente, rica nuestra habla, era para él además y sobre todo el habla en que sus mayores habían extendido su fe en lejanos climas, el habla en que él la transmitía á sus nietos. Era el instrumento, pulido á un tiempo y armonioso, en que cantaba las glorias de sus abuelos en su poema *Inés*, y en que quería aleccionar á los hijos del pueblo, como adelante veremos.

Por eso, cuando sus cargos políticos le traían á la corte, no faltaba nunca en nuestras sesiones; cuando los deberes de familia le tenían ausente, no daba de mano á los trabajos académicos: tan cierto es esto, que cuando en 1858 formaba parte del Gabinete Istúriz, desempeñando el Ministerio de Fomento, al mismo tiempo que acompañaba á la Reina en su viaje por las costas del Mediterráneo, inaugurando el ferrocarril de Alicante, y dando así prueba de su amor al Trono legítimo y constitucional (testimonio no infructuoso en una tierra en que se asienta el Maestrazgo), mientras acreditaba el amor á su provincia nativa, autorizando la constitución de la compañía del ferrocarril de Tudela á Bilbao y presentando á las Cortes el proyecto de la línea alduina; al mismo tiempo, digo, á fuer de celoso padre de familia, incorporaba á las Universidades ó Institutos los estudios hechos en los Seminarios, dando en todo gallarda muestra de los tres principales dotes de su personalidad, á saber, buen padre de familia, leal navarro y entusiasta monárquico, no desatendía la otra cualidad de cultor asiduo de nuestra lengua, obrero celoso de nuestra Academia. Bien lo acreditan nuestras actas cuando dicen en 15 de abril de aquel año 1858: «Se examinaron varias observaciones sobre nuestro Diccionario, propuestas por el Conde de Guendulain.» Y en 9, 16, 23 y 30 de septiembre, cuando se consigna que «continuaron las enmiendas propuestas por el mismo:» cuando regala en enero del año siguiente una Gramática

vascongada, y aun permanecía asistiendo en el verano del 1860.

Pero donde más claramente se ve la que pudiéramos llamar su vocación académica, es en la diligencia que por la propagación de de nuestros libros y en el celo que por los intereses de nuestro instituto le animaba.

Antes de referir un hecho notable que lo acredita, conviene recordar algunos datos. Por los años de 1857 á 1861, cansada la Academia de ver lo lentos que eran los trabajos no remunerados de las comisiones, acordó que cada una de sus obras, excepto el Diccionario, se encargase á un solo sujeto, retribuyéndole con un tanto por ciento del producto de la obra misma, ó con una cantidad que la Academia acordase, si la obra, á juicio de la Academia misma, era de lenta ó escasa salida.

Encargóse el Sr. Segovia de redactar el Epítome de la Gramática; desempeñólo tan lucidamente como era de suponer; y tanto apego tomó á esta su obrilla, que en el prólogo con que la acompañó puso su nombre, Antonio María Segovia, en acróstico, en la inicial de los párrafos. Su producto fué asimismo de alguna consideración: en cuatro años que duró este sistema, valió el tal librito, no mayor que un almanaque, á su redactor cerca de ochenta mil reales.

Guendulain, que lo enseñaba á los niños de su familia, que lo extendía en las escuelas de su país, y que estudiaba su uso con atención y amor, ponderaba la utilidad de redactarlo en preguntas y respuestas; y aun en muchas familiares y donosas cartas refería las extrañas reducciones que del texto hacían al enseñarlo los maestros de escuela y maestras de niñas de los lugares.

Hubo por entonces la Academia de tomar en consideración las observaciones del Conde, y quiso primero que él mismo redactase un trabajo sobre el dicho Epítome, y luego oír sobre él á una comisión. El Sr. Hartzenbusch (dice el acta de 3 de enero de 1861) prometió comunicar más adelante el informe «que á la comisión de Gramática se le tiene pedido sobre un trabajo del Sr. Conde de Guendulain, relativo á modificaciones que en su concepto deben hacerse en el método y texto de nuestro Epítome de la Gramática castellana.» En 21 de marzo siguiente dice el acta:

«La comisión presentó su dictamen sobre el particular, y opinaba que podía el Epítome, desde la primera impresión que de él se hiciese, ordenarse en forma de diálogo, y que entendieran en ello el mismo Sr. Conde y el Sr. Segovia, redactor primitivo.»

El 30 de marzo (es decir, en la junta siguiente), «la Academia se

enteró de una comunicación del Sr. Conde de Guendulain anunciando su pronto regreso á Madrid para atender, juntamente con el señor Segovia (como está acordado), en una nueva edición del Epítome de nuestra Gramática, ordenando el texto en preguntas y respuestas.»

En efecto; «en 11 de abril, el Sr. Segovia dió cuenta de tener ya concluída, de acuerdo con el Sr. Conde de Guendulain, la redacción del Epítome para una nueva edición en los términos convenidos; y el 23 del mes siguiente se participaba también que habían ambos comisionados convenido en los medios que podían adoptarse para facilitar, con ventaja de los compradores, la venta del citado libro.»

Es de advertir que ya á la sazón había la Academia abandonado el antiguo método de trabajos y remuneraciones, estableciendo el que hoy existe; pero aparte de estas variaciones, y sin relacionarse con ellas, yo pregunto: ¿Cabe mayor celo ni diligencia más espontánea que la que acredita con sus cartas, con sus viajes, con su desinterés, nuestro digno compañero? No habiendo percibido un céntimo por las 35 ediciones del utilísimo libro que compuso.

No creáis, señores, que el suceso que últimamente he referido es un hecho aislado, ó que pertenece á un período corto, expresamente buscado para probar mi tesis: si consultáis las actas académicas, doquiera hallaréis testimonios de su inteligencia y de su amor. En épocas anteriores, ya hemos visto con qué diligencia evacuaba sus cometidos, examinaba y corregía sus cuadernos del Diccionario, y suministraba materia de discusión á nuestras juntas, aun cuando, lejos de ellas en 1841, corría mortales peligros. En el período del año 50 al 54 se examinan observaciones por él hechas y correcciones por él propuestas, y voces y acepciones por él añadidas: ahora, lee un poema en loor de un prócer ilustre; luego, regala libros de suma utilidad para nuestras tareas; en todo el año 61 toma gran parte en la discusión de la Gramática, que se ajusta á un sistema más filosófico; al mismo tiempo que, reduciendo su Epítome á diálogo fácil, lo hace más comprensible á los niños; en el 62, gestiona para que las asistencias académicas tengan valor en la calificación de los derechos pasivos; en casi todo el curso de los años 63 y 64, presente ó ausente, con su cuaderno del Diccionario presta pábulo y alimento á las discusiones académicas, y en el 67 redacta luminoso informe sobre las obras presentadas al certamen; no menor parte le cabe en las deliberaciones del año 68, que muchas veces preside;

y si la tempestad política que entonces se desencadenó, como la del 54 al 56, como la del 40 al 43, le alejó de este recinto, no fué ninguna de ellas poderosa á arrancar las raíces de amor que en la Academia había hechado, ni siquiera á impedir que, desde su alejamiento en el extranjero, ó desde el retiro de su casa, nos regalase con los frutos de su entendimiento, tuviese siempre presentes nuestras tareas, procurase contribuir á ellas, mantener nuestra autoridad, divulgar nuestras obras; hacer, en fin, alguna que fuese digna del aprecio de sus compañeros.

Lástima que su extremada modestia y el concepto humildísimo que de sí tenía le hayan impedido dar á luz escritos que son por todo extremo dignos de la publicidad, y que tanto ó más que al escritor acreditan al hombre, al cristiano, al patriota, al caballero; de mí sé decir que me gloriaría en ser autor de sus poemas: cabe que alguno piense de diferente manera, pero no habrá nadie que le haya conocido, que no se honrara de ser imitador de sus acciones.

En 1864 fué elevado á la Grandeza de España, dignidad que en casa tan antigua y principal era un hecho mucho antes de que fuese un título; y que en sujeto tan calificado y digno más parecía justicia reconocida que merced otorgada. Séame permitido recordar que en el mismo día 13 de julio de 1836 fuimos elegidos diputados para un Estamento que no se reunió: en el mismo día (3 de noviembre de 1836) entré con él en esta Academia: en el mismo día (18 de marzo de 1840) juramos el cargo de diputados, y en el mismo 14 de noviembre de 1864 nos cubrimos como Grandes ante la Reina. Yo me tendría por feliz si esta analogía de las fechas se extendiese á los merecimientos. En aquel mismo día se cubrieron tres académicos, coincidencia que no se encuentra en los anales de la Real Cámara. Aquí me habéis de permitir el recuerdo de un dicho de Guendulain, familiar, pero característico: conocida es la ceremonia de la cobertura á que me he referido, termina siempre por una especie de paseo ó revista, en que los nuevos Grandes bajan y vuelven á subir la escalera de Palacio por entre las filas de los alabarderos, para que éstos los reconozcan: bajando, pues, juntos Guendalain y yo, le dije al oído: «¿Te acuerdas de cuando bajábamos por primera vez la escalera de la calle de Valverde, hace años? ¿Cuándo has estado más contento?—Sin comparación, *entonces*, me respondió.»

En 1866, siendo Director de Instrucción Pública nuestro compañero D. Severo Catalina, fué nombrado de aquel Consejo; y empleo y todo sueldo renunció cuando acaecieron los sucesos de 1868.

La calidad de Grande de España le llevó por derecho propio al Senado en 1877, como su edad le trajo al decanato de la Academia; pero el aumento de los cuidados de la familia y algún decaimiento en sus fuerzas físicas, bien que no tanto como era de suponer en sus años, le tuvieron alejado en estos últimos de las discusiones parlamentarias y de nuestras para él amadísimas sesiones.

Sin embargo, asistió á 405 juntas, las 316 que constan en nuestro anuario, las 89 no tomadas en cuenta por haber sido devengadas en calidad de *honorario*. En ellas contribuyó á la publicación de cuatro ediciones del Diccionario vulgar, corrigiendo y aumentando copiosamente los cuadernos que se le repartieron; y cooperó á la redacción, mejora, compendio y propagación de nuestros otros libros de enseñanza.

Fué dos veces casado, la una con D.<sup>a</sup> Concepción Elío, huérfana de aquel desventurado D. Javier Elío, Capitán general de Valencia, llevado en aquella ciudad al patíbulo por los furores revolucionarios del año 21: la otra esposa, viuda hoy, es D.<sup>a</sup> María del Pilar Ezpeleta y Aguirre, hija del Conde de Ezpeleta, General también y uno de los más decididos y leales defensores del trono constitucional: hermano de su primera mujer era aquel bizarro é inteligente caudillo carlista, D. Joaquín Elío, General en jefe del ejército navarro: hermano de la segunda, el actual Conde de Ezpeleta, servidor fidelísimo, más aun en la desgracia que en la prosperidad, de Isabel II la destronada y de su hijo cuando proscripto. De ambos matrimonios tuvo sucesión.

Dos hermanos de Guendulain militaron, y uno fué herido peleando en el ejército de Córdoba y de Espartero; deudos y amigos suyos desde la infancia combatieron en filas contrarias... Fácil es comprender cuántos dolores causaría lucha semejante á quien era sobre todo y ante todo cariñosísimo para su familia, menos codicioso de poder y de gloria que de paz y de amor. Con todo, ni un ápice siquiera torció su camino, ni un breve momento vaciló en su conducta. Y como nuestro punto de vista principal es el literario, me cumple decir que la melancolía de tal situación y la severa rectitud de sus principios aparecen á cada paso en sus escritos.

«La indiferencia con que miraba los aplausos (dice un periódico de Pamplona, en un bien escrito artículo necrológico), ó tal vez el excesivo rigor con que juzgaba sus propias obras, fueron causa de que la casi totalidad de sus escritos quedaran inéditos, contándose entre ellos muchos é importantes trabajos históricos, políticos y

literarios, algunos poemas y varios estudios acerca de las instituciones é intereses de Navarra.»

Entre estos escritos, según las privadas noticias que de su correspondencia conmigo resultan ser sus Memorias (que en su testamento prohíbe se publiquen) y la colección de poesías, en la cual está comprendido el poema *Inés*, muchas veces retocado por el autor, unas impelido por las oscilaciones que en nuestra época ha sufrido el gusto literario, otras intimidado por las semejanzas que ofrecían (á pesar de la diferencia de los siglos) las guerras civiles del décimoquinto y las que en vida de Guendulain ensangrentaron los montes de su patria.

Pienso yo, por el conocimiento parcial que de estas poesías tengo, que si la Academia pudiera influir, ó quisiera interponer su altísima autoridad para que viesen la luz pública, haría obra meritoria en muchos conceptos. Honraría en primer lugar la memoria de quien la sirvió por espacio casi de medio siglo, publicaría un testimonio fehaciente de que elecciones suyas, que la malevolencia atribuye á mezquinos y quijotescos instintos, han recaído en buenos obreros de la cultura española y en dignos cultivadores de nuestra literatura, y probaría, en fin, en honra de la civilización actual, que ella se extiende por todas las clases sociales, abarcando desde el que, manejando mazo y escoplo pulsó luego la lira de Calderón, hasta los que, nacidos en cunas doradas, supieron crear á D. Álvaro, cantar las glorias de las artes ó historiar el Cerco de Zamora y las guerras de agramonteses y beamonteses.

Y volviendo, para reseñar la última época de la vida de Guendulain, á las relaciones de testigos fidedignos, diremos, copiando al citado artículo, que la residencia habitual durante tal período era «Pamplona, en donde, rodeado de los risueños recuerdos de su edad primera y de su numerosa y querida familia, pasaba dulcemente la existencia, conservando todavía en su corazón el entusiasmo de sus mejores años para todo lo que era grande y bello; respetado de todos y objeto de afecto y simpatía para los que tuvieron ocasión de apreciar la dignidad de su carácter, lo ameno de su trafo, la variedad de sus conocimientos y la severidad de sus principios religiosos.

»Haciendo el bien cruzó el camino de la vida, y así se aproximó tranquilo á su término, que para él nada tenía de espantable; miró la muerte, que vino á sorprenderle como una suprema ley, y aceptóla, no con el allegadizo estoicismo del filósofo, sino con la santa resignación del cristiano.»



Y en efecto, el martes 17 de enero paseó tranquilamente con sus amigos, y por última vez comió con su familia; sin embargo, no debió sentirse bueno, dado que en el paseo encontró á su médico, y refiriéndolo en la mesa, dijo que por no pasar plaza de aprensivo le había dado la mano y no el pulso.

Acostóse más desazonado, y con el secreto presentimiento de que no se levantaría; tanto, que cuando á la mañana siguiente se habló de consulta, dijo: «El resultado de ella será mandar que me disponga... Pues no busquéis para ello medianeros ni uséis circunloquios; los preparativos del viaje están hechos...» En efecto, con plenísimo conocimiento y afable semblante se dispuso cristianamente; el jueves 19 renovó con voz enérgica ante el Supremo Juez la protesta de la fe en que había vivido todo lo que va de siglo, y dando cariñoso adiós á los suyos, recordando aun entonces á sus amigos de la Academia y ofreciendo altísimo ejemplo á todos, se durmió en el Señor el viernes 20 de enero, antes de las cinco de la tarde.

Expuesto su cadáver en su casa solariega en los estrados hereditarios, convertidos en capilla mortuoria, con el Crucifijo en las manos y el semblante con el aspecto marmóreo de una estatua yacente, fué visitado por el pueblo entero, y al confiarlo provisionalmente después al santo y humilde abrigo de la tierra que tanto amó, no había nadie que no dijera que España había perdido un buen patricio, las letras un cultivador modesto pero ilustre, su familia y los pobres un padre tiernísimo, y Navarra un hijo cariñoso y entusiasta.

¿Quiéren los que no le conocieron un retrato parecido, aunque de mal pintor?

En una carta de 8 de noviembre de 1843 me decía desde Pamplona: «Hoy me han medido con cinco pies, cuatro pulgadas y una línea, para hacerme miliciano nacional.» Era, pues, nuestro compañero de mediana estatura, y para español, más bien alto que pequeño; delgado de cuerpo, enjuto de rostro; quebrada la color; cabello, barba y ojos negros; la mirada á veces penetrante, á veces distraída; la boca pequeña y benévola; muy compuesto en su traje y señoril en sus modales; el ademán, más bien que familiar, severo y aun á veces casi ceremonioso; la voz templada y apacible, la manera de hablar festiva, aguda y pronta en la conversación ordinaria; en los discursos públicos lenta, fría y demasiado acompasada. Con sólo verle, se conocía que era caballero; en hablándole, se descubría pron-

to que era instruído; tratándole luego, aparecían sus altísimas prendas de cristiano.

Ignoro si la envidia sembró abrojos en su carrera, pero de cierto no siguió tras sus pasos la venganza, porque ni de palabra ni de acción hizo mal á nadie: en el mucho bien que procuró á su patria y á sus conciudadanos, no aguardó la gratitud de ellos, sino el premio en el Reino que no se acaba.

En el día de la cuenta devolvió á su Señor doblados los talentos que de él había recibido; porque sus manos no estuvieron ociosas ni se emplearon en daño de nadie; su pluma, como su corazón, no se mancharon con chistes ó imágenes de ese materialismo pintoresco que atrae la sonrisa á los labios y el rubor á las mejillas, y su actividad é ingenio no se aplicaron á cosas vanas ó engañosas. Por eso sus ochenta y dos años pasaron como un día sereno, y cuando descansa en el sepulcro de sus mayores, que él piadosamente restauró, le acompañarán las lágrimas de sus hijos y nietos, las alabanzas de sus compatriotas, y lo que es más, aquella bendición sin fin, prometida al que es *innocens manibus et mundo corde, qui non accipit in vano animam suam, nec juravit in dolo proximo suo*. (Salmo 23.)

El inocente de manos y de corazón limpio, el que no tomó en vano su ánima, ni juró con engaño á su prójimo.

EL MARQUÉS DE MOLÍNS.

---

---

# LA RADIOFONÍA <sup>(1)</sup>

(CONTINUACIÓN.)

## III.

### INDUCCIONES.

No es posible llegar á lo que en el orden de las ciencias naturales se dice conocimiento, sino á condición de examinar y estudiar, con minucioso cuidado, aquello que, constituyendo el material de la ciencia, ni por entero la forma, ni aisladamente la determina. Ciertamente es el hecho, fragmento y sólo fragmento de esa sublime realidad de la Naturaleza; pero representa siempre una manifestación suya, algo de su actividad, y sólo este fragmento de la realidad toda, este pedazo de la gran unidad, es posible ver y estudiar para llegar, no á conocer, sino á vislumbrar y como adivinar qué cosa sea este Universo infinito en que todo se mueve y agita, formando parte de su inmensa grandeza.

Como el arqueólogo, que del estudio de una estatua, del pedazo de alguna construcción que los tiempos han respetado, de la inscripción de una lápida ó de cualquier medalla, llega hasta determinar una civilización entera; á la manera que el filólogo, por algunas palabras adulteradas, perdidas en la riqueza de cualquier idioma moderno, construye el lenguaje de pueblos y razas ya extinguidas, que apenas de ellas hay la menor huella ó traza; así el científico, ya que no le es posible el conocimiento de la Naturaleza sino de manera fragmentaria, aprovéchase de los pocos materiales que se le ofrecen, y del estudio de los hechos, de la consideración

---

(1) Véase la página 589 del tomo III.

del sencillo fenómeno, elévase, por lógicas y bien fundadas inducciones, á la concepción general de la Naturaleza entera.

Más conviene en verdad, para cumplir el fin especial que la ciencia se propone, el estudio del conjunto que la consideración del detalle, y aun para satisfacción del espíritu investigador, mayor y más fructífero es el campo de la pura teoría que la investigación del pormenor del fenómeno, cosa de suyo pesada, y trabajo que, sin otro auxilio que sus propios resultados, no conduce ni á leyes generales, ni á determinación de los primeros principios de la ciencia. Pero, no obstante, el hecho en sí y su investigación analítica, tienen importancia inmensa en la constitución de la ciencia y en la comprobación de las leyes por las cuales se rigen todos los fenómenos que en la Naturaleza se estudian.

Cual en la arquitectura ninguna moldura aislada, ningún elemento del edificio, constituye por sí solo la obra de arte entera y completa; como en la música, la nota simple y el acorde desligado de todo otro elemento musical, no forman cosa alguna que de acabada, completa y perfecta pueda calificarse, artísticamente hablando; como en la pintura el color y el dibujo son únicamente elementos y sólo elementos de una unidad superior que es el cuadro; así el hecho en la ciencia es tan sólo elemento ó material que sirve para la construcción de ella, andamio sobre el cual se apoya su edificación; mas terminada ésta, tiene que desaparecer y ocultarse y permanecer como escondido dentro de aquel principio sintético, de orden puramente racional, en el cual la ciencia entera se contiene.

Pero, á la manera que un detalle de la construcción, la moldura ó el adorno que modifica las formas esenciales del arte arquitectónico, es bella por sí sola, considerada aisladamente, como si se arrancase del edificio; de igual manera que un motivo musical, breve y sencillo, ó el pormenor artístico de cualquiera obra de música es bello y produce por sí mismo emoción estética; del mismo modo que la figura saliente de un cuadro puede quitarse y separarse de la composición y resultar hermosa obra de arte ella sola, y obra tan completa que llene enteramente todas las condiciones precisas para producir efecto estético en grado máximo; así el hecho en la ciencia es apto, por lo que en sí mismo hay, en cuanto manifestación de la gran actividad de la Naturaleza, para excitar todo el interés del científico, para cautivar la atención del investigador, cual cautiva la atención del artista el fragmento de la estatua, el detalle

de la construcción que el tiempo ha respetado, la figura hermosa, ya medio borrada, en cuyas líneas y color se revela la fantasía creadora del artista, como se adivina en un fenómeno cuya realidad abrumba, trabajo magnífico y maravilloso de esta Naturaleza, que todo lo contiene y sostiene, que á sí misma se contiene, que á nosotros mismos comprende como cosa propia, de ella dependiente y á ella subordinada por leyes y relaciones precisas y exactas.

Por eso hay que considerar el hecho en la ciencia bajo dos aspectos distintos, que en cierto modo vienen á completarse y expresan, sin embargo, dos momentos diversos de la evolución y desarrollo de la ciencia. Uno se refiere á la determinación y estudio del fenómeno como simple material de la ciencia, como elemento que provisionalmente puede dar razón y explicar, en cierto modo, el mecanismo general de la Naturaleza al manifestarse, bien entendido que este carácter ha de desaparecer, y aun el hecho mismo dejar de tenerse en cuenta, como tal elemento aislado y perfectamente conocido, desde el momento en que el espíritu del investigador, prescindiendo del cansado conocimiento del pormenor y del detalle, puede elevarse á establecer leyes y categorías de pura razón, que abrazando la ciencia por entero, releguen el fenómeno, si no al olvido, porque es elemento que sirve para elevarse á los primeros principios, á otro orden menos importante que aquel que en los primordiales momentos se le concedía; por donde se ve que el investigador, al par que descubre más hechos y experimenta sobre mayor número de fenómenos, va destruyendo su obra; puesto que, á medida que por la experimentación adelanta la parte verdaderamente racional de la ciencia, aquélla va perdiendo importancia y dejando de ser cosa indispensable. Otro se relaciona con lo que puede llamarse el momento en que la ciencia está en el período de su completo desarrollo, en cuyo punto el hecho puede ser considerado como comprobante ó testigo, cuando de aquella suprema ley racional se ha de descender, por pura deducción, hasta el fenómeno mismo, simple elemento, punto de partida para llegar al primer principio que á toda la ciencia comprende y abraza.

Para fijar con claridad estos dos términos se hace preciso que consignemos nuestra manera de ver respecto de la evolución y períodos de desarrollo de la ciencia.

Tengo para mí que no por su objeto precisamente, sino por sus métodos y por el desarrollo que éstos adquieren, se diferencian unas de otras las ciencias naturales. Ellas tienen y reconocen como

fin el conocimiento de la Naturaleza; ninguna se sale del campo de esta misma Naturaleza, y su objeto es siempre presentarla en toda su realidad y grandeza, no en fragmentos ó aspectos distintos, cada uno de los cuales representa el fin y objeto de cada ciencia, sino toda entera con sus cambios infinitos, con sus movimientos y evoluciones, con todas las determinaciones de su vida. Y por eso no hay ciencia que de la Naturaleza se ocupe, no hay procedimiento científico, tratándose de este orden de investigaciones, que no se dirija á formar ó establecer un concepto primero, que pueda explicar y contener, como en símbolo, toda la evolución de la vida de este sér inmenso que en sí contiene las evoluciones todas de cuantos seres viven en su seno y á sus expensas. La Física, en el período en que hoy se encuentra, desde aquella hipótesis que todo lo refiere á la unidad de la energía, atribuyendo los fenómenos á variaciones de movimiento; la Química, en ese momento de transición que hoy alcanza, en el cual tiende á simbolizar lo que por medio de leyes ha generalizado; la Geología, estableciendo leyes que comprendan los hechos que la observación ha reunido; la Botánica, la Zoología y las ciencias biológicas, acumulando materiales y ordenando hechos y clasificándolos por sus analogías; la Mecánica, comprobando las leyes del movimiento, y el Álgebra y la Geometría en el período más alto de su evolución, en el cual ya la experimentación ha perdido su importancia, y los procedimientos, los métodos y las consecuencias son perfectamente ciertos; todas las ciencias, en cualquier fase de su desarrollo, desde aquel primer momento en que comienzan á reunir los datos más sencillos y precisos, hasta el período en que es tanta la fe en sus resultados y en sus métodos que no hay necesidad de comprobación de ninguna clase, todas demandan una idea de Naturaleza, todas tienen por objeto y fin principal lograr esta idea, alcanzar este concepto, llegar á este ideal supremo, que es la aspiración de toda ciencia, ó más bien, la aspiración y el ideal perenne del hombre que, colocado en esta misma Naturaleza, interrógala sin cesar é inquiera en ella el arcano misterioso de su existencia, fin, objeto, ideal y aspiración de cuanto es y puede ser motivo de investigación y análisis.

De aquí se deduce que cuanto diferencia y distingue á las ciencias naturales, es únicamente el procedimiento, ó sea el método, del cual es función el período de desarrollo que alcanzan en momentos determinados, y creo yo que por parecerse en todo, en esto

se asemejan también las ciencias al arte: el fin del arte es producir emoción estética, excitar el sentimiento haciéndonos pensar y ver la belleza en su expresión más alta, de manera que sea sentida en toda su idealidad y pureza, desunida de cuanto pudiera impedir que brillase con su magnífico esplendor. Todas las artes reconocen como ideal esta perfecta expresión de la belleza, todas tienden á alcanzar este ideal de producir la mayor y más grata emoción estética, como todas las ciencias reconocen por fin y objeto establecer noción precisa, concepto exacto y cierto de la Naturaleza; pero así como las artes se valen de formas distintas, y unas veces apelan al color para hacer sentir la belleza, y otras combinan sonidos para producir emoción estética, y en ocasiones reproducen las formas humanas ó en poesía sublime cantan las bellezas de los cielos y de la tierra, así las ciencias, si unas apelan á los procedimientos que dan á conocer la composición de los seres, y otras averiguan y sorprenden las más íntimas trasformaciones de la energía, mientras que algunas se contentan con acumular y formular analogías de datos que la observación da á conocer, y otras, por maravillosos métodos, llegan á dominar y gobernar la fuerza misma de la Naturaleza; todas se dirigen, por caminos diversos, al mismo fin, todas van al conocimiento de esta Naturaleza tan grande como bella, no de otro modo que con distinta velocidad y por diversa trayectoria van los colores que el prisma ha dispersado á reunirse en un punto de luz blanca, ó como las varias impresiones y las sensaciones diversas que en nosotros producen los aspectos distintos de un mismo objeto, se unen por misteriosos hilos de luz dentro del sér, formando idea, concepto, noción de aquel objeto: que así también las distintas artes, con sus variados modos de expresión, con sus formas, vagas ó determinadas, con sus procedimientos analíticos ó abstractos, con cuanto tienen en sí, en una palabra, se completan, se unen, se compenetran para producir en nosotros la mayor suma de emoción estética, para hacernos sentir esa belleza infinita y eterna que en todo reside y que tan pródiga se muestra en esta Naturaleza, toda vida, toda luz, toda poesía.

En cuanto á las cualidades que, respecto del desarrollo de los métodos, distinguen á las ciencias naturales, paréceme perfectamente justificada y lógica la clasificación que dió á conocer Delbœuf, teniendo en cuenta los momentos que pudiéramos decir críticos en la evolución científica. Siguiendo á este autor, deben admitirse cinco períodos ó momentos, que indican grados diversos

del desenvolvimiento del método; estos cinco períodos son: el de *observación*, en cuyo momento el trabajo de pormenor é investigación del fenómeno y su clasificación forma objeto de la ciencia; el de *generalización*, ó sea aquel punto en el cual cabe establecer leyes y aventurar hipótesis, aunque luego haya que rechazarlas; el de *simbolización*, que viene á ser como la terminación del trabajo experimental, pues en él se formula el concepto de la ciencia, estableciendo aquella hipótesis ó ley suprema que comprende y abraza todos los hechos, al modo que un símbolo encierra y contiene todo un sistema de ideas ó toda una concepción artística; el de *comprobación*, en el cual se procede ya por método deductivo, en cuanto sólo se pretende demostrar el primer principio de la ciencia, apelando á los hechos que se descubren y estudian; por donde éstos, encajando en el molde de la doctrina científica, danle más carácter de certeza y aumentan la creencia en su exactitud y bondad; y el de *consagración*, que viene á ser como la abstracción de la ciencia; pues llegado tal período, ya nada se intenta demostrar, la generalidad de los principios es tan grande que todas cuantas aplicaciones puedan hacerse y consecuencias deducirse caben perfectamente en ellos y ellos las explican, y en cuanto á su exactitud y á la eficacia del método, tiénense por indudables y nadie se cuida de demostrarlas, porque son verdades que residen en la conciencia, de tal manera, que apenas puede creerse que hayan sido adquiridas por la experimentación, sino más bien á virtud de intuición maravillosa.

Admitido esto, venimos necesariamente á parar en que el método en la ciencia tiene tres grandes fases, ó se divide su evolución en tres ciclos, que comprenden la investigación, la inducción y la deducción, abrazando la primera el primer momento del desarrollo de la ciencia, la segunda los dos momentos siguientes, y la tercera el cuarto y quinto período que hemos considerado. Y también puede advertirse que cuanto ordinariamente se dice ciencia, está realmente formado al alcanzar el período de simbolización, pues el símbolo en la ciencia representa ya, como en el arte, un punto de vista muy elevado por sobre los hechos, respondiendo á un ideal, cual responde el símbolo artístico, y expresando, cual éste lo expresa, á la par que concepción superior de la ciencia, vivo y grandioso sentimiento de la Naturaleza, elemento indispensable para elevarse á esos conceptos abstractos, en donde la pura razón pueda explicar el detalle y el fenómeno sin tenerlo presente, y aun



sin necesidad de que se verifique en la Naturaleza, porque en el símbolo pueden contenerse leyes y explicación de hechos no observados todavía, de fenómenos que el investigador no conoce. Desde la simbolización hasta el último momento indicado, el trabajo del científico y método de la ciencia puede decirse que son inversos: la experimentación, trabajando de continuo en su ruina, ha llegado á hacerse inútil; el símbolo viene á ser como su expresión científica y artística; al procedimiento de detalle y descripción sucede el método, que consiste en expresarlo todo por fórmula simbólica; el trabajo inductivo ha permitido reunir, en una sola ley, todos los hechos; la generalización alcanza su período álgido, y de ella se pasa, por labor más delicada, á ese primer principio, á esa síntesis suprema en donde converge la ciencia toda con sus leyes y sus fenómenos; entonces ya sólo se busca comprobación, ya no se quiere otra cosa sino demostrar la verdad del principio, que es la verdad del símbolo, en todas sus consecuencias, y cuando esto se hizo, cuando basta la consideración y estudio de un solo hecho, del simplicísimo fenómeno, para elevarse á las más altas concepciones de la ciencia y alcanzar solución sus arduos problemas y determinar el símbolo de mayor generalidad; entonces llega el momento de su consagración, que es como la resultante, la integración de todos los trabajos, de todos los esfuerzos, de todos los métodos empleados en el estudio, coronamiento de la mejor y más sublime de las obras del pensamiento humano, que alcanzando, no la meta de sus deseos, pero sí el punto que sus esfuerzos le permiten, puede comprender lo que es esta Naturaleza en cuyo consorcio vive, admirarla de cerca y satisfacer sus ansias, recreándose en la contemplación infinita de sus incomparables bellezas.

Cuanto de artístico tiene el sistema, lo que en él interviene este precioso elemento del sentimiento de la Naturaleza, tan sin razón despreciado por algunos, no hay para qué decirlo. En esto se parecen más que en nada la ciencia y el arte. Para hacer arte, como para llegar á la concepción más elevada de la Naturaleza, es necesario sentir, es preciso tener sentimiento de esta misma Naturaleza, tan hermosa como sencilla en sus principios y en sus leyes inflexibles; hay que sentir las palpitaciones misteriosas de su energía, analizarlas una por una, sorprender sus leyes, reunir las en una síntesis y elevar esta síntesis á símbolo, que es como representación de la pura idea. Quizá haya en esta opinión mía algo de idealismo, acaso estas mismas palabras tengan mucho de misti-

cismo científico y expresen vaga aspiración y ansia ferviente de elevar mi pensamiento muy por encima de esta lógica abrumadora de los hechos, de este pormenor y detalle, de esta investigación de los fenómenos, cuyas apariencias parece que velan una claridad más esplendente, una luz vivísima que debiera iluminar mi espíritu, apartándole de esta fría labor y mostrándole, con todo su esplendor, la idea y concepto de la Naturaleza. Haya esto en mis palabras ó derívese de ellas cualquiera otra consecuencia, pienso hace ya tiempo, puede decirse desde el instante en que he consagrado todo mi trabajo al conocimiento de los fenómenos naturales, que no basta sólo el análisis, que es insuficiente el trabajo de la determinación del fenómeno, que aun el puro raciocinio no llega, que es preciso sentir la Naturaleza, excitar y trabajar el sentimiento en la contemplación de sus maravillas para llegar á comprenderla, para alcanzar ese símbolo, ese principio que representa y encierra lo más grande y sublime á que es dado llegar á este espíritu humano tan poderoso y tan dominado por ansias de conocer cuanto le rodea para conocerse después á sí mismo, que tal es, en último término, el fin y objeto de todo trabajo, de todo estudio y de toda ciencia.

Por todo lo dicho se comprende la doble manera como consideramos el hecho en la ciencia. Por una parte, es elemento indispensable para llegar á la generalización y al símbolo, y por otra sirve, en el período de comprobación, para afirmar el primer principio de la ciencia, y su estudio lleva á los más altos é interesantes problemas que ella abraza.

Desde ambos puntos de vista ha de considerarse la Radiofonía en esta última parte del trabajo emprendido. Hasta ahora se ha determinado el hecho y se enunciaron sus leyes; por tanto, falta precisar su causa y ver qué añade á lo ya conocido, y ésta será la primera cuestión que ha de examinarse; después se estudiará otra muy importante, que se relaciona con el conocimiento de ciertas relaciones, ya indicadas en el mecanismo del fenómeno radiofónico, entre las manifestaciones del calor y las del sonido, relaciones que acaso modifiquen la manera de considerar la génesis del movimiento vibratorio que lo produce; por donde se ve que el estudio atento de un fenómeno puede llevarnos á generalizar cualquier ley y á modificar nociones é hipótesis tenidas antes por verdaderas y exactas, con lo cual puede darse por terminada la parte que se refiere á la consideración de la Radiofonía como elemento científico.

En lo que toca á la manera como el hecho que se estudia comprueba y demuestra las leyes generales y el primer principio de la ciencia, trataremos de hacer ver de qué modo, examinando el fenómeno de la producción de sonidos por radiaciones, hecho que en sí nada tiene de complejo, podemos elevarnos á tratar las cuestiones más trascendentales de la Física moderna, confirmando, de esta manera, lo antes indicado respecto de los períodos ó momentos del desarrollo de la ciencia, que se condensa perfectamente diciendo que la Naturaleza está en todo y que cualquiera de sus fenómenos encierra en realidad todos los demás; pues de su estudio es posible llegar, por pura inducción, al concepto del Universo que posee actualmente la ciencia.

\*  
\* \*

En este tiempo que alcanzamos, la actividad humana, dirigida al conocimiento de la Naturaleza, con ardor no igualado jamás, ha descubierto una serie de fenómenos, por todo extremo notables é interesantes, no sólo en lo que se refiere á sus aplicaciones á diversos usos de la vida, sino, aun más, dentro de la ciencia pura. Tratan los hechos de que se habla de determinar relaciones íntimas entre las diversas especies de movimiento vibratorio que apreciamos como fenómenos de sonido, luz, calor y electricidad: y de tal manera se ha realizado la unión de esto que antes se creía muy separado y sin relación alguna, que es posible y fácil hacer de la corriente eléctrica vehículo que con inmensa velocidad conduce el sonido, del rayo de luz origen de notas musicales y de la radiación calorífica vibración sonora.

Precisamente esta última transformación constituye el hecho fundamental de la Radiofonía, hecho en el cual no ha de verse, ni por otra manera ha de explicarse, sino por las leyes generales que rigen toda la evolución de la energía en los distintos cambios ó transformaciones de movimiento. No siendo la radiación otra cosa que movimiento, propagado con cierta velocidad, correspondiente á ritmo determinado, tanto valdrá convertirla en sonido, empleando para ello cualquier mecanismo, como cambiar el ritmo de su movimiento, como variar, acelerándola ó retardándola, la velocidad de propagación de la onda térmica; por donde, en nuestro entender, no es preciso inventar teorías nuevas, ni apelar á otras hipótesis y leyes que las conocidas, para explicar el fenómeno de que nos ocu-

pamos. Demuéstrase esto examinando, con alguna detención, el primer principio enunciado al comenzar este trabajo y las leyes á que el estudio de la Radiofonía nos ha conducido.

Á poco que fije el lector su atención en la manera como se llega al conocimiento de la producción de sonidos por radiaciones intermitentes, verá que realmente sucede con este fenómeno lo mismo que con los demás hechos naturales; pues como en todos, su conocimiento es á modo de función de los medios exteriores, tanto que sus caracteres sólo podemos afirmarlos dentro de ciertos límites, enunciar sus leyes únicamente como experimentales, y considerar el principio general, que indica el mecanismo del hecho, como apreciación rectificable y sujeta á corrección. Nada hay en la Radiofonía distinto de los demás fenómenos de la Naturaleza: las propiedades asignadas al sonido producido por radiación refiérense á condiciones puramente exteriores del fenómeno, según veremos más tarde, y las leyes indicadas, en último término, representan sólo condiciones también, dentro de las cuales es posible hacer variar el modo de producción del hecho fundamental. Aun diré más. Para mí, el hecho de la Radiofonía se producía en la Naturaleza, sin ser para nosotros conocido, pasando tan desapercibido á los ojos del investigador sagaz, como pasan multitud de otros fenómenos aún de mayor interés para la ciencia; que es la energía, en sus diversos modos de manifestarse, complicada por todo extremo, y sus movimientos de más bulto envuelven y esconden los más pequeños, como un sonido muy intenso apaga y esconde otros sonidos que al mismo tiempo se producen. Al afirmar esto consigno una opinión justificada precisamente en el principio fundamental de la Radiofonía: si es cierto—y los experimentos así lo demuestran—que siempre que una radiación se hace intermitente hay producción de sonido, ó se admite que hasta los primeros experimentos de Graham Bell jamás se interrumpiera, en ninguna ocasión, variará el ritmo de todos los movimientos vibratorios propagados en forma de radiaciones, en cuyo caso no pudo producirse el fenómeno radiofónico, ó se concede que en esta especie de oleaje de la energía, en este subir y venir y trasformarse y cambiarse en infinitas formas, produciendo cuantos fenómenos son su manifestación, las radiaciones se han interrumpido muchas veces, la velocidad de un movimiento vibratorio ha cambiado, tomando en estos cambios multitud de formas, y en este caso, el fenómeno de la Radiofonía se produjo; sólo que, embargado nuestro espíritu en la con-

templación y estudio de otros fenómenos, no advirtió el sonido de las radiaciones, ó falta de medios para apreciarlo, no pudo aislarlo de otras armonías de la Naturaleza, no pudo escogerlo de entre tantos otros movimientos y cambios de energía.

Así sucede, en general, con los fenómenos naturales: todos ellos se producen siempre, en la Naturaleza están continuamente y al espíritu toca, si ha de formar concepto del Universo, conocerlos uno por uno, hacerse cargo de ellos y por experimentación estudiarlos, para llegar, después de minucioso y atento examen, á aquella ley general que comprende, en símbolo, todas las manifestaciones de la energía ó de la actividad natural.

Conviene á mi propósito indicar, en primer término, la generalidad del fenómeno de la Radiofonía, generalidad que consiste en señalar primero una propiedad nueva en todo movimiento que se propaga como radiación, y después en asignar á los cuerpos condición ó capacidad de producir sonido, cuando distintas radiaciones inciden sobre ellos; por donde se viene á establecer suerte de relación nueva entre un movimiento que se propaga y el medio por que ha de propagarse, de cuya relación, á su vez, puede aún deducirse qué pasa con las radiaciones, en el fenómeno de la Radiofonía, lo que sucede cuando un rayo de luz cambia de medio de propagación, lo que acontece, en último término, con todo movimiento, al pasar de un medio más elástico y menos denso á otro menos elástico y más denso. Como la refracción y la reflexión no son sino cambios ó modificaciones que el movimiento sonoro, térmico ó luminoso experimentan en su camino, ya por llegar á medios que los transmiten ó absorben en cantidad insignificante, rechazándolos en mayor proporción, ya por atravesar cuerpos de distinta densidad, que ofrecen resistencias varias, las cuales causan desviaciones en la trayectoria de los movimientos vibratorios ó disminución de su velocidad, así el sonido que las radiaciones intermitentes producen al chocar con cuerpos capaces de absorberlas en gran cantidad, no es más que modificación de movimiento, cambio de ritmo y velocidad de una onda, que si antes producía ó podía producir fenómenos térmicos y luminosos, después de hacerse intermitente, y por lo mismo de más largo período, produce manifestaciones sonoras, con intensidad proporcional al número de veces que en la unidad de tiempo la radiación se interrumpe.

Examinando más de cerca este primer principio, cuyo estudio y crítica nos ocupa al presente, veremos demostrada, con mayor cla-

ridad, la doctrina que se ha expuesto y la opinión que se ha emitido. Decíamos, en otra parte del presente estudio, y establecíamos tal dicho como ley fundamental, que siempre que un rayo de luz—y podemos afirmar que toda radiación luminosa ó térmica—se hace intermitente haciéndola pasar, por ejemplo, por aberturas practicadas en el borde de un disco que gira con rapidez, si se hace incidir sobre una lámina delgada de cualquier sustancia ó sobre un gas, la lámina ó el gas producen sonido, cuyo número de vibraciones es igual al de interrupciones del rayo luminoso en un segundo; y ahora se trata de demostrar que las intermitencias de las radiaciones y el sonido que producen son únicamente consecuencia de cambios de velocidad del movimiento, variaciones de ritmo, semejantes en todo á las que se producen en la trasmisión de cualquier acción dinámica por medios de distinta constitución.

No se afirma esto, en verdad, partiendo de dato experimental perfectamente cierto, sino acudiendo á aquellos principios admitidos en la ciencia, que constituyen la teoría más trascendental de la Física moderna. Según ellos, afirmada la unidad de la energía, todo fenómeno, toda manifestación de movimiento, se reduce simplemente á variaciones de cantidad, ya que por cantidad y como cantidad es dado apreciar todo el mecanismo y función de la actividad de la Naturaleza. Y es tanta la importancia del elemento cuantitativo en las ciencias naturales, que todo el afán del investigador es determinar medidas, y su fin se reduce por entero á comparación de fenómenos con unidades dinámicas, que constituyen como puntos de partida y término fijo de relaciones muy diversas, formadas por las distintas cantidades, representaciones de los varios hechos que el científico descubre y estudia; por eso un fenómeno está tanto mejor determinado cuantas más y mayores relaciones numéricas se hayan establecido entre él y el término fijo que se ha establecido como unidad ó término de comparación; lo cual explica el afán incesante y deseo ardiente de cuantos al estudio de las modificaciones de movimiento se consagran, de determinar y fijar unidades dinámicas, que sirven para comparar y valorar los distintos fenómenos, y que por su condición de dinámicas, permiten referirlos á las inmutables leyes establecidas por la Mecánica para todos los movimientos.

Siendo como es el elemento más indispensable que concurre á la producción del hecho radiofónico, movimiento y movimiento vibratorio, enteramente subordinado á las leyes generales de la Me-

cánica, y constituyendo, por otra parte, causa especial, capaz de dotar á los cuerpos sólidos y gaseosos de propiedad que antes no tenían, cuya propiedad se revela, á su vez, por movimiento vibratorio, si distinto, en cuanto á la forma, de la radiación, perfectamente idéntico á ella en su génesis, nada más lógico, nada más conforme con el modo actual de considerar los fenómenos naturales, que suponer á la Radiofonía hecho análogo á todas las variaciones de movimiento vibratorio estudiadas con el nombre de fenómenos físicos.

Otra observación, si cabe más y mejor fundada en la consideración de los hechos como elementos de la ciencia, apoya decididamente esta opinión. Basta hacerse cargo de lo que significa la propagación del movimiento ondulatorio á través de medios distintos, que por su naturaleza especial han de causar variaciones en la forma de la trayectoria y cambios en la velocidad del movimiento, para notar que el fenómeno radiofónico se halla en este caso, y que, por lo mismo, debe considerarse como hecho perfectamente dentro de la ley generalísima que comprende todas las variaciones del movimiento vibratorio. Consideremos para ello la acción especial de cualquier radiación sobre los cuerpos: sea, por ejemplo, un movimiento térmico, transmitido por cualquier foco de calor á través de un gas de densidad variable, hasta un cuerpo sólido, opaco y de color oscuro que, como es sabido, ofrece el mayor obstáculo posible á la trasmisión ó paso de las ondas térmicas. Según las leyes admitidas actualmente, el paso de la radiación térmica por cada elemento de la masa gaseosa ocasionará un trabajo proporcional á la relación existente entre la densidad y la elasticidad de este medio, de donde se sigue que esta onda al propagarse lo hará con velocidades variables, formándose su trayectoria por una línea sinuosa, pues que la superficie de la onda, experimentando resistencias, ha de aplastarse y como encogerse unas veces y otras alargarse, según el obstáculo que se le oponga sea más ó menos difícil de vencer; por tal trabajo, en esta lucha del movimiento ondulatorio progresivo, que como tal puede considerarse la radiación, pierde parte de su energía y llega aminorada á la superficie sólida en la cual ha de producir y causar trabajos efectivos y variadísimos. Si fuese posible aplicar á los cuerpos sólidos que absorben radiaciones el procedimiento gráfico que se emplea para demostrar las modificaciones de una cuerda que vibra, veríase cómo la energía que llega al sólido en forma de radiación, aumenta la veloci-

dad de sus movimientos y modifica su dirección; notaríase la manera cómo el aumento de vibración interior corresponde á elevación de temperatura, el mecanismo empleado para transformarse la vibración absorbida, que como tal desaparece, en energía pótencial, en aptitud especial que al sólido puede dar propiedades que antes no tenía, y sería posible, en fin, percibir esa lucha de un estado contra otro, de una parte, la radiación, pretendiendo vencer los movimientos que el sólido tiene por sí; de otra, el cuerpo, resistiendo al dominio y á la invasión del movimiento que lo solicita y rechazándolo y reflejándolo al exterior en cuanto puede. Es una lucha del movimiento vibratorio contra un medio, y una reacción del sólido contra el movimiento invasor: al fin la radiación es absorbida en su mayor parte, y el cuerpo sólido se adapta á la influencia que de fuera vino.

En mi sentir, es la Radiofonía fenómeno completamente análogo á éste y regido por las mismas leyes, porque, en último término, se trata tan sólo de modificar la propagación de un movimiento vibratorio, de producir alteraciones rítmicas en una serie de ondas que camina con velocidad determinada, por virtud de las cuales se modifica también la acción especial y la manera como debe actuar sobre los cuerpos dichos absorbentes. Para mí, hacer intermitentes las radiaciones vale tanto como engendrar modificaciones de tal naturaleza en las ondas que las constituyen, que lo que antes podía ser ó era aumento de temperatura, aceleración del movimiento vibratorio interno y mayor suma de energía pótencial, es ahora, en el fenómeno que estudiamos, sonido, vibración más grosera y menos sutil que aquellas otras que producen los colores; pero vibración al cabo, que del mismo modo se propaga y análogos efectos produce: como en las condiciones ordinarias ningún obstáculo de consideración se oponía á que las radiaciones se transmitiesen por el medio ambiente y fuesen reflejadas ó absorbidas por los cuerpos, todo pasaba según las relaciones ya conocidas entre las sustancias calificadas de reflectoras ó de absorbentes y las energías térmicas y luminosas que á ellas llegaban; mas desde el momento en que se modifica la manera de propagarse el movimiento vibratorio térmico; desde el instante en que la radiación se interrumpe muchas veces en corto período de tiempo, han de variar por necesidad sus condiciones de acción sobre los cuerpos, de tal manera, que si suponemos cualquier sustancia dotada de gran poder absorbente para el calor, como los rayos de éste que á ella



llegan se interrumpen con tanta frecuencia, se sucederán, con igual rapidez, enfriamientos momentáneos y elevaciones de temperatura rapidísimas, cuyos fenómenos sólo un instante duran, y como ellos, á su vez, son causa de dilataciones ó contracciones de la capa gaseosa adherente á la superficie que absorbe la radiación, prodúcese sonido, que aunque, como ya se ha visto, difiere, en cuanto á sus leyes, de todos los sonidos estudiados hasta hoy, su génesis es la misma que la de todo movimiento vibratorio.

Creo estas razones fundamento suficiente para apoyar la opinión emitida, aun aparte de la que pudiera invocarse tratando de la generalidad que reviste el fenómeno radiofónico; pues según ellas, nada se supone fuera de lo conocido, ni se establecen hipótesis nuevas para explicar un hecho que cabe perfectamente en la teoría general del mecanismo de la energía. Por eso creo poder definir la Radiofonía con toda precisión y claridad, ajustándome al primer principio enunciado, diciendo que es un elemento científico, enteramente dentro de los principios actuales de la ciencia, á los cuales sirve de apoyo, fenómeno producido por alteraciones en la condición de propagación de radiaciones de cualquier especie, de donde resultan variaciones en su manera de actuar sobre cuerpos capaces de absorberlas, variaciones que para nosotros son sonidos.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

*(Se concluirá.)*

---

---

## SENDAS CONTRARIAS

SONETO.

Á UN JOVEN.

Tuyo es el porvenir; remonta el vuelo;  
deje atrás el condor á la paloma;  
ni ameno valle ni enriscada loma  
tus impulsos detengan ó tu anhelo.  
Yo, pobre tronco encadenado al suelo,  
sin ramas ya, sin fruto y sin aroma,  
al nuevo sol que por Oriente asoma  
calentaré de mi vejez el hielo.  
No busques en la fuerza que desmaya  
recuerdo alguno del vigor perdido;  
á tí te espera el mar y á mí la playa.  
Tú corres al Edén desconocido,  
y ¿cómo quieres que á tu paso vaya  
el que va hacia la muerte y el olvido?

MANUEL DEL PALACIO.

---

---

# ESTADO ACTUAL

DE LA

## CULTURA LITERARIA EN MÉJICO

---

### I.

Fundó España, en la época gloriosa de sus grandes conquistas, pueblos y sociedades, destruyó idolatrías y regeneró razas; y cada uno de los países conquistados conserva huellas indelebles del carácter español, más imperecederas que la gloria de nuestros abuelos en las regiones americanas. Pero en ninguno de los territorios arrancados á la barbarie y en ninguna de las naciones convertidas á la civilización dejó nuestra Patria más admirables recuerdos ni sembró más profundamente la savia de su espíritu que en el Imperio mejicano, llamado después *Nueva España*, con tanta propiedad como justicia.

Al impulso de la piqueta revolucionaria y de las ideas reformistas, cayeron por una parte fábricas suntuosas, y por otra leyes y privilegios, las unas sabias y los otros inconvenientes; paralizado el cruzamiento de la raza española con la indígena, perdiéronse también costumbres y cualidades, preocupaciones funestas sustituyeron á errores inofensivos, adelantos útiles reemplazaron á rutinas añejas, y la sociedad mejicana sufrió un cambio radical en apariencia, mas no sensible en el fondo, sin que á pesar de la exageración de las pasiones y de las faltas por todos cometidas, pudiera destruirse la obra de tres siglos. Perdió el árbol su gallarda pompa y robusta lozanía, quebróse el tronco enhiesto y arrastró el huracán las brillantes hojas, pero en el seno de la tierra perseveraron inmóviles y fuertes las seculares raíces. Méjico conserva y eternamente conservará mucha parte de lo que España legó á sus hijos del Nuevo Mundo: la reli-

gión, la lengua, el valor, la osadía, el amor á la patria y á la libertad, al gusto artístico y literario. Bastara esto, aunque no existiesen los lazos de la sangre, para que todo español viera con interés cuanto á Méjico se refiere y gozara con sus progresos y aplaudiera sus triunfos.

Preciso es confesar, sin embargo, que durante mucho tiempo ha permanecido España totalmente divorciada de sus antiguas posesiones: descuidos nuestros, resentimientos de nuestros hermanos de América, culpable indiferencia por ambas partes fomentada con el alejamiento y sostenida por el amor propio de la raza, fueron las causas únicas de tan lamentable separación. Mas á pesar de ella, los españoles, y en particular los gallegos, los vascos y los astures, llevados de su espíritu aventurero, continuaron emigrando y estableciéndose en las regiones hispano-americanas, pero con preferencia en el Sur y en el Norte, y allí buscaron sus esposas y educaron sus hijos, y dieron á conocer su aptitud para el comercio, las artes y la industria.

Continuóse, pues, la tradición española; siguió en vigor el proverbio que dice: *El marido y la breña, de España*, y no pudo romperse definitivamente la cadena que nos unió á las Américas. Después, nuestros Gobiernos fijaron más su atención en asunto de tanta importancia; rompióse poco á poco la efímera capa de hielo, y comprendiendo todos lo que á sus mutuos intereses convenía, prepararon la sincera y amplia reconciliación que hoy saludan con regocijo españoles y americanos.

Lección es ésta que no debemos olvidar. La naturaleza, luchando contra las pasiones humanas, nos ha demostrado que los lazos de la sangre son indestructibles; no han podido quebrantarlos ni el fuego, ni el acero, ni la aberración, ni el encono, y aun en medio de la encarnizada lucha, Generales americanos dieron pruebas de española hidalguía perdonando á sus prisioneros en lugar de vengarse fusilándolos, y poetas de América escribieron cantos inmortales en la hermosa lengua castellana.

De todos los eslabones de la cadena, el más fuerte y resistente fué sin duda el del idioma, y con él se impuso la literatura, y gracias á él se alimentó sin cesar el sacro fuego. Antes de que la política llegara al deseado fin, había llegado el espíritu de raza, empujado por la lengua y el gusto literario. Á la par que se maldecía el nombre español en la pública tribuna, se aplaudían en el teatro las obras de los autores españoles. Los más ardientes reformadores y nuestros

más tenaces adversarios pudieron hacer mella en la religión, en las leyes y en las costumbres, pero no en el idioma; y Méjico, quizá el más rehacio y recalcitrante de los pueblos hispano-americanos, fué de los primeros en aceptar la rama de oliva, y si negó laureles á nuestros guerreros y diplomáticos, no supo ni quiso negarlos á nuestros poetas.

Reconocida la decisiva influencia de la literatura en esta gloriosa obra de conciliación, no será ocioso dedicar algunas páginas al examen de la cultura literaria en Méjico. Cada día conviene más á los españoles conocer lo que hay al otro lado del Atlántico, familiarizarse con los hombres y con las obras que coadyuvan á la deseada unión, y formar un juicio exacto de la sociedad hispano-americana. Confesemos, aunque la confesión nos mortifique y apene, que aquí se sabe poco de los asuntos, de las cosas y de los países de América, y menos aún de los de la América latina: estamos mejor informados de lo que pasa en el centro del África ó en las profundidades del polo Norte. Desconocemos, en general, la historia, las costumbres y hasta los más salientes datos geográficos de aquellos países que dominó España por espacio de tres siglos: un novelista español ha dicho, con la mayor tranquilidad, que cierto personaje residente en la capital de Méjico paseaba todas las tardes en el lago de Chapala, ignorando que este lago dista de Méjico algunas docenas de leguas, y que no hay entre ambos puntos línea férrea ni cosa equivalente.

Los americanos, por su parte, suelen tener errónea idea de España y de los españoles, y tanto á ellos como á nosotros conviene estrechar los naturales vínculos por medio del mutuo conocimiento, y á él ha de llevarnos la literatura más pronto y más eficazmente que las relaciones diplomáticas.

Divídese la sociedad mejicana en cuatro clases, tres de ellas muy diferentes entre sí, porque la aristocracia y la clase media se confunden y puede decirse que forman una sola. Más de la mitad de la población pertenece á la raza indígena pura, una sexta parte escasa á la raza europea, y el resto á la mezclada. El distinguido ingeniero y geógrafo mejicano D. Antonio García Cubas publicó en 1874 varios datos oficiales, y entre ellos éste que se refiere á la población de la República:

	Habitantes.
Raza europea.....	1.557.245
Raza indígena pura.....	4.671.735
Raza mezclada de indígena, europea y africana....	3.114.490
TOTAL.....	9.343.470

Averiguaciones posteriores me demostraron que hubo error en las expresadas cifras, no sólo en la suma total, sino también en la división de la cantidad, pues la raza indígena pura constituye más de la mitad de los habitantes, y la población actual de Méjico no pasa de 9 <sup>1</sup>/<sub>2</sub> millones.

La llamada raza europea no es otra que la mestiza de mejicana y española, descendiente en uno ó más grados de los primitivos cruzamientos. El número de extranjeros nacidos en Europa sólo asciende á 25.000 en toda la República mejicana (1).

Amalgamados los europeos con los mestizos, y formando núcleo todas las clases que por su educación y conocimientos pueden llamarse superiores, sólo hay tres grandes divisiones en la población de Méjico, determinadas por la gran diversidad de caracteres que media entre la buena sociedad, la clase baja mestiza y la raza indígena.

Llámase aristocracia, no al conjunto de familias tituladas, porque apenas hay doce títulos de nobleza en Méjico, sino á las familias antiguas y con frecuencia poderosas que conservan añejas tradiciones y se distinguen por su fausto ó por su respetabilidad. La clase media se mezcla con la aristocracia íntimamente, siendo casi insensible la diferencia entre ambas por el abolengo; pero sí clara y determinada por la opinión política, sosteniendo la clase conservadora primitiva prácticas y privilegios, y pugnando la clase liberal por derribar y olvidar cuanto hicieron sus antepasados. Existen individuos que aceptan un término medio y se apartan de las exageraciones de los dos bandos, pero no en número tan considerable que puedan formar clase, aunque es seguro que la formarán en lo porvenir y

(1) Una prolija investigación estadística, en la que me ayudaron gustosos muchos de los españoles que en Méjico residen, me facilitó copiosos y exactísimos datos referentes al número y clase de habitantes, y en ellos me fundo para asegurar que hubo error en las noticias oficiales.

que atraerán á la mayoría, siquiera porque los principios que sostienen son los más racionales y los que más se acomodan á la tolerancia y á la verdadera libertad, así como á las necesidades del progreso. Unos y otros son ilustrados, corteses, por extremo afables y á menudo ingeniosos.

La clase baja, genuinamente mestiza, compónese del artesano y del lépero, que por lo común son una misma cosa. Alegre, decidora, pendenciera, dotada de prodigiosa facultad imitativa, más bien atea que católica, más inclinada al libertinaje que al orden, y á la vagancia que al trabajo, sirviendo ayer de escalón á un partido político y hoy de pedestal al opuesto, indiferente á los males de la Patria y á la propia conservación, impávida ante la desgracia lo mismo que ante la muerte, sin aspiraciones ni temores, y sin otro deseo que el de gozar lo presente, contentándose con los placeres más mezquinos, es la clase baja una abigarrada y pintoresca muchedumbre que aviva la curiosidad y merece prolijo estudio.

Raro contraste forma con ella la clase indígena. Sobria hasta la exageración, humilde hasta la bajeza, tímida, indolente, triste, pacífica, dominada de un modo absoluto por cuantos la rodean, es digna de examen y de protección, no menos que de profunda lástima y constante misericordia.

Las diversas porciones que constituyen el todo de la sociedad mejicana, se rozan y viven sin enlazarse ni amalgamarse. Los españoles se casaron con las indias, mas ya no hay en Méjico un individuo de raza europea que busque esposa entre las descendientes de Moctezuma: sólo el indio y el lépero se atreven á imitar á nuestros antepasados. En la esfera de la política dominan los liberales de la clase media, y permanecen retraídos los aristócratas y conservadores; el mestizo de la clase baja sirve indiferentemente á los unos ó á los otros, y el indio sufre con resignación el despotismo de todos, sin protestar ni lamentarse.

Rinden todavía ferviente culto á la religión católica las clases elevadas y las masas inferiores, y una parte numerosa de los bandos liberales profesa ingenuamente el ateísmo. Las guerras civiles han hecho mucho daño á la religión, y el antagonismo de partido ha quebrantado las creencias, pervirtiendo la fe y modificando las costumbres.

Calmada la efervescencia revolucionaria, prospera el pueblo y se multiplican los adelantos materiales. Triunfa el régimen liberal, acometiendo con osadía, no siempre afortunada, las más amplias inno-

vaciones y reformas, y la Nación se deja guiar por nuevo camino.

Sirva de prólogo á mis observaciones esta breve reseña, y de noticia á los que ignoren cómo se halla constituido el actual pueblo mejicano.

¿Qué lengua se habla en Méjico?

Así como en algunas de las montañas españolas no basta hablar el castellano para ser comprendido, lugares hay en la República mejicana donde todavía no se conoce nuestro idioma. El indio, que aun conserva sus ídolos al lado de la cruz y ofrece homenaje á primitivas preocupaciones, no ha llegado á olvidar la lengua de sus abuelos; habla curiosos idiomas y dialectos, los mismos que aprendieron pacientemente los frailes conquistadores y dejaron impresos en admirables vocabularios: el *mexicano*, en los Estados (provincias) de Jalisco, Tlaxcala, Sinaloa, Guerrero, Méjico, Veracruz, Morelos, Hidalgo y Puebla; el *mayo*, el *pima* y el *opata* en Sonora; el *tavasco* en Michoacán; en Michocán y Méjico el *mazahua*; el *otomite* en Hidalgo, Méjico, Querétaro y Guanajuato; el *popoloco* en Puebla; el *maya* en Yucatán, y el *zapoteca*, *mixe* y *mixteca* en Oaxaca. No faltan indígenas que han olvidado el idioma de su raza, y la mayor parte habla ó comprende la lengua española, aunque cultive una de las expresadas y la prefiera. Otros han llegado á olvidar el español y hablan algarabía; no la lengua arábica, sino una mezcla estrambótica de dialectos indígenas. Esto no es raro, gracias al abandono en que se tiene la educación del indio: hay alcalde de pura raza azteca que ni siquiera sabe qué es independiente; yo sé de una solicitud, escrita en 1854 y dirigida al Rey de España por el Ayuntamiento de Xoxocotla (pueblo de 7.000 almas), pidiendo que S. M. previniera al Presidente Santa Anna para que no cobrase á dicho Municipio el derecho de capitación.

El español que se habla en Méjico abunda en modismos, arcaísmos y corruptelas. Unos me parecen peregrino hallazgo, y otros defecto grave y perjudicial. No debe reprobarse de un modo absoluto el empleo de voces anticuadas y de otras que dejamos anticuar indebidamente; que sea rica nuestra lengua no es razón para que derrochemos sus tesoros. Tampoco es necesario estropearla, pues hartamente oprimida la tienen los abusos que casi todos cometemos y la invasión de palabras extrañas, inútiles y ridículas.

Pocos son los mejicanos que procuran conservar en toda su pu-



reza la lengua de Castilla, muchos los que por descuido incurren en falta, y algunos los que hacen alarde de cometer errores alegando que la emancipación no sería completa si hubiera de respetarse el pacífico dominio de la lengua española sobre cuantos hablan en el Nuevo Mundo el idioma que los conquistadores enseñaron á los vencidos. Loable es el empeño de los primeros, lamentable la indolencia de los segundos, y punible la conducta de los que prueban su amor á la Patria como pretenden probarlo los últimos, pues ya que han heredado el idioma y no aspiran á sustituirlo con otro, vale más hablarlo bien y contribuir á su engrandecimiento, así como todo hijo debe intentar que prospere la herencia que recibió de sus padres, y que no ha rechazado ni rechaza.

Lo triste es que nuestra lengua, Eccehomo en el que todos hemos puesto las manos pecadoras, amén de los vicios que adquirió fuera de casa, no se ha librado del contagio que padeció y padece en la casa propia; y en Méjico, lo mismo que en toda la América latina, vive malamente, recibiendo los golpes de allá y los de acá, porque allá fueron también y siguen yendo los barbarismos, latinismos, galicismos, italianismos y demás calamidades que agobian entre nosotros al idioma de Garcilaso.

Allí, como aquí, se escribe y se dice: *hilación* por *ilación*; *hechar*, por *echar*; *telégrama*, *expontáneo*, *epígrama*, *cólega*, *méndigo*; *acaparar*, por *monopolizar*; *debutar*, por *estrenarse*; *pretencioso*, por *presuntuoso*; *accidentado*, por *quebrado*; *revancha*, *bisutería*, *dandy*, *meeting*, *khedive*, *pachá*, *dictaminar*; *desapercibido*, por *inadvertido*; *reasumiendo*, por *resumiendo*; *presupuestar*, por *presuponer*; *rango*, por *clase y jerarquía*; *périto*, *indogto*, *estemporáneo*, etc., etc.

Además, se dicen y escriben en Méjico frases completamente inadmisibles, se emplean giros viciosos y de mal gusto y se cambia el significado de muchas palabras.

Pondré algunos ejemplos:

*¿Es para decirme esto que tú has venido?*

Lo cual, con perdón sea dicho, me parece detestable.

*¡Qué cuajos! Por esto es que me dilaté. Estaban pegadas las llaves en el ropero.*

*¡Qué cuajos!* quiere decir: ¡qué ocurrencia! ¡qué salida de tono! ¡qué bromal! *Dilatar*, *dilatarse* una persona, equivale á tardar, llegar tarde. (*Dilatar*, según el Diccionario castellano, vale, en su segunda acepción, *diferir*, *retardar alguna cosa*, pero nada más.) Las llaves estaban *pegadas* en el ropero; esto significa ó pretende signi-

ficar que la llave del ropero estaba puesta en la cerradura. (*Pegar* es arrimar ó aplicar una cosa á otra de modo que entre las dos no quede espacio alguno: no sé si, fundándose en esta acepción de la palabra, han llegado los mejicanos á pegar las llaves en el ropero.)

*Se cayó con todo y caballo.*

Es lo mismo que caerse con caballo y todo.

*Ayer tuvo verificativo el casamiento*, por ayer se verificó el casamiento. (*Verificativo* es lo que sirve para verificar alguna cosa.)

*Allí se están baleando: yo también voy á echar balas.*

*Echar balas y balearse* quiere decir batirse á balazos, tiro-tearse.

Para muchos mejicanos, una desgracia, contrariedad ó derrota es *un contraste*; una cartera, un *portafolio*; un enredo, una *chicana*; *prestigiar*, *promover*, *acepción* y *mantención*, son la misma cosa que acreditar, formar, excepción y manutención.

Una criatura que llora demasiado, *se desmorece*.

Para ayudar á alguien, es preciso *coadyuvarle*.

El que se levanta, *se para*, aunque no se quede parado, porque dicen que pararse es lo mismo que levantarse. (*Pararse*, según una de las acepciones castizas de la palabra, es ponerse en estado diferente del que se tenía.)

También llaman *cuajante* al embustero, y *chicarrero* al tramposo y á la persona que procede mal.

Decir «ahora voy,» no es bastante expresivo en Méjico: «ahorita voy,» es más eficaz, pero no tanto como «voy ahoritita.»

*Acechanza*, por asechanza; *mendingar*, por mendigar; *zapo*, por sapo; *zahuán*, por zaguán; *manequí*, *mensal*, *abrogar*, *chueco* y *guaje*, por maniquí, mensual, arrojar, torcido y tonto, son palabras de uso común hasta entre los mejicanos ilustrados.

*Tuvo lugar*, por tuvo efecto, se dice allí con tan implacable afición como en España.

Allí, como aquí, apenas se fabrica alguna cosa: todo *se elabora*, aunque nada se trabaja con primor.

En Méjico, un chasco es un *gregorito*; una tienda de ropas ó telas, un *cajón*; una casa de préstamos, un *empeño*; los comestibles son *aborrotos*; las personas comen, hablan, ríen y se mueren *siempre ó nunca*, porque dicen: *Fulano, siempre se marchó*; *Fulana, nunca se murió*. Y cuando dos amigos se despiden, aunque el uno se quede en su casa y el otro vaya al Polo Antártico, se dicen: *hasta luego*.

En cambio usan muchas palabras que nosotros hemos relegado al

olvido, no sé por qué, y otras que rarísima vez he visto escritas en libros españoles, aunque están en el Diccionario.

*Lista de la compañía de ópera*, decimos; y los mejicanos dicen: *elenco de la compañía*, que vale índice y catálogo.

*Fulano te habla*, por *Fulano te llama*, y no puede negarse que quien llama, habla.

*Rehacio, terco, porfiado*, decimos nosotros, pero casi nunca *renuente*, que significa lo mismo y es voz muy usada en Méjico.

*Atentas estas cosas*, dicen allí, pero no aquí, lo cual no impide que esté bien dicho, porque el adverbio *atento, atenta*, vale *en consideración ó en atención á alguna cosa*.

*Platicar*, por hablar; allí es frecuentísimo y aquí no, y es lástima.

*Recordar*, por despertar; apenas se dice aquí, aunque puede decirse sin ofender al lenguaje.

Tampoco decimos *enterar*, por completar, y lo dicen con mucha razón los mejicanos, porque la primera acepción de *enterar* no es otra que *completar*, dar integridad á alguna cosa. Dicen también *integrar*, en el mismo sentido y con igual derecho, porque *integrar* es *completar*, componer un todo de sus partes integrantes.

*Ocurrir*, por acudir, es voz muy propia y que no usamos.

*Mediocre*, equivalente á mediano, pocas veces se emplea entre nosotros.

*Llamado*, por llamamiento, es voz anticuada que no debiéramos olvidar.

*Proditorio* vale lo que incluye traición ó pertenece á ella. Tampoco usamos este adjetivo.

*Formidar*, por temer ó recelar, ya es griego para los españoles, y no debe serlo.

La pronunciación obliga á los mejicanos, como á los catalanes, andaluces y gallegos, á cometer muchos errores que repiten en la escritura. Dicen y escriben en Méjico *aflixión, reflexión, escento, exeso, exitar*, por *aflicción, reflexión, exento, exceso y excitar*.

Lo que no dirá jamás un mejicano, y aplaudo que no lo diga, es lo que decimos en Madrid: *prao, helao, soldao*, etc. Aquí nos comemos la d, y allí sería delito imperdonable comerse una letra tan delicada. La c y la x son otra cosa: estas letras pueden ser comidas impunemente en aquella República.

Las concordancias vizcaínas y nuestros provincialismos de baja ralea no se conocen en la que fué Nueva España.

En cuestion de abreviaturas, los mejicanos dejan muy atrás á sus

antepasados los andaluces. Aquí, para abreviar la palabra Concepción, decimos Concha, pero en Méjico se dice *Con*. Catalina es *Cata*; Enriqueta, *Queta*; Asunción, *Chuncha*; Eulalia, *Lala*, y Ángela, *Lili*. Jesús, es *Chucha* ó *Chucho*, según el sexo de la persona; Rosario, Soledad, Encarnación, Antonia y Bárbara, son respectivamente *Charo*, *Chole*, *Chona*, *Tonche* y *Bibi*; Refugio, es *Cuca*; Jerónima, es *Moma*, y Manuela, *Memé*. Y al que no dice estas cosas le llaman memo.

Un mejicano jamás necesita pedir un vaso de agua: tiene suficiente con *tontita* agua.

Una *bola*, familiarmente hablando, es para nosotros una mentira. En Méjico es un motín, una revolución.

*Mitote* se llama en español á cierta danza, y también al melindre y al aspaviento. En Méjico, el *mitote* es un escándalo, un alboroto, una riña.

Para salir de todos los apuros, contestar á todas las preguntas, evitar compromisos y no dar disgustos sin necesidad, poseen los mejicanos una frase, verdadero tesoro que no se agota. Con ella, ni se afirma ni se niega, ni se marchita una ilusión, ni se destruye una esperanza: benigna y consoladora, útil y concluyente, parece hecha de propósito para ahorrar palabras y cuestiones; dulce, melosa, cortés, adecuada al carácter mejicano y á la suavidad y finura del trato social en aquella tierra, suple á los adverbios de negación con extraordinaria ventaja, y nada promete y á nada obliga.

—¿Cuál es el camino del pueblo?—¿Á qué hora estará el amo en casa?—¿Cuándo me pagarán esta cuenta?—¿En qué términos se arreglará el negocio?—¿Es verdad que hay ladrones cerca de aquí?—¿Va V. á casarse con ese hombre?—¿Podré esperar que corresponda V. á mi cariño?

Todas estas preguntas y muchas más son contestadas por el mejicano con una frase que nada dice y lo excusa todo:—*¡Quién sabe!*

La manía de inventar verbos, tan general en América, pues cada americano es una fábrica de verbos singulares, perjudica no poco al idioma en aquellas regiones.

*Excursionar*, *independizarse* y otras muchas palabras por el estilo son allí moneda corriente.

Respecto de otras injurias que se hacen á la lengua, nada tenemos que envidiar á los mejicanos, ni ellos á nosotros.

Allí se ha dicho:

*Mejicanos, al grito de guerra,  
el acero empuñad y el bridón.*

Y aquí se dijo:

*Mi corcel y mi espada guerrera vuelvo á empuñar.*

*Allí, se oyen los ruidos imperceptibles y se conserva el orden inalterable, y aquí disfrutamos del mismo privilegio.*

*Allí, dos niños se propusieron á saltar por sobre un lodazal; pero aquí un pobre Pablo fué atado sobre un caballo las manos con los pies por debajo de la tripa.*

Allí he leído este ovillejo:

«Tu casa será un pensil,  
Gil,  
en tu venturoso día,  
María,  
pues no quedará una hermosa,  
Espinosa,  
que con su cara de rosa  
no vaya á felicitarte,  
y los buenos días á darte  
don Gil y María Espinosa.»

Y aquí he leído esta redondilla:

—«¿Que hay distancia? Me la zampo,  
y si no, tomando un coche...  
—De día bien, mas de noche...  
esto linda con el campo...»

Allí se publicó un periódico ilustrado diariamente con esta quintilla impresa debajo del título:

«Por no tener fanatismo  
escribo cual imparcial,  
nativo soy potosino  
que con idea liberal  
profeso algún patriotismo.»

Pero es mejor el *terceto* siguiente, que daba á luz en cada uno de sus números nuestro famoso periódico *El Pistón*:

«Lira y aprieta  
de sonsonete  
con desconcierto.»

Allí apareció en otro periódico este amoroso arranque:

«Te ruego, niña bella, que al menos no me olvides  
de dicha tan parlera que aspiro ambicionar.  
Si acaso en tu letargo jamás tú lo percibes,  
no olvides que el que te ama manda este cantar.»

Aquí, cierto poeta hizo decir á un personaje de una de sus obras:

«Decidme, ¿con qué derecho  
penetráis en este techo?»

Y, en fin (porque sería el cuento de nunca acabar), allí he leído lo que sigue:

«Ciñó por siempre un laurel de gloria  
tu inmortalizado nombre en los anales de la historia.»

.....  
«Cuando contemplo tus preciosas ruinas  
de esa que fué la ciudad sacerdotal,  
ni calculas, lector, ni te imaginas  
cuántas sombras fantásticas, divinas  
á poblar van el mundo del ideal.»

.....  
«Los pueblos han sufrido el mal antes que rebelarse, con tal que  
venciendo su período el mal magistrado, viniese otro que tal reme-  
diase los males que les aqueja.»

.....  
«Reocupación de Zenatecas y recobro de lo que de ahí se habían  
apoderado los revolucionarios.»

Y aquí he leído lo que copio á continuación:

«De militar bravo y ducho  
fama alcanza nuestro brazo.»

.....  
«Le compraremos santos y aleluyas,  
que él romperá con las manitas suyas.»

.....  
«En lugar de un esqueleto  
viene gordo como dos.»

.....  
«Á nadie llames flaco, que por eso  
no ha de ponerse á la verdad más grueso.»

«Las codornices se nos comían los campos.»

.....  
 «Luego si yo soy chica  
 y soy valiente,  
 ese mozo se porta  
 cochinamente.»  
 .....

«Un criado atraviesa la alfombra con una bandeja de sorbetes.»  
 No podemos, por lo que se ve, negar el parentesco.

¿Qué influencia tiene sobre el indio la literatura?

Ninguna, absolutamente. El sombrío indígena vive apartado de cuanto pudiera ilustrarle: no se alegra, no ríe, no canta; parece que le abrumba la fatalidad. Quizás conserve en su imaginación, como reminiscencia vaga, una que otra endecha de los poetas que brillaron en remotos días, los cantos sublimes de Metzalmalcoyotl: la leyenda de Quetzalcoalt, ó la historia de Ixtlilxochitl: acaso sabe que sus ascendientes fueron nobles, altivos y poderosos, que existieron las opulentas Repúblicas de Tlaxcala, Cholula y Huexotzingo, los Reinos de Aculhuacán, Tacuba y Texcoco, y el fastuoso Imperio azteca. Pero no habla, se ciñe á representar su papel de esclavo y prisionero, huye los encantos de la inteligencia, y cuando, rodeado de su familia, entregándose á una diversión que le agrada, parece que debiera espaciar el ánimo y romper el círculo de hierro que le separa del mundo, expresa su gozo con frías carcajadas, con monotonía y lenta canturía, que recuerda la de los negros africanos, y con danzas humildes sin animación ni bullicio, que más entristecen que alegran. El miserable indígena es una máquina humana condenada á trabajar, privado de las inefables dulzuras de la imaginación y del sentimiento.

El lépero es otra cosa: plebe, populacho, hez de la sociedad, pero acabado carácter, perfecto modelo, tipo genuino que representa una raza tumultuosa, una clase especial, un principio, un objeto, una idea: la audacia y el escándalo unidos por un harapo; la desvergüenza y el gracejo abrazados con el hambre. Aquí las pasiones, los vicios y los chistes se hallan en su centro: aquí huelga el dolor y sobra la tristeza; naipes, vino, danzas, amor, música y poesía, ¡llegad!

Se os aguarda á todas horas con las puertas arrancadas de su sitio, para que no sea menester abrirlas.

Imaginaos que entramos en un ventorrillo andaluz: el cambio no os causará mucha sorpresa.

No es ventorrillo, sino *jacal* (1); no se fríen boquerones, sino *carnitas* (2); á la guitarra y á la bandurria reemplazan sus hermanos el *bandolón* (3) y la *jarana* (4); el rojo peleón cede su puesto al lechoso *pulque* (5) rebosando espuma; el *jarano* (6) sustituye al cañaés, pero hay blancas camisas, pantalones y zapatos de cuero, rostros atezados y expresivos; y si no se baila el jarabe andaluz con acompañamiento de palmadas al son del arpa, se baila el *zapateado* y el *jarabe topatío* (7). Y no escasean miradas ardientes, ni requiebros intencionales, ni alusiones maliciosas, ni agudos *tranches* (8) que en los abiertos bolsillos se ofrecen á la airada mano que sabe vengar ofensas.

Mientras un galán dice al oído estas ó parecidas frases:—*¡Á la verdad, quién sabe si por tu amor me echarán al plato!*, el tenor de la compañía entona esta copla:

—«Palomita, ¿qué haces ahí,  
parada en esa pared?  
—Esperando á mi palomo  
que me traiga de comer.»

Á la que sigue ésta con diverso acompañamiento:

«Yo soy el verde mentado,  
verde, verde hasta la raíz (9),  
que le gustan las muchachas  
como á los puercos el maíz» (10).

Nuevos artistas piden la palabra, y salen á luz otras coplas:

- 
- (1) Barraca.
  - (2) Pedacitos de carne de cerdo, fritos á manera de torreznos.
  - (3) Guitarra grande.
  - (4) Guitarrillo.
  - (5) Bebida fermentada, muy embriagante, que se hace con el jugo del *magney*.
  - (6) Sombrero de anchas alas, muy parecido al que usan nuestros picadores.
  - (7) Baile especial del Estado de Jalisco, casi igual al jarabe andaluz.
  - (8) Cuchillos.
  - (9) Raíz.
  - (10) Maíz.



«Lastimá  
de mis corales, que el indió  
se los llevó:  
no tuvó  
la culpa el indio, sino lá  
que se los dió.»

.....

«Yo no quiero estar aquí,  
yo me quiero ir para el rancho,  
porque me quiero casar  
con uno de sombrero ancho.  
Chinita, vámonos para San Luis  
á ver á aquella que me gusta más.»

Pero el canto se interrumpe: un *cargador* (1) y un *nevero* (2), después de insultarse con la mayor compostura, echan mano al *tranchete*. Retiraos, si la prudencia os guía: salid á la calle, donde oiréis cantar al *charamusquero* (3):

«Cuatro por *medio* (4)  
y ocho por un real,  
mirando que el tiempo  
está tan fatal.»

También os saldrá al paso la *alfajorera*, diciendo:

«Mi alma, los alfajores.  
Para pobre y para rico,  
de leche y de mantequilla,  
los traigo de á *medio*  
y también de á *cuartilla*.»

Si queréis entrar en esa *pulquería*, que se intitula modestamente *La Palanca del Mundo*, oiréis esta canción sentimental, acompañada con música de la Atala:

«Una niña en el bosque

- 
- (1) Mozo de cordel.  
(2) Vendedor de helados.  
(3) La *charamusca* es una golosina compuesta de azúcar y queso añejo, y de azúcar y limón ó piña.  
(4) Medio real mejicano equivale á real y cuartillo de vellón.

lloraba por su amor:  
no llores, querida mía,  
que así nos tocó la suerte,  
y sólo Dios ó la muerte  
harán que te olvide yo.»

Más allá veréis otra *pulquería* que se llama LA YMBEMSYVLE, y otra á la vuelta de la esquina, en cuya portada de brillantes colores, llena de pabellones mejicanos y de lujosos adornos de oro y plata, luce este letrero: *La reunión de los amigos y el brindis de la fraternidad*. Si entráis en este suntuoso establecimiento, cuyo decorado interior corresponde al exterior, podréis oír *platicar* á un *evangelista* (1) y á un *quebradito* (2), que tratan de arreglar al mundo:

—¡*Chulos* (3) *ediles* (4) nos salieron este año!

—En lugar de cuidar de las *finanzas* (5), pasan la vida sin *convivialidades* (6), y gastan los *tecolines* (7) en *infiernitos* (8).

—Salió *borrego* (9) la rebaja del impuesto. ¡Buenos están los nuevos Ministros! ¡Ah, qué tres! ¡Ya les haría yo salir *sin zumba!* (10)

Seguid, pero no entréis en aquel edificio que tiene sobre la puerta este rótulo: *La Paz, casa de vecindad*, porque os sorprenderán escenas semejantes á las de la casa de Tócame Roque.

Las palabras y frases que lleguen á vuestros oídos durante este breve paseo, serán suficientes á probaros que el lépero discurre, versifica, lee, cultiva á su modo la literatura y se distingue en muchas ocasiones por la agudeza, el ingenio y la novedad. Gusta del teatro, de los discursos y de la sátira. Preso, desahoga su pena improvisando coplas como ésta que ví escrita en una pared de la Penitenciaría de Guadalajara:

«Y si solitario estoy

(1) Memorialista.

(2) Inválido.

(3) Lindos.

(4) Concejales. (Entre nosotros se usa poco la palabra *edil*, y es propia.)

(5) Galicismo puro. Quiere decir: *la hacienda*.

(6) Corruptela de la voz castiza *convivio*, ya anticuada. Quiere decir. convite.

(7) Cuartos, dineros, monedas.

(8) Fuegos artificiales. Por extensión, fiestas cívicas.

(9) Mentira. (Nosotros decimos: *no hay tales borregos*.)

(10) De prisa, á escape.

y si mi amada no veo,  
la vida me es odiosa  
y la tumba es mi trofeo.»

En Jalisco, que es la Andalucía mejicana, muéstrase el lépero más decididor y ocurrente. Celebrábanse honras fúnebres por el eterno descanso del alma de Su Santidad Pío IX, en una de las iglesias de Guadalajara, y un lépero decía á su compañera, que no quería entrar en el templo: *Pasa, Chana, que ésta es la ópera de los pobres*. Había estallado una revolución dentro de la ciudad; un centinela dió el *¿quién vive?* á un lépero, y éste respondió: *Eso es lo que estamos averiguando*.

No escasean tampoco los rasgos sublimes entre la gente del pueblo. Un hombre hirió mortalmente á su amada, y huyó: un agente de la autoridad recogió á la víctima y le preguntó con insistencia: *¿Quién te ha muerto?* Y ella, luchando con la agonía, dijo: *¡Naiden, porque mi vida era suya!*

Muchos son los puntos de contacto que tiene el pueblo mejicano con el español, si bien aquél no posee todavía la instrucción indispensable (1) ni el copioso y valiosísimo caudal de refranes, dichos y canciones que tanto realza al nuestro; mas respecto de la lengua y de la literatura, mucho hay que aprender y que admirar en el lépero, y no pocas de sus frases originales y de sus profundas sentencias vendrán á enriquecer algún día la lengua castellana.

Los poetas y escritores de la clase media y de la aristocracia son los que brillan con más esplendor en el campo de la literatura mejicana. Sus obras, como casi todas las de autores americanos, tienen vigor, frescura, exuberancia, lozanía, colorido, frecuente incorrección y bastante originalidad. Son pocos los que procuran limar y corregir, cual si su inspiración ardiente quisiera imitar el indomable desorden de los bosques vírgenes, donde la mano del hombre suele ser ineficaz para contener los ímpetus de la naturaleza.

Pero conforme algunos escritores americanos se afanan por localizar sus ideas y pretenden formar una literatura propia, y describen el país en que nacieron y elogian cuanto á su patria pertenece, los de Méjico prefieren otros caminos, rinden apasionado culto al amor

(1) Méjico tiene una escuela por cada mil ciento diez habitantes, según datos oficiales.

y á la libertad, imitan composiciones extranjeras y siguen derroteros trazados por nuestros clásicos ó por los modernos autores españoles.

Notable influencia tuvieron y tienen en la literatura mejicana las obras de Zorrilla, Espronceda, Bretón, Bécquer, Campoamor, Echegaray, Núñez de Arce y algunos otros, así como las de Víctor Hugo, de Musset, los Dumas, Sardou, Byron, Schíller y varios filósofos de nuestro siglo.

La imaginación de los autores mejicanos se enardece al contacto de las grandes ideas ajenas y pugna por sobrepujarlas: indolente y perezosa, necesita un sacudimiento, un estímulo, la contemplación de un triunfo, el entusiasmo producido por la victoria del genio en las esferas del arte, de la filosofía ó de la ciencia. Duerme, indiferente y tranquila, mientras no oye el clamoreo de los vítores; pero despierta y se agita con el ruido de los aplausos, y á cada vibración de la gigante campana que voltea movida por la popularidad, responde con un latido precursor de animosos pensamientos.

Hay, sin embargo, una causa poderosa que justifica esta indolencia. En un pueblo joven, apenas educado, preso casi siempre en las garras de la discordia, la literatura puede ser una afición agradable, mas no un oficio lucrativo. Y las aficiones que no producen bienes materiales suelen estar vedadas á los pobres. Así, cuantos necesitan trabajar para comer (y la mayoría lo necesita) carecen de tiempo y de emulación para cultivar las bellas letras, y harto hacen demostrando que las aman, aunque lo demuestren rara vez, y no siempre con el éxito apetecido. Existe además otra razón que detiene muchos vuelos y anula muchas facultades: no hay entre Méjico y España (¡vergüenza da decirlo!) ningún tratado literario (1): las obras españolas, demasiado abundantes para una raza que lee poco, bastan para dar á los pueblos hispano-americanos este grato alimento del espíritu: actores, impresores y libreros comercian exclusivamente en la América latina con obras españolas; y no sólo se aprovechan los españoles y americanos, sino también, y en mayor escala, muchos extranjeros; parásitos, unos y otros, que viven á costa de los autores, explotando indignamente á los de aquí, á la vez que impiden trabajar á los de allá. Puesto que la obra española no cuesta nada, se prefiere por el actor y por el editor: cuanto aquí se escribe, les

---

(1) Tampoco lo hay entre España y las demás Repúblicas de América.

pertenece; usan y abusan de todo, y á menudo se dignan corregirlo; tienen, pues, un repertorio inmenso, tan inmenso como barato. El teatro, las entregas, el folletín, el periódico, todo se alimenta con nuestras producciones, que ya no son nuestras desde que llegan al continente americano; allí son declaradas independientes y reniegan de la autoridad paternal, cayendo bajo la férula de codiciosos padrastrós. ¿Y qué ganan con esto los escritores de Méjico, los de la América del Centro y del Sur, todos los que pueden y deben competir con nosotros, todos los que deben honrar la lengua de Cervantes? Lejos de ganar algo, pierden, y ni siquiera se atreven á intentar una competencia ruinosa. El escritor americano encuentra cerradas todas las puertas: á cada instante le atajan el paso las obras españolas: el editor y el empresario le reciben con irónica sonrisa, le enseñan el colosal repertorio de que disponen gratis, y cuando, por casualidad, se conmueven y admiten benévolamente la oferta, suele ser con las siguientes generosas y humanitarias condiciones:

«Si la obra en cuestión es un libro, el autor pagará la impresión y abonará al editor (?) ó librero un *modesto* tanto por ciento, justa recompensa de las molestias que le ocasionará un negocio enfadoso y oscuro.»

«Si la obra es dramática, el autor pagará todos los gastos que la representación exija: decoraciones, vestuario, programas, etc., etc. Y para asegurar el éxito, convendrá que el autor compre la mitad de los billetes de entrada, en la noche del estreno, y los reparta de balde, como le parezca más oportuno.»

*Nota curiosa.* «Aunque la obra guste, se representará tres veces, á menos que el autor continúe comprando cada día la mitad de los billetes.»

«Y después, el autor dará las gracias al librero y al empresario.»

El periodista se halla, poco más ó menos, en el mismo caso que el novelista, el poeta y el autor dramático. Puesto que los periódicos españoles dan de balde las noticias, los telegramas, el folletín, las anécdotas y las charadas, cada redactor tiene suficiente con un sueldo de 12 pesos al mes.

Dígame ahora cómo es posible que el escritor mejicano tenga deseo de discurrir, de componer y de trabajar. Sólo el que posee recursos propios ó una afición desesperada, pone á prueba su abnegación y su entusiasmo escribiendo y publicando algunas composiciones. Muchas de éstas ruedan de casa en casa y mueren manuscritas, como nacieron; otras se imprimen, y los ejemplares (que

cuestan demasiado y no pueden venderse al precio de los de obras impresas en Europa) sirven al autor para obsequiar á los aficionados y á los críticos, á los amigos y á los parientes. Mas si, por ventura (*rara avis*), un autor mejicano triunfa de todos los obstáculos y consigue que su obra se popularice, no há menester cuidar de que el privilegiado fruto de su ingenio atraviese los mares, porque sobrarán celosos impresores que hagan en París ó en Nueva York la segunda edición y cuantas sean necesarias, á fin de que la obra se conozca en todo el mundo y el autor reviente de gozo sin cobrar un maravedí.

Se me dirá que en España nos sucede mucho de esto, pero nunca tanto, y siquiera, por más que nos falte el producto, nadie nos escatima la honra. La reputación literaria es útil en España, por lo menos hasta cierto punto: la tribuna, el teatro, el periódico y la academia son puertas por donde se entra al comedero universal de la política, y también son puertas de escape del mismo comedero. Cualquiera, sin quebrantarse, puede saltar desde un discurso hasta el banco azul del Congreso, y desde el banco azul hasta un drama. Podrán quitarnos la piel, podrá cebarse la calumnia en nuestra gloria política, en nuestra vida pública ó privada; pero la reputación literaria, una vez adquirida, suele acompañarnos hasta la tumba. Muchos que por varias razones no debieron tenerla en vida, la gozan todavía después de muertos.

Ni este recurso tienen los mejicanos: la literatura no les sirve para nada: más que ser hombre de letras, vale allí ser hombre de carabina. Un guerrillero está más cerca del sillón presidencial que todos los sabios de las academias.

Explicada ya la situación en que se hallan los escritores de Méjico, la crítica no debe olvidar tantas circunstancias atenuantes. Digna de loa será siempre la afición á las bellas letras, pero más cuando el noble impulso que nos hace esclavos del arte no obtiene recompensa moral ni materialmente; cuando la vocación entraña un sacrificio; cuando las voces sublimes de un espíritu que siente y habla son rechazadas por la indiferencia pública.

Espero que, después de conocidas las obras de los poetas y escritores mejicanos que voy á citar, se hará justicia á Méjico.

El pueblo que está á la vanguardia de nuestra raza en América, como centinela avanzado de los pueblos latinos en aquellas dilatadísimas regiones, puede enorgullecerse de poseer y de haber poseído hombres eminentes en todas las esferas de la inteligencia: po-

líticos, oradores, jurisconsultos, naturalistas, matemáticos, pintores, escultores y artistas notables, compositores inspirados, distinguidos profesores en la ciencia de curar, geógrafos y astrónomos, y también guerreros ilustres. No caerán, no deben caer en el olvido los nombres de Río de la Loza, Jiménez, Anguiano, Herrera, Díaz Covarrubias, Castillo, Mendoza, Bárcena, Montes de Oca, Ramírez, Cuatáparo, Goyzueta, Fernández, Villar, García, Vera, Gallo y Arangoiti, ni los de Lucio, Alvarado, Carmona, Ortega, Hidalgo Carpio, Chacón, Bardera, Soriano, Larrea, Lobato, Muñoz, Liceaga, Lavista, Segura, Vertiz, Bonilla, Galindo y Puerto; vivirá la reputación de Ángela Peralta, de Concepción Padilla, de María Servín, de Castillo, Solórzano, Rodríguez y Zerecero; vivirán las obras de Morales, Paniagua, Meneses, León, Ortega, Camacho, Balderas, Vázquez, Ituarte, Morán, Cordero, Rebull, Felipe Gutiérrez, Pina, Urruchi, Carrillo, Monroy, Velasco, Miranda, Casarín, Islas y Patiño Ixtolinque. Pero más han de vivir, porque el libro es el rey de las obras humanas que recoge la posteridad, los nombres de los poetas y literatos mejicanos.

ADOLFO LLANOS.

*(Se continuará.)*

---

# LA MARÍA

Y

## D.<sup>a</sup> MARÍA, MARIQUITA Y MARUJA

HISTORIA — ¡AY! — SENTIMENTAL

---

I.

### LAS CUATRO MARÍAS.

¿Cuándo fué? No puedo precisarlo. ¿Dónde? No importa. Ocurrió en el día más feliz de mi vida; por eso no lo he olvidado aún, á pesar del mucho tiempo transcurrido; por eso no lo olvidaré nunca.

Tenía yo diez y ocho años, *ella* me había escrito, y yo, ocultando la carta á indiscretas miradas que la habrían profanado, la leía y la releía; la besaba con transporte inefable, con deliquio que no se expresa, y la escondía después, como el avaro guarda estimado tesoro. En mi reducida estancia de estudiante me ahogaba; enojábanme aquellos libros silenciosos, aquellos muebles, mudos é impasibles testigos de mi felicidad. Yo necesitaba aire y luz, ruido y colores; permaneciendo allí me habría asfixiado. Mi dicha había menester más anchuroso espacio, no cabía ya dentro de mí y pugnaba por escaparse de entre aquellas cuatro paredes.

Salí; parecíame que la Naturaleza se alegraba con mi felicidad: todo se me antojaba de color de rosa: el presente alegre, ¿cómo no había de serlo, si ella me amaba? ¿cómo no había de serlo, si ella me había escrito una carta cuyas cuatro carillas, que llenaban líneas en sentido horizontal y en sentido vertical formando deliciosa cuadrícula, contenía candorosas ternezas, inocentes confesiones de amor, trazadas para mí por aquella mano preciosa, blanca, peque-



ña, torneada, desesperación constante de guanteros y encanto perenne de adoradores? El porvenir se me presentaba risueño; ¿cómo no, si ella había ofrecido amarme siempre?

Salí regocijado y alegre; escuchaba por todas partes su nombre; el movimiento de los transeuntes, las voces de los vendedores ambulantes, los niños que jugaban, el sol y las flores, todo me hablaba de ella. ¡Cuán feliz era yo aquel día! ¡Cuán orgulloso estaba de mi dicha! Si me hubieran propuesto cambiarme en el monarca más poderoso, en el sabio más admirado, en el artista más aplaudido, en el hombre más grande, en Dios mismo, yo habría contestado encogiéndome de hombros con desdén, y habría compadecido sinceramente á quien me lo hubiera propuesto. ¡Oh amor! Verbo y alma de la Naturaleza, ¡cuán grande eres! ¡Cuán admirable tu poder, y tu influjo cuán santo! Yo amaba entonces á Dios, á la Naturaleza, á los hombres: era todo amor; no concebía, no podía explicarme que alguien abrigara sentimientos de odio; las palabras encono, rencor, aborrecimiento, no existían en mi memoria; si las hubiera escuchado, no habrían tenido para mí significación alguna. ¡Cuán cierto es que el recuerdo de la mujer querida todo lo anima y embellece! ¡Cuán cierto es que el amor correspondido purifica el corazón y eleva el espíritu!

Abstraído en deliciosos recuerdos, acariciando esperanzas dulcísimas, sin advertir siquiera qué camino había tomado—eran todos iguales para mí,—encontréme sorprendido por inesperada gritaría. El ruido, por lo demás, nada tenía de terrible, ni menos de hostil para mi persona; fué, sin embargo, parte á sacar mi espíritu de su meditación, haciéndole tornar á la vida real: volví en mí, desperté y me encontré rodeado por multitud de niños y niñas revoltosos, juguetones y alegres, todos con el semblante risueño, la frente sudosa, el cabello graciosamente desordenado, fatigoso el aliento como de haber corrido: si el sueño en que yo me hallaba sumido era bello, el despertar no pudo ser más encantador; aquellas lindas cabecitas levantadas todas hacia mí, aquellas miradas francas y cariñosas, aquellas manitas que se apoderaban de las mías y tiraban de mí suavemente para conducirme no sabía yo hacia dónde, ofrecían á mi vista tan regocijado cuadro que me habría creído rodeado por ángeles.

—¿Qué es esto? ¿qué queréis, hijos míos? ¿á dónde me lleváis? les pregunté.

Las carcajadas de las niñas comenzaron entonces con mayor fuerza, y la algazara fué mayor, y su regocijo más ruidoso. Por último y dando tregua á la risa, una de las niñas me dijo:

—Pero padrino, ¿no me conoces? ¡Soy María! Ven, ven, que aquí está papá, y los de estas niñas, que todas son amiguitas nuestras; se alegrarán mucho de verte; hemos venido á merendar, y estábamos jugando cuando te vimos venir. Creíamos que vendrías con nosotras; pero como seguías y te marchabas sin decir nada, te hemos cogido y te llevamos.

—Sí, sí, te llevamos, gritaron todos.

Aquello era un secuestro en todo regla, y no había medio de resistirlo, ni yo lo pretendí siquiera.

No bien comenzó la hermosa niña que me había llamado padrino su improvisada peroración, fijé en ella la mirada y me sorprendí de no haberla conocido antes.

No solamente era para mí conocida y queridísima la niña cuyo nombre había ella misma dicho, sino que también eran mis amigas la mayor parte de las niñas que á la sazón me rodeaban y brincaban y gritaban con gozo á mi alrededor.

Mi distracción por una parte, por otra, el mayor brillo de las miradas producto de la agitación y el movimiento á que se habían entregado aquella tarde; el desorden de su traje empolvado, el color encendido del rostro, gracias á la saludable influencia del sol y del aire, todo en fin contribuyó en un principio á desorientarme; pero cuando casi todas me fueron conocidas, comencé á repartir besos en aquellas frescas y rosadas mejillas, fui correspondido con efusión, y habiendo preguntado dónde estaba la gente formal de la familia, prestáronse todas á guiarme.—No, las dije yo, no, seguid jugando; basta con que me digáis á dónde están, que yo los encontraré.—¡En seguida! Para que te pierdas y luego no te veamos; no, no, todos te acompañaremos, dijo mi ahijada, y cogiéndome de la mano se puso en marcha; así anduvimos, escoltados por todos los otros niños, hasta un sitio algo apartado, á que la copa de añosos y corpulentos árboles prestaba sombra, en la cual, con el abandono de quien pretende olvidar por algún tiempo enojosos cuidados y negocios molestos, reposaban padres, madres y hermanos de aquel enjambre infantil que me conducía prisionero.

Cuando estuvimos á pocos pasos de la familia, se soltó mi ahijada, que me llevaba ó á quien llevaba yo de la mano, y adelantándose un poco á la comitiva, gritó:

—Papá, aquí traigo al padrino; nos le hemos encontrado por ahí, que iba durmiendo la siesta, y le hemos cogido; tiene que comer con nosotros.

—Y habéis hecho muy bien, dijo el padre, levantándose para darme un abrazo y presentarme á las escasísimas personas, de las que allí se encontraban, que no fueran ya amigas mías.

—¿Y comerá con nosotros el padrino? preguntó María.—¡Pues no ha de comer! contestó el padre: y él que no comiera, nos lo comeríamos á él. Aquí no hay término medio: comer ó ser comido, continuó sonriendo, que elija.—Mi elección está hecha, respondí, y aun sin esa amenaza de antropófago lo estaría. Comeré aquí, y en verdad que lo haré con gran apetito.

Era el padre de María un amigo antiguo de mi familia; habíame tomado gran afecto y me había distinguido con su confianza desde mis primeros años. Puedo asegurar sin mentir que había sido mi segundo padre. Cuando nació María, nacimiento que costó la vida á su madre, el desconsolado viudo formó, no puedo explicarme por qué, verdadero empeño en que yo sacase de pila á la huérfana, así la llamaba, y yo ni me negué, ni me habría negado aunque otra cosa más difícil hubiera exigido de mi sincero afecto.

Cuando apadriné á María, era yo muy niño, y debo confesar que mi oficio de padrino hizo nacer en mi corazón verdadero y profundo cariño hacia mi ahijada, y lo merecía ciertamente. Cuantos la conocían la adoraban: lindísima, de cabellos rubios y ensortijados, de ojos azules y expresivos, era la verdadera alegría de la casa; yo que no he conocido el amor de padre, pienso que ningún padre podrá amar á sus hijos más que yo amaba á María.

Á las otras niñas que con María jugaban queríalas yo también entrañablemente, aunque sospecho que entraba para mucho en este cariño la circunstancia de ser ellas amiguitas de mi monísima ahijada.

Dicho esto, no necesito añadir si me agregué gustoso y regocijado á una reunión en que sólo buenos amigos había; tomé asiento, y como por encanto víme rodeado de niños y de niñas que se acomodaron casi instantáneamente en torno mío.

¿Era que se hallaban fatigados de corretear y de agitarse todo el día y necesitaban descanso? ¿Era que, con ese instinto infalible de la infancia, adivinaban que conmigo iba la felicidad y que dentro de mi pecho existía latente un tesoro de cariño que yo necesitaba compartir con alguno?

No sabré decirlo; recuerdo sí que me encontraba completamente á gusto en aquel círculo de querubines.

Ni sé lo que hablamos ni en qué departimos, pero recuerdo que hablamos mucho y que se nos pasaron deliciosamente y sin adver-

tirlo las más pesadas horas de la tarde. Cuando los jefes de aquella expedición dieron las órdenes de preparar la comida, éramos todos, ellos y yo, íntimos amigos. Había sobre todo entre las compañeras de María tres niñas de su misma edad, sobre poco más ó menos, que llamaron grandemente mi atención. Las tres y María eran, sin disputa, las más bonitas, no sólo de las que allí estaban, sino también de las que yo conocía.

Verdad es que pocas veces la casualidad habrá podido reunir cuatro criaturas tan profundamente dotadas de encantos.

En nada se parecían unas á otras; representaba cada cual un tipo de belleza propio, pero eran lindísimas las cuatro, y el ánimo parábase indeciso contemplando aquellos rostros pequeños y agraciados, sin poder dar en justicia la preferencia á ninguno.

Ya he dicho que María era blanca y rubia; de mirada tímida, pero al propio tiempo insinuante y cariñosa; otra había de tez morena y cabello negro, ojos negros también rasgados y atrevidos; no ví una sola vez bajar los ojos á esta infantil hermosura. Entre estos dos tipos perfectamente distintos y que formaban, por decirlo así, los extremos de la escala, hallábanse colocadas las otras dos niñas á quien me refiero, lindísimas también, también encantadoras, aunque de menos pronunciados caracteres.

La comida fué alegre, y amenizada á cada paso por esas mil ocurrencias y esos graciosos incidentes que son el condimento y el aliño más sabrosos de las comidas de campo; terminada ésta, los comensales dirigieron sus pasos en una y en otra dirección: éste para decir requiebros á la mujer adorada, aprovechando aquellos momentos de reposo; aquél para contemplar á los cachazudos pescadores de caña que en el próximo río ejercitaban simultáneamente su longanimidad y su paciencia; los niños para tornar á sus juegos, suspendidos por algunas horas.

Las cuatro niñas, cuyas edades juntas no llegaban á componer cinco lustros, prefirieron estar á mi lado y continuar nuestra conversación interrumpida.

—Y ya que somos amigos, dije, quiero saber vuestros nombres, porque los amigos deben saber cómo se llaman sus amigas.

Ésta, añadí, señalando á mi ahijada, sé que es María, y tú ¿cómo te llamas? pregunté á la morena.

—Yo me llamo también María.

—Y yo, María.

—Y yo, María.

Dijeron casi al mismo tiempo las tres niñas, y se reían como locas, haciéndome reír también, porque el buen humor es siempre contagioso.

¡Cosa extraña! Por uno de esos singulares contrastes, que nadie ha conseguido explicar, pero que todos hemos advertido alguna vez, y que asocian las mayores alegrías á los más tristes sentimientos, en medio de aquella atmósfera de candor, de pureza y felicidad, respiré un instante, un instante sólo, aire de tempestad. Me pareció que alguna desgracia reservaba el porvenir á las cuatro niñas, á los cuatro ángeles que, cerca de mí, tan descuidadamente se divertían, y algo así parecido al deseo de convertirme en su defensor pasó por mi mente: ¡pobre defensor, en verdad! Aquello duró poco; pasó por mi espíritu iluminándole un momento como ilumina el relámpago las oscuridades de la noche; quedó, sin embargo, en mi corazón la necesidad de ligarme de algún modo á aquellas niñas sobre cuyas serenas frentes veía yo ó había visto cernerse la desgracia.

Entonces, sin darme cuenta de lo que hacía, sin comprender lo que había de pueril en mis temores, sin advertir lo que en mis actos pudiera haber de ridículo, saqué mi cartera, en uno de cuyos secretos guardaba yo, como reliquias, cinco medallas de plata, modesto adorno, en otro tiempo, de un rosario que mi pobre madre usó en los últimos años de su vida. Aquellas medallitas que mi madre me había entregado poco antes de morir, y al darme con su bendición su último beso, eran para mí cosa sagrada, eran el recuerdo santo de mi santa madre, teníalas yo como prenda segura de tranquilidad y de bienandanza: no vacilé en repartir con aquellas inocentes criaturas lo que yo juzgaba garantía de felicidad.

—Vamos, niñas, las dije, por haber sido buenas conmigo y para que os acordéis mucho de mí, os voy á dar una medalla á cada una. Guardadlas siempre, porque os las da un buen amigo, y ya aprenderéis, con el tiempo, que los buenos amigos son muy escasos. Procurad no perderlas; á mí, mientras las he llevado, me han traído la suerte: á vosotras os la darán también. Os las regalo porque os quiero mucho, y porque quiero que seáis muy felices, tan felices como yo lo he sido hoy, como lo soy en este momento.

Las niñas agradecieron con mil extremos el regalo, y con seriedad encantadora me ofrecieron solemnemente conservar el recuerdo. Una me prometió que haría ella misma, cuando supiese, un cordón de seda para llevarla colgada del cuello; díjome otra que encargaría á su hermanito que le hiciese un marco para adornarla con más lujo; y mi ahijada, que, al cabo, podía darse ciertos aires de

ama de casa, pues por su mediación habíamos hecho conocimiento las otras niñas y el padrino, tomó á su cargo, así lo dijo, el recoger la medalla á la niña que no fuese buena, para devolvérmela en seguida: por mi parte, ofrecí no olvidarlas nunca y ser siempre buen amigo suyo.

Cambiados estos recíprocos ofrecimientos y próxima ya la noche, me despedí cariñosamente de aquellas queridas amigas con quienes tan *seriamente* había conversado, estreché la mano del padre de mi ahijada, y saludando á los demás expedicionarios, regresé á Madrid, no menos feliz ciertamente que había salido, pero profundamente preocupado y con cierta melancolía en el ánimo, melancolía cuya causa no podía yo comprender, y para la cual no encontraba explicación.

Las alegres canciones de los que tornaban á sus hogares, el ruido de los cascabeles de las mulas que arrastraban los ómnibus, el chasquido del látigo con que el mayoral estimulaba al ganado perezoso, los juramentos del zagal mal humorado, los mil ruidos diversos con que suele despedirse un día de fiesta en las poblaciones grandes, producían en mi espíritu extrañas impresiones.

Aquella noche soñé con María... y no fueron alegres mis sueños.

## II.

### VEINTE AÑOS DESPUÉS.

Acabo de pasar la vista por las líneas anteriores, y á pesar mío se han llenado mis ojos de lágrimas.

¿Qué resta hoy de todo aquello? Nada: un triste recuerdo en mi memoria; acaso vaga y confusa reminiscencia en la imaginación de alguna de aquellas preciosas niñas; nada más.

Aquella felicidad de un día se desvaneció pronto y nunca tornó. La mayor parte de los que entonces estrecharon mi mano, han desaparecido del mundo de los vivos: aquellos expresivos semblantes que me sonreían siempre y que yo tenía la costumbre de hallar con frecuencia en los teatros, en el café, en los círculos políticos ó literarios, no sonríen ya; sólo son á estas horas un montón de polvo hediondo y repugnante. Por donde quiera que voy, encuentro caras completamente desconocidas; todo para mí es nuevo: el público en los espectáculos, los poetas celebrados, los artistas aplaudidos, la belleza de moda, los políticos influyentes; ¡tanta transformación cabe en veinte años! Increíble parece que en la quinta parte de un siglo se haya renovado tan por completo una generación.

Azares de la fortuna por una parte, exigencias de la familia por otra, y sobre todo y ante todo, la muerte inesperada de la mujer á quien yo idolatraba, de la que consideraba yo como mi solo, mi único, mi eterno amor, impulsáronme á dejar mi patria pocos meses después de aquel día venturoso, y fuera de España permanecí diez y nueve años. En los primeros tiempos de mi ausencia recibí, tal cual vez, cartas de algún amigo cariñoso y constante; después mi correo fué menguando poco á poco; redújose casi á dos ó tres cartas por año; andando el tiempo, aun estas cartas cesaron de recordarme mi país, y acabé por no recibir otras noticias que las publicadas en los periódicos. En honor de la verdad, debo decir que el padre de María fué el último que se olvidó de mí, y declaro también que su olvido fué el que me pareció más doloroso. ¡Pobre amigo mío! Supe después que había muerto en Fernando Póo, á donde el enconado rencor de sus enemigos políticos le habían deportado.

Cuando al cabo de veinte años regresé á España, ya lo he dicho, parecía que la capa social se había renovado. En el primer instante todo producía en mí verdadera confusión y casi total aturdimiento.

Todo era para mí nuevo y extraño, y yo á mi vez era asimismo extraño y nuevo para todos.

Pronto adquirí nuevas relaciones, contraí pronto amistades nuevas, frecuenté otra vez círculos y teatros; pero ¡ay! ¡Cuán diferentes aquellas relaciones de las relaciones antiguas! ¡Qué frías aquellas amistades, cuando con las amistades de la infancia las comparaba!

Desanimado entre tanta animación, inmóvil dentro de tanto movimiento, solo en medio de tanta gente, llevo conmigo el desaliento y el hastío en el lugar mismo que ocupaban antes la esperanza y el entusiasmo: incómodos inquilinos son éstos, que en vano procuro desalojar del lugar de que por asalto se han apoderado.

Acompañado de varios amigos,—¡¡amigos!! de alguna manera he de nombrarlos,— entré una de las noches del Carnaval último en el baile de máscaras que la Sociedad de Escritores y Artistas celebraba en el Teatro Real.

Los apasionados á esta clase de espectáculos aseguraban que el baile estaba admirable y sorprendente el salón; es posible: yo paseaba por el salón mi aburrimiento, como lo hubiera paseado por cualquiera otra parte. Aquello, ni me divertía más, ni me aburría menos que cualquiera otra cosa. Cada uno de mis amigos encontró pronto quien, colgándose de su brazo, le diese bromas más ó menos oportunas; á mí nadie se acercó; ¿cómo, si nadie me conocía?

Después de veinte años de ausencia, ¿qué broma puede darse á un hombre que se fastidia? Ni yo conocía á nadie, ni nadie me conocía. Después de dar unas cuantas vueltas, tomé la prudente resolución de abandonar el baile, no sin preguntarme con cierta curiosidad á mí mismo; ¿qué he venido á buscar aquí?

Sin encontrar contestación á la pregunta, disponíame ya á salir del salón, cuando una máscara, pronunciando mi nombre, se apoderó, sin cumplimento, de mi brazo, y casi á remolque me arrastró de nuevo al centro.

La cosa no era original ni podía parecer extraña en aquel sitio; debo confesar, sin embargo, que me sorprendió mucho, pues no imaginé encontrar en el baile quien conociera mi nombre: esto no obstante, me dejé guiar por mi compañera, y apenas repuesto de mi sorpresa, comencé á examinar á la tapada en busca de algún indicio revelador: mis investigaciones resultaron del todo infructuosas. La máscara parecía hermosa, pero sabido es que todas las máscaras lo parecen: era distinguida y tenía talento; de ambas cosas adquirí la certeza, desde que la miré despacio y escuché sus primeras palabras; pero estaba seguro de no conocerla, ni aun viéndola sin careta; así se lo manifesté; mas ella, sin fingir la voz, me dijo: —¡¡Sí!! me conoces, me conoces mucho, aunque no tanto como yo á tí; es posible que me hayas olvidado ya, es posible que aunque me vieses sin careta no me conocieras al pronto, pero sería bastante una ligerísima indicación mía para que recordaras nuestro antiguo conocimiento. Hemos sido muy amigos, mucho. Yo te he querido siempre, y creo que tú me has querido también; pero, ¿te sorprende eso? pues ahora voy á decirte algo que te sorprenderá mucho más. Tú has venido aquí por mí, y yo he venido por tí.

No pude menos de sonreirme.—Te equivocas, contesté, por lo menos en la mitad de lo que has dicho, si ya no es que trates de engañarme en la otra mitad. Que tú hayas venido aquí por mí, por lisonjero que sea para mi amor propio, no lo considero probable; mas al cabo, podrá suceder; pero ten por seguro que no pensé ni remotamente, al entrar en el baile, que tendría tan afortunado encuentro.

—Ya sé, replicó ella, riéndose y mostrando al hacerlo menudos y blanquísimos dientes, ya sé que tú no has venido á buscarme; pero yo deseaba verte, y para eso he venido, y por eso he intrigado con tus amigos para que te traigan. De suerte que has venido, aunque sin saberlo, por mí, y yo sabiéndolo he venido por tí.

—Yo acepto y agradezco esa explicación; la cosa me parece de-



masiado hermosa para ser verosímil; pero, en fin, sea: ya estamos aquí, y ahora ¿para qué me quieres? Supongo que no será para decirme que me conoces.

—No, me dijo en voz baja, y que no sé por qué me pareció algo conmovida; tenía encargo de entregarte una cosa; el encargo era para mí sagrado, no me preguntes por qué. Debía y quería hacerlo yo en persona y dártelo en propia mano. No había otro medio para hacerlo que éste. Mira, ¿ves aquel palco bajo, donde están aquellos capuchones negros con careta azul? Allí está mi familia; acompáñame hasta allí y en el pasillo, al despedirnos, te entregaré lo que para tí he traído.

—¿Y no puedo saber lo que es?

—Ya lo verás.

—¿Y es cosa tuya?

—No, respondió, después de vacilar un momento; de una amiga mía. Es un paquete lacrado y sellado.

—¿Y qué debo hacer con él?

—Por ahora guardarle; cuando llegues á tu casa lo abres; entonces sabrás lo que ahora preguntas.

Entretanto nos hallábamos ya en el pasillo de los palcos bajos; la máscara dió dos golpes en la puerta de un palco, que abrieron inmediatamente: soltó entonces mi brazo, y mientras con una mano cogió la puerta como para abrir, aunque en realidad para impedir que se abriese más y que las personas que estaban dentro presenciasen nuestra despedida, con la otra mano, que yo estreché entre las mías, alargó un diminuto paquete, cuyo aspecto exterior nada decía á mi curiosidad.

Guardé el paquete, y estrechando la mano que la incógnita me abandonó con cierta expresión cariñosa, la pregunté:

—¿Nos veremos otra vez?

—Creo que no, dijo; y no sé si fué ilusión, pero se me antojó que su voz temblaba y que asomaban lágrimas á sus ojos.

—¿Por qué no hemos de vernos, si, según dices, tanto nos hemos querido?

—Por eso; porque nos hemos querido, y... ya... ya... no podemos querernos, dijo; y sacando con un brusco movimiento su mano de entre las mías, penetró en el palco y cerró tras sí la puerta.

Entre confuso y sorprendido permanecí algunos segundos como clavado en aquel sitio; por último, y pudiendo más en mí la curiosidad que la emoción, subí á las alturas del paraíso, y allí, en un sitio

apartado, donde me creí á cubierto de miradas indiscretas, rompí el sobre, y dentro de él, cuidadosamente envueltas en papel de seda, encontré tres de las cuatro medallitas de plata que veinte años antes había entregado yo en una tarde inolvidable á mi ahijada María y á sus tres amigas. La vista de aquellas medallas produjo en mí un efecto que en vano procuraría yo describir.

En un momento y como por encanto, me ví transportado á los tiempos aquellos, y me encontré en aquellos risueños lugares: los veinte años transcurridos desaparecieron y me encontré nuevamente rodeado por aquellas angelicales niñas que me miraban con curiosidad y al par con cariño; volví á sentir las mismas tiernas emociones que probé aquella tarde, y un mundo que ya no existía tomó cuerpo y adquirió vida en rededor de mí.

Aquello duró poco; pronto la realidad recobró su justificado dominio en la inteligencia, y comprendí que necesitaba, á toda costa, averiguar quién era mi desconocida, quién era la máscara que me había entregado el paquete; bajé sin detenerme un momento, me dirigí sin vacilar al palco, y llamé apresuradamente en la puerta. Nadie respondió al llamamiento; pero un acomodador se llegó á mí preguntando:—¿Qué deseaba V., caballero?—Quiero entrar en este palco, le dije. El acomodador se apresuró á franquearme la entrada; penetré sin saber todavía á ciencia cierta lo que buscaba allí y lo que debería decir para explicar mi presencia. Nada tuve que decir; el palco estaba vacío.

—¿Y las señoras que estaban aquí? pregunté al acomodador, que me miraba con cierto recelo.

—Hace cinco minutos que se han marchado.

—¿Volverán?

—No lo creo; llevaban sus abrigos y me mandaron que fuese á avisar al carruaje.

Como si hubiera experimentado una verdadera desgracia, regresé á casa profundamente afligido; allí volví á mirar las medallas, que me recordaban á mi querida madre, á mi bondadosa madre, y entonces advertí que dentro del sobre había una hoja de papel que tenía algunas letras escritas en que yo antes no me había fijado. Asíme de este último recurso como náufrago de una tabla, y pude leer, no sin emoción, lo siguiente: «Devuelve á su padrino esas medallas, como se lo prometió cuando niña, su ahijada,—*María*.

»P. D. La medalla que falta está en poder de quien la recibió, porque merece tenerla.»

La cosa podrá parecer pueril, pero confieso que produjo en mi espíritu verdadera revolución.

No dudé ya un momento que el paquete me había sido entregado por mi ahijada. Aquella carta resucitó en mi alma recuerdos que yo creía muertos para siempre; afecciones y cariños que juzgaba extinguidos, y desde aquella noche mi afán constante, mi ocupación preferente fué buscar á mi ahijada ó la máscara del Teatro Real, que, en mi opinión, eran una misma y sola persona.

### III.

#### AVERIGUACIONES INFRUCTUOSAS Y HALLAZGO IMPREVISTO.

Por espacio de muchos días fué la aventura del Teatro Real mi preocupación constante: ni el ejercicio penoso de la medicina, á que con fortuna, para muchos envidiable, me consagraba, ni el estudio que absorbía de ordinario mis horas desocupadas, ni los esfuerzos que hacía para olvidar fueron parte á que dejara yo de pensar á todas horas en María y en aquellas tres niñas, tan bonitas, tan graciosas, á ninguna de las cuales había yo vuelto á ver. Ya mucho antes de la noche á que me he referido había yo procurado indagar el paradero de María; pero mis pesquisas habían resultado infructuosas.

Logré solamente averiguar que apareciendo complicado su padre, mi protector y amigo querido, en no sé qué acontecimientos políticos, fué conducido á presidio con otros correligionarios, y allí los achaques de la edad, de una parte, de otra las privaciones de aquella horrible vida, lejos de la familia, huérfano de afecciones, y además de esto, la falta de recursos produjeron en él una enfermedad que en poco tiempo le causó la muerte: allí, en tierra extraña, rodeado de criminales feroces y de carceleros más feroces todavía, sucumbió mi pobre amigo, dejando quizás á María la miseria por toda herencia.

¿Qué había sido de María? Nadie supo decírmelo. Ni antes del baile del Teatro Real tuvieron buen éxito mis averiguaciones, ni las tuvieron después.

La devolución de aquellas medallas era en verdad significativa. Para mí estaba fuera de duda que la mujer había cumplido la palabra empeñada por la niña: que María había recogido las medallas á sus amigas que no eran dignas de poseerlas y me las devolvía religiosamente; pero si esto era así, ¿por qué no se presentaba á mis ojos?

¿Sería María, por desgracia, indigna también de mi cariño? No quería creerlo, ni me atrevía á pensarlo.



El tiempo, ese constante médico, incansable, paciente, que todo lo cura, que cicatriza todas las heridas, que mitiga todos los dolores, consiguió al cabo que desapareciera mi preocupación; si no olvidé del todo, olvidaba á menudo y pude dedicarme con más ardor que antes al jercicio de la medicina, que proporcionándome, ora dulces, ora terribles emociones, prestaba encanto y animación á mi monotonía existencia.

Una noche, cuando, después de haber leído algunas páginas de mis autores favoritos, me preparaba á reposar, oí que llamaban con violencia y con prisa á la puerta de casa. Estaba yo de sobra acostumbrado á esta clase de avisos para que me asombrara la precipitación; suspendí mis preparativos de descanso y aguardé al criado, que después de recibir el aviso entró diciendo: Señorito, el Sr. Marqués que vive en el principal ruega á V. que baje inmediatamente, que se ha puesto muy enferma la señora.—Dí que ahora mismo bajo, contesté, y sin tomarme más tiempo que el necesario para cambiar la bata por el gabán y ponerme el sombrero, descendí desde mi humilde tercer piso al suntuoso domicilio del opulento magnate, el cual esperaba á la puerta mi llegada, y no bien me hubo visto, se adelantó presuroso, me tendió la mano y con aire de sobresalto y zozobra que no excluía exquisita finura y natural cortesía, me dijo:—No sabe V., vecino, cuánto agradezco que haya V. bajado en seguida. El Dr. X, nuestro médico, vive en el barrio de Salamanca, y habría tardado mucho en venir; vamos, vamos á ver si se calma la pobre enferma.

Mientras siguiendo los pasos del Marqués atravesaba yo espléndidas habitaciones, maravillosamente alhajadas y amuebladas con gusto admirable, examiné á mi vecino con curiosidad; era un hombre como de unos setenta años, acaso más, bien que se encontraba bastante ágil y bastante fresco para esa edad. Su fisonomía, que recordaba vagamente los rasgos característicos del *Simia Troglodites*, no inspiraba respeto, antes producía un movimiento instintivo de repulsión; había algo de lascivia repugnante, la lascivia impotente de la ancianidad, en aquella mirada codiciosa y en aquellos labios constantemente en movimiento; la voz del Marqués interrumpió mi meditación.—¿Podemos entrar, hija mía? preguntó, deteniéndose delante de una puerta que supuse sería la de la alcoba. Nadie contestó; pero un instante después abrieron la puerta por dentro, y una criada, levantando un magnífico *portier*, dijo:—La señora descansa.

—Así y todo, entraremos, dijo el Marqués, y haciéndome pasar

delante, penetramos en aquel templo de la hermosura. Cuanto el gusto más refinado, cuanto la coquetería más exigente puede imaginar y pedir, estaba allí reunido.

No intentaré una descripción; sería inútil la tentativa, fuera de que la impaciencia del Marqués era tal, que me permitió apenas un segundo para admirar aquellas maravillas del arte, y me hizo examinar á la enferma.

Era una joven en todo el esplendor de su belleza; tendría á lo más veintiseis años, y pocas veces había yo contemplado reunidas en un rostro tanta majestad y tanta gracia, tanta dulzura y tal encanto.

El templo era, en verdad, magnífico; pero la diosa era digna del templo.

El Marqués, cada vez más impaciente, volvió á indicarme el lecho de la enferma, y dijo con cierta precipitación febril:—Vamos, vamos, vea V. qué tiene mi mujer. No fuí poderoso á contener un movimiento de asombro; ¡¡su mujer!!, yo la hubiera creído su nieta.

El Marqués, ó no advirtió mi sorpresa, ó no quiso advertirla, y dirigiéndose á su mujer, dijo:—Vamos, hija mía, ya está aquí nuestro salvador, el vecino del tercero, un sabio que, á pesar de ser todavía un muchacho, es ya famoso médico; tú verás cómo te pone buena en seguida.—Estoy mucho mejor, contestó con voz suavísima y moviendo apenas los labios la hermosa enferma. Yo me acerqué al lecho; me pareció el pulso algo alterado, aunque no mucho, y si en general hallé á la enferma un tanto contraída, no encontré motivo alguno para la producida alarma.

—La verdad es, dijo el Marqués, que esos ataques de nervios asustan á los profanos: luego pasan, es cierto, y no dejan en pos de sí ningún daño; pero mientras la paciente lo sufre, es horroroso lo que padecemos los que la amamos y no sabemos cómo auxiliarla ó mitigar al menos sus padecimientos.

—¿Ha tenido la Sra. Marquesa alguna contrariedad? ¿Ha tenido algún disgusto serio? pregunté yo, mientras me disponía á recetar un antiespasmódico.

—No... Es decir, sí; una ligerísima contrariedad ha sufrido.

—No ha sido ligerísima, Marqués, grande, y muy grande, interrumpió la enferma; será una debilidad mía, pero la verdad es que he tenido un grave disgusto.

—Bien, no te incomedes, mujer, contestó el Marqués; tienes razón, como siempre, amiga mía. No vaya á repetirse el amago. En efecto, advertí cierta movilidad en su mirada, alguna contracción en

su rostro y en sus manos, que me hicieron temer un nuevo ataque. Apresuré, pues, la escritura de la receta, dejé las instrucciones necesarias para que la tomase, y ofreciendo á la enferma que aquello pasaría pronto, y que á la mañana siguiente la visitaría de nuevo, salí de la alcoba seguido del Marqués, que me preguntó con verdadera ansiedad:—¿Qué hay? ¿Es grave lo que tiene la Marquesa? .

—¿Grave? No es grave, Sr. Marqués, ni siquiera leve, porque no es nada. Ignoro lo que ha producido el accidente; pero sea lo que fuere, encuentro á la Sra. Marquesa perfectamente.

—Muchas gracias, doctor, muchas gracias: estaba yo de veras sobresaltado. Por lo demás, lo ocurrido, yo debo decirlo y lo diré, que el médico es como el confesor y no conviene ocultarle nada.

Miré V.; mi señora esposa es en todo y por todo una niña. Yo de nada la privo, y ella me ama con verdadero amor: una de las niñerías de la Marquesa es guardar como reliquia santa una medallita de plata que le dió no sé qué gitana cuando era niña todavía, y que, según la Marquesa, es portadora de felicidad: hoy había perdido la medalla, y de aquí el ataque de nervios y el grave disgusto que me ha movido á incomodarle: mientras V. bajaba, la medallita pareció, y por eso la habrá encontrado tan mejorada.

Procuré disimular el efecto producido en mí por las palabras del Marqués y apresuré la despedida. No descansé en toda la noche, lo recuerdo, y la preocupación que ya me había abandonado volvió á apoderarse de mi espíritu. Al día siguiente, y con resolución inquebrantable de averiguar algo, antes de salir á mi visita, me hice anunciar en casa del Marqués; éste salió á mi encuentro hasta la antesala, mostrándose satisfecho y contento,

—Magnífico, doctor, magnífico, gritó así que alcanzó á verme; el ataque quiso repetir, pero apenas probó el calmante por V. recetado, descansó profundamente. Ya está bien. La enferma espera á V. en su tocador; V. habrá de permitirme que le deje con ella y dé una vuelta por mi despacho: tengo que arreglar algunas cartas; y diciendo y haciendo, me introdujo en el elegante tocador, y desapareció.

La bellísima convaleciente me tendió la mano con inimitable gracia, y señalándome un sillón, abordó por sí la conversación que yo iba dispuesto á comenzar, y me dijo:

—¿Se sorprenderá si le digo, doctor, que somos antiguos amigos?

—En mi profesión, Sra. Marquesa, nunca nos sorprendemos por nada: de todos modos, si en esto hubiera sorpresa, aseguro á V. que sería de las más agradables.

—Ayer conocí á V.: me bastó verle entrar para recordar que hace veinte años ¡ya somos muy viejos! me hizo V. un regalo, que todavía conservo.

—Y que ha sido causa de su dolencia de anoche.

—Vamos, ya se lo contó á V. el Marqués; pues, sí; esa medallita que V. regaló á la niña, ha sido verdadero talismán; me ha proporcionado la felicidad, en cuanto es posible la felicidad en este mundo; creo que cuando lo pierda experimentaré una gran desgracia. No se ría V.; será una preocupación pueril, será cosa ridícula, pero la creo firmemente; y por eso, cuando ayer la eché de menos, tuve momentos de verdadero terror.

—¿De modo, que V. es...

—Una de las cuatro Marías que tanto molestamos á V. con nuestra charla insustancial en dicha tarde.

—Que nunca he olvidado, que no olvidaré jamás.

—¿Usted?

—Sí, yo; pero sería largo, sobre ser ocioso, explicar esto; y ahora; Sra. Marquesa, si nuestra antigua amistad me autorizase á ello, preguntaría á V. qué ha sido de las otras tres amigas que con usted y conmigo estuvieron. ¿Continúan siendo, como antes, sus íntimas amigas?

—¡Oh! No; contestó prontamente la Marquesa.

—¿Han muerto, quizás?

—Lo ignoro, amigo mío: es decir, lo ignoro respecto á una de ellas, que perdí de vista hace ya muchos años: de la que, si mi memoria no me es infiel, era ahijada de V., sé que vive; no la trato, porque no puede tratarla ninguna mujer que se estime.

Pero... preparábame á preguntar más, cuando apareció el Marqués frotándose las manos, y después de acariciar á su esposa dándole una palmadita en la barba, le dijo:—¡Vaya! ¡brava liquidación! ¡treinta mil duros de diferencias! ¡Te prometo el aderezo que viste el otro día! ¿Y cómo te encuentra el doctor?

—Está perfectamente.

—¿Á que no sabes por quién me preguntaba cuando tú entraste?

—¿Por quién?

—Por *la María*.

—¿Por la María?

—Sí, me indicaba que ignora su paradero.

—Pero doctor, ¿desconoce V. el paradero de la María? ¿En qué mundo vive V.? ¿Á qué círculos concurre? ¿Qué teatros frecuenta?

Pues si no hay cosa más conocida que la María. ¡Oh! y está guapa, muy guapa; ¡lástima de chica! Y no crea V., estaba muy bien relacionada; ésta fué amiga suya muchos años; y tenía muchas amigas y de gran posición. ¡Lástima de chica, lástima de chica! Se habría podido sacar gran partido de ella.

—Decía también el doctor, añadió la Marquesa, que me convenía tomar baños de mar lo más pronto posible.

—Bien, pues cuando quieras dispones el viaje. Te acompaño á San Juan de Luz y me vuelvo á Madrid, porque yo en estos momentos no puedo abandonar los negocios.

Yo, aturdido, ni pensé en protestar contra la prescripción que la Marquesa me atribuía, ni encontré palabras con que continuar una conversación que se había hecho ya enojosa é insostenible; salí de la casa y no pude olvidar en toda aquella mañana el tono y la expresión con que el Marqués y su esposa hablaban de *la María*.

Poco me costó averiguar el paradero de María; era en efecto personaje muy conocido. Yo, haciendo vida retirada, dedicado exclusivamente á las visitas y el estudio, desconocía por completo la vida del bullicio y de la animación; pero no bien interrogué á los amigos sobre el asunto, cuando uno de ellos exclamó:—¡La María! ¡buen bocado! La rubia más seductora y mejor formada que se pasea por Madrid, y si me apuras un poco, por España.

—¿Pero dónde se la ve? ¿Qué hace? ¿En qué se ocupa?

—¿Dónde se la ve? En todas partes. ¿Qué hace? Nada, divertirse. ¿En qué se ocupa? Por ahora en arruinar al Marqués de N., antes arruinó al banquero B., después arruinará al general P., y así sucesivamente.

—¿Tan hermosa es?

—Cuanto te diga es poco: es verdaderamente una maravilla.

—Celebraría verla.

—Pues es facilísimo: vas á donde haya función de moda, estreno, beneficio ó cosa extraordinaria, y allí está ella. Mira á los palcos; la más elegante, la más bonita, la más coqueta, esa es María. Rubia, ojos azules, cuello alabastrino, seno abultado!... ¡Si no puede confundirse con otra!

Aquella misma noche acudí al Teatro Español; era día de moda y debía de estar allí; y allí estaba. Era ella, en efecto; la conocí á pesar de los veinte años transcurridos. Era ella misma, con su misma mirada cariñosa y cándida, con su sonrisa afable, con su cabello en sortijado, mucho más hermosa que cuando niña. Su palco era el blanco á donde todos los hombres dirigían sus gemelos.



Ella parecía no advertir siquiera aquella admiración general. Sin apartar los ojos del escenario, lloraba como una Magdalena ó reía como una niña, absorbida como una provinciana en los incidentes de la representación.

En uno de los entreactos, yo, sin reflexionar si hacía mal ó hacía bien, siguiendo los impulsos de mi corazón, subí al palco y llamé. Cuando ella me vió allí, manifestó verdadera alegría, y tendiéndome la mano, me dijo:

—Buenas noches, padrino: siéntate. No sabes cuánto te agradezco esta visita. Me tenías tan olvidada... creí que ya ni tú me querías.

—Pues no he dejado de buscarte.

—¿Me has buscado? preguntó María dando una carcajada. ¿Me has buscado? Pero padrino ¿por dónde me has buscado? Yo no me escondo.

—Tienes razon, María; pero es que yo no te buscaba en el teatro; ignoraba tu paradero.

—¿Y quién te ha dicho que aquí me verías?

—¿Quién? La Marquesa...

—¡Ah! Vamos. D.<sup>a</sup> María, dijo con aire un tanto burlón mi ahijada, lanzando una mirada de inteligencia á su compañera de palco.

—Esa señora Marquesa, D.<sup>a</sup> María de la O, es una de las cuatro Marías á quien regalaste una medalla de los Dolores.

—Ya lo sé.

—Esta es otra, me dijo señalándome á su compañera, que sin ser tan linda como mi ahijada, era bellísima también. Esta es la menor de las cuatro, la llamada Mariquita. Pero el acto comienza; si quieres verme y que te cuente cosas curiosas, puedes ir á casa; aunque haya visita y yo no esté visible, te anuncias como médico y no te haré esperar. Adiós.

Cuando bajé á la platea y ocupé mi butaca me dijo el amigo que me acompañaba:—Pero, hombre, ¿estás loco? ¿á quién diablos ocurre presentarse en el palco de la María, delante de todo Madrid? ¡Bonito papel has hecho! Con otra escena como la de hoy te quedas sin clientela. La María es linda, ya lo creo; capaz de trastornar la cabeza mejor organizada; pero ¡diablos! á esas mujeres los hombres serios no las hablan en público. Comprendí que su observación era prudente y callé; poco después mi amigo y yo abandonábamos el teatro.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

(Se concluirá.)

---

En la noche del viernes 26 de Mayo, nuestro querido amigo el Excmo. Sr. D. Jacinto María Ruiz ha celebrado el primer aniversario de la publicación de esta REVISTA, de su propiedad, teniendo el gusto de ver honrada su mesa por varios de los escritores ilustres, académicos y hombres políticos que hasta ahora han coadyuvado á su generoso propósito con sus notables trabajos, ó con los nobles esfuerzos de su interés; sintiendo que la inexorable ley de la impenetrabilidad no haya consentido la asistencia de todos cuantos nos han favorecido con su inteligente ayuda, y lamentando las causas involuntarias de los que á última hora no pudieron concurrir á esta cordial fiesta de la amistad y de la gratitud. Entre los concurrentes se encontraban los Excmos. Sres. Cánovas del Castillo, Castelar, Fernandez-Guerra, Cañete, Alarcon, Campoamor, Menendez Pelayo, Catalina, brigadier Jimenez Palacios, Barzanallana, Romero Robledo, Elduayen, Generales Pavía, San Roman y Echevarría, Marqués de Pidal, La Fuente y Lopez Guijarro.—La mesa fué presidida por las distinguidas Excmas. Sras. de Ruiz y de Elduayen.—No vacilamos, pues, en decirlo: la realizacion del pensamiento profundamente español y civilizador que inspira nuestro periódico está asegurada. Tenemos en ello fe firmísima; por más que sea una fe fácil, la que se apoya en la confianza de seguir contando con el inapreciable auxilio de tan eminente y respetable colaboracion.

---

## CRÓNICA POLÍTICA

30 Mayo.

Esto se acabó: dentro de poco no quedará de aquella Fusion fachenda, que amenazaba tragarse la Tierra, con democracia y todo, otra cosa que la memoria de sus malos hechos. Ya se le ha ido de entre las manos lo más importante del constitucionalismo, y se le ha ido á tambor batiente, declarándola una guerra mortal, sacando

á relucir el viejo cañon de su liberalismo, cargándolo con toda suerte de flagelos oratorios, atacándolo con dimisiones, y disparándolo á boca de jarro contra la que llaman impura, perjura, falsa y reaccionaria situacion de Febrero. Todavía se oye el fragor de la pelea; el humo del combate sube todavía en espiral vertiginosa á los pies de las instituciones; el clamoreo de agresores y agredidos lleva todavía el pavor de otra penuria en perspectiva á matronas y pequeñuelos de la izquierda dinástica, que esperan en sus hoy pagados domicilios la vuelta de los héroes ausentes; el público neutral, imitando el forzoso ejemplo de los conservadores, se hace á un lado; y el País, alzándose sobre sus roídos talones, se esfuerza en vano por ver á través de tanta oscura nube alguna figura simpática, cuando apenas si, en el hueco de algun rasgon del vapor sangriento, alcanza á ver la escasa fisonomía del Sr. Alonso Martinez, llevado en silla de manos, como en carro victorioso, por las dos corpulencias del Ministerio, los Sres. Albareda y Leon y Castillo... Detengámonos un instante en presencia del hecho, no trascendental, porque el espíritu público, á quien alborozan, no lo cree así, pero hasta cierto punto curioso y digno de que toda imparcialidad reflexiva saque de él la moraleja más adecuada.

Que entre hacer algo bueno y fecundo por la Patria, ó tronar como arpa vieja, ocurriría indefectiblemente lo último al fusionismo, era una opinion tan generalizada y vulgarizada como lo está, por ejemplo, la incompetencia del Sr. Camacho en materias de Hacienda. Aun los profetas políticos más optimistas, venían conviniendo en ello mes tras mes y día tras día, y conviniéndolo sin pretensiones, porque ninguno de ellos pretendía negar que la profecía fuese fácil y lógica en grado superlativo. No se forman ¡Dios eterno! grandes y viables partidos por el simple hacinamiento de unas cuantas ambicioncejas desesperadas; no se han constituído ¡cielo santo! nunca, las colectividades políticas, por la única fuerza de voluntad de la necesitada ignorancia. Desde que terminó el embarazo dictatorial de la situacion; es decir, desde que, pasados los nueve primeros meses de despótico aprendizaje impune, se oyó el último quejido del último candidato y del último alcalde conservador, y apareció el partido dominante con el traje constitucional de ordenanza, vestido de mayoría parlamentaria, y se oyó al primer Cañellas, al primer Cañamaque, al primer Villarroya, clamar contra las fechorías prefectorales, y atestiguar, como testigos de mayor excepcion, las enormidades á que el deseo de tener votantes había llevado á don Venancio; desde entonces, desde aquellos primeros instantes de la

Fusion legisladora, que aparecía llevando al cuello, como digna corbata progresista, la sierpe de la discordia; desde aquellos primeros vagidos del Parlamento sagastino, que hizo gala de su única perfección, la indisciplina, todo el mundo empezó á sospechar que esto acabaría, como suele decirse, á capazos, y que el gran suceso antiguo del salón de conferencias, aquella condensación de intereses privados que coincidieron en no poder soportar los discursos del Sr. Cánovas; aquella elección de un directorio que echó las bases de una armonía política de temporada, y de un aborrecimiento individual interminable entre los Sres. Aguilar, Navarro y otros varios; que todo aquel aparente edificio, en fin, de concordia y de unión, toda aquella falange que prometía olvidar su heterogeneidad histórica, no era ni más ni menos que la organización efímera de un Rosario de la Aurora, político. El único español que no lo creía era el Sr. Sagasta, era el primer interesado. Toda España lo sabía, toda España, menos él, como el marido recordado por *el hombre de mundo*. Y cuando la opinión pública, en presencia de las primeras luchas del nuevo reñidero de gallos, empezó á escandalizarse y á protestar, el Sr. Sagasta se reía filosóficamente de la opinión, y la enviaba á la escuela, á buscar quien la enseñase lo que son y deben ser las mayorías liberales. «País ignorante, país degradado, país conservador, país acostumbrado á la asfixia de una autoridad y de una dirección indiscutibles en el seno del canovismo: ¡qué sabes tú de dignidad humana, de independencia individual en la colectividad, de Parlamentos con iniciativa, de mayorías libres! Ahora vas á aprender por vez primera, sin más que mirarme, cómo se puede ser jefe de un partido en que nadie haga caso de la jefatura, cómo se puede presidir, encauzar y dirigir á sus altísimos fines una situación política, dejando que cada uno de los que la componen, apoyan y defienden, haga lo que le dé la gana.»—Así parecía decir el Sr. Sagasta entonces, y así decían casi literalmente sus órganos en la prensa. Á todo lo cual, sin embargo, replicaba la opinión pública con la doble sospecha vehemente de que el hombre de Estado que tales teorías inventaba, no había, evidentemente, inventado la pólvora.

La fácil profecía nacional se ha cumplido, pues, en todas sus partes; la patente falta de aptitud del elegido de Febrero para llevar á cabo la segunda gran etapa gubernativa de la Restauración; esa decadencia demostrada y creciente; esa falta de condiciones y de suficiencia del jefe nominal de una situación en quien tenían derecho á esperar tanto, desde el generoso poder soberano, su gran acree-

dor, hasta el último liberal de aldea que creía de buena fe que el Sr. Sagasta, formando y haciendo funcionar en el Gobierno el segundo gran factor de la Monarquía, la izquierda constitucional, completaría sólida y definitivamente la obra salvadora de 1875; esa incapacidad, ya evidente y notoria, que hasta á los adversarios del patricio apócrifo nos hace ruborizarnos cuando pensamos que puede fijarse en España la atención y la mirada de las libres monarquías europeas, ha dado al traste, como no podía menos, con su propia obra, en el escaso período de quince meses, y por el triste y único procedimiento del suicidio. ¿De qué será capaz el Sr. Sagasta, cuando no ha sido capaz de conservar á su lado los amigos, los auxiliares, los adalides más significados de su historia opositorista? ¿Qué vulgaridad de entendimiento, de experiencia, de medios de acción, de prevision y de tacto político es ésa, que no ha conseguido que sigan apoyándole los que le sostuvieron, creyéndole, en una larga desgracia; ni qué libertad monárquica, ni qué orden de cosas serio y trascendental puede descansar en tal inteligencia y en tales hombros? Linares Rivas, Lopez Dominguez, Navarro Rodrigo, Gonzalez Fiori, representan ¿quién puede negarlo? el constitucionalismo puro, la oposicion liberal de los cinco años, los sillares y cimientos, por decirlo así, del edificio sagastino. El Sr. Sagasta, no sabiendo, ó no queriendo, que es lo mismo, si no es peor, mantenerlos á su lado; destruyendo, y destruyendo desde el poder su propio partido, quitando por su propia mano una por una las piedras angulares de su obra, quedándose sólo con los Moreno Benitez y Muñices, como representantes y asociados más notables de un liberalismo tísico, dejándose arrebatarse, en suma, la bandera que tanto pretendía amar; merece, como diría algun Tayllerand, si todavía los hubiese, una cosa mucho peor que el resentimiento hostil, que el rencor activo de sus antiguos compañeros de armas; merece que al fin y al cabo no haya un liberal que se acuerde del santo de su nombre. Y, en efecto, la importancia, la reputacion y la autoridad del Sr. Sagasta corren á todo vapor por este camino de la desdeñosa indiferencia general, que, segun todas las señales, será su porvenir definitivo.

Los argumentos esgrimidos contra el ex-coloso abandonado por los disidentes del Congreso en la discusion del juicio oral, no han sido en el fondo más que la demostracion de esa ya incuestionable falta de títulos con que el Sr. Sagasta venía ocupando el primer lugar de hecho en la parcialidad que le llevó al poder, y la abnegacion, hija mixta de la costumbre y de las conveniencias accidentales, con

que se le toleraba y mantenía en él. Eso quiso decir el Sr. Linares Rivas al recordarle que su partido había prometido el Jurado en la oposicion, no como parte y recurso de una larga farsa oratoria, sino creyéndole una solucion necesaria del advenimiento de una política que aspiraba á dejar sin programa, dentro de la monarquía, al republicanismo. La respuesta del Sr. Sagasta proclamando la necesidad del aplazamiento para una reforma que él, con la mano en la conciencia, cree que necesita estudiarse, ha parecido, y con razon, al Sr. Linares eminentemente sarcástica. Si el País debiera aguardar á que el Sr. Sagasta estudiase algo, y le expusiera el resultado de sus estudios, el País se condenaría á petrificarse aguardando. ¿Tiene el País noticia ni prueba alguna de que el Sr. Sagasta haya estudiado algo desde que salió de la escuela de ingenieros y tomó parte en el primer complot progresista de su historia? Eso quiso decir el señor Navarro y Rodrigo al explicar su abstencion y la de su grupo, y exponer axiomáticamente la necesidad de que el dinastismo liberal siga imperturbablemente, inexorablemente, su marcha y su inclinacion hacia la izquierda, inspirándose en el criterio, en el espíritu, en las soluciones, en las obligaciones morales y políticas de la izquierda, y no falseando desde el Ministerio el sentido, la mision y la aspiracion de ese criterio. Eso quiso, en fin, decir el Sr. Gonzalez Fiori al soltar de sus labios la verdadera avalancha de terribles verdades con que aplastó al banco azul. Cuando se viene al poder en nombre de unos principios, y se olvidan deliberada y sistemáticamente desde el primer día, y no se hace política alguna, ó si se hace es imitando con flagrante inmoralidad la del partido á quien no se escasearon las mayores violencias para arrojarle del poder; cuando no se tiene el valor de la sinceridad para declararse teóricamente arrepentido, ni el valor moral para abandonar un puesto donde no se puede hacer lo que una y mil promesas de honor anunciaron; cuando se ofrece el Jurado, y se aplaza, y la abolición del juramento, y se esquiva, y la aplicacion de la base 5.<sup>a</sup> arancelaria, y se mixtifica, y la abolicion de la ley de imprenta, y se mantiene; y en cambio no se ofrece ni se dice una palabra sobre ningun tratado de comercio en que deba sacrificarse, por puro amor á la ciencia, la industria nacional, y esto es lo único que se cumple por encima hasta del orden público; cuando así, premeditadamente, con plena conciencia de lo que se hace, se hace todo lo contrario de lo que se prometió al País, á las instituciones, á la libertad; y en vez de una situacion política antagonista de toda tendencia autoritaria é intransigente, parece buscarse con cierto delirante amor la impopularidad y la resisten-

cia; cuando todo esto se hace, el partido, ó los hombres que lo hacen, engañan sencillamente al País, á las instituciones y á la libertad, en concepto del Sr. Gonzalez Fiori, y de todos los españoles que hayan leído su discurso.

Pero, por justa y grande que sea la indignacion de la disidencia, todavía es mayor su desconsuelo al ver y señalar la personalidad política cuya influencia, cuyos consejos, cuya imposicion parecen ser y resultan ser dueños absolutos del ánimo inconsistente del señor Sagasta. Se han trocado los frenos, en efecto, en esta descomposición fusionista, de una manera profundamente lastimosa. Si el público hubiera visto determinarse la disidencia en sentido y en direccion contrarios; si el público hubiera visto separarse del Sr. Sagasta al centralismo, á la minoría, á la derecha fusionista, huir del banco ministerial á los Sres. Alonso Martinez, Vega de Armijo y Martinez Campos con su obligado apéndice el Sr. Pavía, romperse la Fusion por la iniciativa y la resistencia liberal de sus miembros liberales, por el predominio natural y decoroso del criterio liberal en una ó en varias soluciones de gobierno, ni el público lo hubiera extrañado, ni hubiera escaseado sus aplausos á la consecuencia de los que se quedaban con su enseña de siempre en el Gobierno, ni las instituciones hubieran tenido motivo para creerse defraudadas en sus nobles y altos propósitos, ni la benevolencia democrática hubiese temblado de pena y malestar ante la evidencia de su inútil sacrificio. ¡Qué asombro, pues, qué justo y doloroso asombro no tiene derecho á sentir en sus entrañas la izquierda que se ha ido, al ver que ha sido ella la obligada á irse, al ver prevalecer y triunfar en la situacion la tendencia de la impía, retrógrada derecha, al ver al Sr. Sagasta dejarse inundar y ahogar, como si en toda su vida no hubiese sido liberal de veras, por el agua mansa, disolvente y corrosiva del centralismo, y delegar sus plenos poderes en el señor Alonso Martinez, declarándose enamorado de su astucia y dispuesto á morir abrazado á él como á su mejor, á su único, á su irresistible amigo! ¿De qué medios persuasivos y omnipotentes dispone ese Ministro de Gracia y Justicia, que hasta ahora sólo conocíamos por el movimiento continuo de sus saltos espontáneos entre todos los partidos gobernantes de España, para que la Fusion haya quedado sometida, como esclava dócil, á su autoridad incomprensible, y reducida á la parodia de un mal partido conservador?

El sucesor tácito, el suplantador latente del Sr. Sagasta á la cabeza del resto de la Fusion gobernante, blanco, objetivo y tema de las iras disidentes, no pudo menos de darse por aludido y de le-

vantarse en nombre de su derecho de defensa. Pocas veces se ve un hombre político en situacion tan grave y tremenda. Se le acusaba de haber minado, socavado, hecho hueco y vacío el propio seno del último partido que con tanta imprevision y torpeza facilitara su último nombramiento de Ministro. La opinion pública, no hay forma de negarlo, esperaba con honda curiosidad su defensa. Todas las cuestiones, vicisitudes é incidencias más ó menos escandalosas de la actual cosa pública en general, perdieron por un momento su importancia. La asamblea federal, ya reunida en Madrid, y que elabora en las barbas del Gobierno de la monarquía los presupuestos generales del Estado dividido en nueve mil soberanías autónomas; el hambre de Andalucía, cuyo proletariado agrícola ha empezado á practicar por sí mismo y para sí mismo el reparto socialista del pan ajeno; la cola del infeliz Banco de España aplastado bajo su propia cartera henchida de los *cuatros* camachistas; las partidas separatistas de Cataluña, que el carlismo, que duerme siempre con un ojo abierto, empezaba á saludar con su más fraticida sonrisa; las fincas y propiedades de los contribuyentes morosos, amenazadas de salir á subasta por centenares; todos los detalles, todos los perfiles más gráficos y elocuentes del resultado general de la gobernacion sagastina, se borraron por un instante del conturbado espíritu público. Iba á hablar el proto-acusado, el intolerable universal, el trastornador y desvirtuador de todas las políticas que han tenido la mala fortuna de albergarle en su seno.—¿Qué iba á decir la gran travesura absorbente, por cuya culpa alguien cree ver oscilar en estos días hasta la lápida que en la Cámara popular contiene el nombre del General Prim? ¿Se nos revelaría, en fin, algo del gran secreto, algo de la naturaleza del gran narcótico que ha infundido en Sagasta un sueño de piedra, y que tiene en pleno marasmo triste y enervante á Gonzalez, á Albareda, á Leon y Castillo?...—No fué ésta, empero, la revelacion del Sr. Alonso; fué otra todavía más curiosa y sorprendente. Viendo, sin duda, el Sr. Alonso Martinez en el fondo de la oposicion que de todos los puntos del cuadrante político sopla y arrecia en su daño una ignorancia suprema del sentido íntimo que ha tenido, tiene y debe tener la Fusion, se dignó explicarlo á los ignorantes, que eran todos los que le escuchaban, con la célebre *trinidad non sancta*, que dijo el General Lopez Dominguez, con aquel triple reparto de los primeros papeles de la pieza que empezó á representarse en Febrero, y cuyo último acto esperamos que ha de terminarse entre diez y siete millones de silbidos.

«Aquí, vino á decir el valeroso Ministro, aquí no hay más que tres



ideas, ó tres principios, encarnados en tres hombres, á saber: la libertad, que es el Sr. Sagasta, digan lo que digan sus émulos; la Monarquía asegurada de toda sombra de contrariedad, que es, y pongo al cielo por testigo de ello, que no me dejará mentir, el General Campos; y por último, la Constitucion vigente, que es ¿quién dirán ustedes que es la representacion grande y viva de la Constitucion vigente; vamos á ver? Pues la Constitucion, modestia á un lado, esa Constitucion, que aunque ha parecido olvidada una docena de veces en lo que llevamos de poder, como, por ejemplo, en lo del semestre sin presupuesto, y en lo del contingente militar, y en lo del estado de sitio, etc., etc., ha regido, sin embargo, con escrupulosidad, para lo que constituye el resto de España fuera del Ministerio; esa Constitucion, quien tiene el honor de representarla y simbolizarla es un servidor de ustedes, es mi propia persona, que podrá tragarse la tierra alguna vez, pero que no se tragará ninguna envidia, por liberal que sea.» Y dicho esto, y antes de que el mísero trinitario tuviese tiempo de creer siquiera que había dicho una gran cosa, y que se le debía forrar de laurel el banco en que descansaba, la voz sóbria, la voz moralmente tremenda del ya citado General Lopez Dominguez, anticipándose á la carcajada peninsular, exclamó: «¡Medrada estaría la libertad si no tuviese otro fiador que el gran sonámbulo mi antiguo jefe; medrada estaría la Monarquía si no contase con defensor más eficaz que el General Martinez; medrada estaría la Constitucion si hubiese venido á compendiarse en el estrecho receptáculo que el Sr. Alonso le atribuye!» Y España entera exclamó al oír al General Lopez Dominguez: ¡Es verdad!— Y rompió á reirse de la situacion en general, y de algun Ministro en particular, como un solo hombre. Y sigue.

Pero á todo esto, nada hemos dicho al pacienzudo lector de la verdadera discusion del Jurado; y ya se ha hecho realmente sobrado tarde para que emprendamos su extracto. Por otra parte... ¿por qué no hemos de decirlo? con la mano en la conciencia creemos nosotros que, discurso técnico, notable y contundente sobre esa institucion, que es, como dijo con cierta profundidad el Sr. Ortiz de Zárate, á la Justicia seria, eficaz y buena, lo que la milicia nacional fué al ejército; discurso digno del sintetismo científico y político que el asunto envuelve, no se ha hecho, con perdon sea dicho, más que el discurso del Sr. Bugallal, que fué precisamente el último de la coleccion; cumpliéndose en él, sin duda, aquella estimulante promesa evangélica de que los últimos serán los primeros. Aconsejamos, pues, en nuestra premura y falta de espacio, al lector inteli-

gente, que no se prive de su lectura. Ella le hará ver campear en ese notable discurso toda la brillante lucidez sistemática de la buena escuela conservadora en sus más graves aplicaciones. Aquella honrada resignación del Ministerio Cánovas en presencia del Estado del Tesoro público, que imposibilitaba, á todo el que no sintiese hervir en su sangre un camachismo terremótico, el planteamiento costoso de la gran reforma de nuestra administración de Justicia; aquella gratitud conmovedora, y con tal aticismo expresada, al ver prolijados, imitados y aceptados humilde y servilmente por el liberalismo jactancioso los procedimientos conservadores en esta y otras cuestiones; aquella suave reconvención constitucional dirigida al Sr. Sagasta por la irreflexiva frecuencia con que, faltando á rudimentales consideraciones parlamentarias, habla en el Congreso de lo hecho por el Senado, y viceversa; aquella falta de entusiasmo, y nada más que falta de entusiasmo, aunque es bastante, que los conservadores se permiten sentir hacia el Jurado; aquella generosidad en no aplaudir al Sr. Ministro autor y casi copiador del proyecto, por no alarmar más á la mayoría, que hartó lo estaba en su daño; aquella conmemoración de las apostasías gloriosas de los principales adalides revolucionarios, con el gran Salmeron incruentista á su frente; aquella condensación del largo debate en tres proposiciones trascendentales, á saber: primera, el innecesario y perturbador absurdo de abordar la reforma, si sólo se trataba de establecer el juicio oral, exigencia satisfecha ya por una ley del Reino; segunda, la temeridad y el atentado que entraña el obligar á una Cámara liberal á votar el juicio oral sin el Jurado; y tercera, el sofisma, probado por todos los discursos de oposición, de que la actual reforma sea la preparación necesaria para el Jurado mismo; aquella lamentación sobre el carácter de una mera cuestión de cantidad y de urgencia, que oficial y maquiavélicamente se ha querido dar al asunto; aquella apelación histórica al testimonio del Sr. Moret, defensor del Jurado angélico, para probar que si los conservadores esperan algún Jurado, es el que sea serio, digno, capaz de arraigarse en las costumbres públicas, de grandes garantías y de gran confianza, y no el parecido á aquel de 1872, contra el cual atentó, y atentó bien, el propio Sr. Alonso Martinez; aquella promesa, tan comedida como patriótica, de que á pesar de su falta de fe en la institución, los conservadores, que acatan en el advenimiento de la izquierda, no sólo el ejercicio de la prerrogativa soberana, sino hasta los designios providenciales, que es cuanto hay que acatar en el asunto, los conservadores respetarán en su día esta y otras reformas que encuentren sanciona-

das por la opinion; aquella exaltacion de la capacidad del Sr. Ministro de Justicia para la direccion y el éxito de toda comision ó colectividad microscópica, y de su proverbial competencia en toda clase de disentimientos; aquella pura lágrima, en fin, de sensato espíritu científico y de ardoroso españolismo vertida sobre el malhadado proyecto, que involucrando tribunales, delitos y competencias, va á impedir que se vean 17.000 procesos, y á crear una deuda flotante de Justicia y una Magistratura de reemplazo, harán comprender al lector la razon con que el Sr. Bugallal sospecha que acaso, y sin acaso, el menor vicio orgánico del actual progresismo en decadencia, es ocuparse, como sus mayores, en lo que no entiende. Cosa y manía que, si bien honran su piedad filial y el respeto que tiene á las tradiciones de sus mayores, siguen, no obstante, siendo fuente inagotable de calamidades para esta pobre, pobrísima España del Sr. Camacho, que no tiene la culpa de ser madre involuntaria de progresistas. Reciba, pues, el docto, elocuente orador de la minoría conservadora el sincero pláceme que le enviamos por su última obra maestra, y lleguemos al término de estas imparciales consideraciones sobre la espirada quincena política.

En resumen, la Fusion puede decirse que pertenece ya, gracias á Dios, á la historia. Divorciado irreconciliablemente de ella su mejor y más legítimo elemento de significacion liberal; en vísperas de sufrir tantos desprendimientos como cuestiones graves siga llevando á las Cortes; amenazada indefectiblemente de que la actual y las sucesivas disidencias que con la actual se vayan sumando, tomen en esas cuestiones del porvenir la iniciativa que el Gobierno no se atreva á tomar; reducida á deber sus victorias numéricas, que vienen siendo y serán, cada día más, grandes derrotas morales y políticas, á la masa incolora puesta accidental y electoralmente al servicio de D. Venancio, como lo ha estado y lo estará, por desgracia, al de todo los Ministerios, mientras la educacion política del País sea lo que es; constreñida á vivir una vida de perpetua agonía en el seno de su propio Parlamento; circunscrita á un resto de personal liberal indeciso, que todavía continúa en ella por pura consideracion privada al Sr. Sagasta; sin la autoridad positiva de una jefatura, ni de unas capacidades que puedan intentar con éxito su reorganizacion; entregada, en fin, en cuerpo y alma á la predominante tendencia centralista, que, por lo mismo que ya no teme resistencia seria en el vencido jefe, aumentará progresivamente sus exigencias, y dará sin descanso más intensamente su matiz y su carácter al mísero cuadro situacionista, la Fusion no es ni representa en la actua-

lidad otra cosa que el primer fracasado ensayo de la izquierda legal; y el engaño de que habló el Sr. Gonzalez Fiori es la íntima realidad de las cosas. Pero como no hay cosa más socorrida para la memoria de los partidos que el «¡quién pensara!» del desengaño, ni hay cosa como el desengaño para que el desengañado vuelva la cara atrás, y para que el arrepentimiento procure asirse, en su naufragio, á la primer tabla de salvacion que vea ante sus ojos, no hemos de negar que el primer ensayo vano de la izquierda monárquica no es todo lo que la izquierda puede ofrecer á las instituciones y á la expectacion nacional; y que todavía puede hacerse otro, y debe hacerse, tentando é intentando con ello una nueva prueba de formacion del partido liberal dinástico, tal y como el régimen constitucional demanda, y las instituciones son las primeras en desear. La opinion pública empieza á pronunciarse y á inclinarse, indudablemente, en este sentido. Los disidentes primero, y el sentimiento público tras de ellos, se han visto obligados á caer en la cuenta de que tras de la jefatura de hecho del Sr. Sagasta entre los elementos liberales que aceptaron la legalidad de 1875, está la jefatura de derecho, la verdadera, la incontestada del Sr. Duque de la Torre. Si el General Serrano, á quien el patriotismo impone en estos instantes grandes deberes, que no dudamos sabrá cumplir, quiere y sabe hacerlo, el segundo ensayo puede tener todo el valor y la eficacia toda de su importante mision, y enmendar, con relativo beneficio para el presente, los males con que la deficiencia del primero amenaza al porvenir. El partido constitucional reconstituído bajo su direccion; la nueva democracia monárquica, aceptándola con una habilidad que será igual al provecho; algun que otro elemento de los radicalismos expectantes, acudiendo, como es bastante presumible que lo hagan, á su llamamiento, y la benevolencia, hoy tan estérilmente empleada, del republicanismo pacífico, auxiliándole tambien, sin los contrasentidos ni las abdicaciones bochornosas con que ha ayudado á esta situacion, con más credulidad inocente, en el fondo, que interesada y egoista malicia: así, sobre estas bases, con estas condiciones, desde este punto de partida es como la opinion general cree hoy posible todavía la enmienda del gran entuerto engendrado por esa otra Fusion apócrifa, que tan inútilmente intentara formarse al calor de la insuficiencia y de la decrepitud intelectual del Sr. Sagasta, y que han explotado temerariamente la aquiescencia deletérea de los Posadas, el inverosímil amor propio de los Alonsos, las pretensiones cómico-diabólicas de los Armijos, y el craso desconocimiento de los asuntos públicos en los Campos. Y es más: el mismo partido conservador, que descansa, arma al bra-

zo, y con todos los honores de una esplendidísima victoria, al lado de las instituciones que son su hechura, y á quien está seguro de seguir sirviendo noble y grandemente en su misma desgracia, todavía no explicada; el mismo partido conservador tendría que aprobar esa solución, y que favorecerla con los medios indirectos, pero eficacísimos, que hoy consienten su actitud y su situación. Porque el partido conservador piensa y debe pensar que, como liberal y como monárquico de veras, tiene un interés supremo en que se cumplan por completo los patrióticos fines que impulsaron al poder moderador á realizar el cambio político de Febrero; porque el partido conservador, fuerte en su posición, seguro de su porvenir, satisfecho de la gratitud que le deben y reconocen los importantes elementos sociales que representa y sirve, ni desea, ni recibiría el poder mientras la prueba magna de la izquierda monárquica no esté hecha y juzgada en todas sus partes, mientras quede á sus enemigos, aunque sea sólo en la apariencia, derecho ó pretexto para acusarle, como le acusaba la apremiante necesidad sagastina, de servir de obstáculo directo ó indirecto á la formación y al turno pacífico y fecundo de los dos grandes elementos constitucionales de izquierda y derecha; porque el partido conservador no necesita ni quiere el poder para constituirse y organizarse á su sombra, sino pura y sencillamente para gobernar bien desde el primer día, con la inmensa, incontestable superioridad de sus principios fijos, de su programa inmutable, de su liberalismo verdad, y de su autoritarismo prudente; porque el partido conservador, en fin, sólo recibirá satisfecho y con tranquila conciencia la nueva dirección de los asuntos públicos cuando el Rey se la conceda en nombre de la opinión pública fielmente interpretada por su alta sabiduría.—Vea, pues, la verdadera izquierda legal, cuya necesidad todos sentimos, la inmensa facilidad que tiene en principio su advenimiento. Si los doctores en liberalismo de mañana, no saben tampoco aprovecharla, quiere decir que entonces el neo-progresismo habrá escrito por su propia mano su triste epitafio definitivo, y las instituciones y los conservadores se lavarán las manos con mucha mayor pureza de intención que Pilatos; y España juzgará.

G.

# MOVIMIENTO LITERARIO

EN EL EXTRANJERO.

## HISTORIA.

### FRANCIA.

*Le Chateau de Versailles* se llama un libro publicado por L. Dussieux, profesor de la Escuela Militar de Saint-Cyr, y á la descripción é historia de este famoso sitio real destina los dos volúmenes de que consta la obra. La parte descriptiva ocupa la mayor del trabajo de Mr. Dussieux, y en este punto puede asegurarse que apura la materia, pues nada de cuanto es averiguable ha omitido el autor, haciendo el libro más interesante y completo con numerosos planos y descripciones. En lo que se refiere á la parte histórica es menos original y curiosa, porque añade muy poco á lo que ya se sabe de la corte de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI; pero así y todo, el trabajo es completo y rico de investigaciones, mereciendo elogios sin reservas una obra en que no sólo los historiadores, sino también los artistas, hallarán agradable solaz y datos hasta ahora desconocidos (1).

Antonio Galland acompañó en su embajada á Constantinopla, en calidad de secretario, al Marqués de Nointel, y á su estancia allí se refiere el Diario publicado por Carlos Schefer, que comprende desde el primero de enero de 1672 hasta junio de 1673. Todo cuanto al Embajador le sucedió en este espacio de tiempo está descrito en el diario de Galland, que ofrece la verosimilitud de aquello en que el que escribe ha sido espectador y aun actor, sin contar con que en este caso el personaje que narra tiene cualidades en su ingenio y en su estilo, que son bastante atractivas para sostener el interés del lector. Un prefacio de Mr. Schefer que precede al libro da valor á la publicación, pues en él se aclaran muchos puntos del Diario, y se analizan otros con buen espíritu crítico y abundante erudición. La obra es, pues, digna de la acogida que ha recibido del público (2).

*Luisa de la Vallière y la juventud de Luis XIV* se llama un libro de Mr. Lair, que ha llamado poderosamente la atención en Francia. Y en verdad que el trabajo está lleno de encantos y merece todo el favor que el público le dispensa, pues revela en su autor un arte para la exposición histórica que le asegura justa reputación y que merece ser empleado en asuntos de más magnitud. Conoce de tal manera los acontecimientos de la época, y de tal ma-

(1) *Le Chateau de Versailles*, histoire et description por L. Dussieux.—Versailles, Bernard, 1881.—2 vols.

(2) *Journal d'Antoine Galland, pendant son séjour á Constantinople (1672-1673)*, publié et annoté par Charles Schefer.—Paris, Leroux, 1881.

nera sabe expresarlos y aprovechar los datos que le comunican los documentos auténticos, que no parece sino que escribe de sucesos que él ha presenciado, obligando al lector á tomar parte en ellos y adornando de un interés novelesco aquello que va comprobado con el testimonio de la verdad. El libro en algunos puntos es un tanto picante, como el asunto da de sí; pero en el conjunto resulta serio, y moral en el fin, sobre todo al presentar los últimos años de la vida de su heroína (1).

## ITALIA.

Un libro de historia contemporánea que ha llamado poderosamente la atención de Europa es el publicado por Diamilla-Muller con el título de *Politica segreta italiana*. En él aparece la correspondencia de Mazzini con varios personajes políticos de la corte de Víctor Manuel, y se pone en claro que éste pactó en diversas ocasiones con el jefe de los republicanos italianos sobre la unidad nacional. Documentos interesantísimos acerca de las relaciones secretas con Prusia y Francia dan idea de las negociaciones políticas de estos países, y sobre todo de lo relativo á la influencia de Italia en África. El libro ofrece muchas cosas curiosas y presta materiales para la historia de la política contemporánea, siendo digno de ser leído por los que deseen conocer la parte secreta de los acontecimientos que han dado por resultado la unidad italiana, y aun para prever los que están por venir (2).

## ALEMANIA.

Una nueva historia de la revolución de Inglaterra se ha publicado en Alemania por el profesor Dr. Alfredo Stern, que ya había escrito la biografía de Milton. Teniendo presentes los últimos documentos conocidos sobre este período histórico de Inglaterra y con nuevas investigaciones, pinta fielmente el estado de la opinión antes y durante la revolución y el movimiento puritano. La obra, que consta de dos tomos, presenta como héroe principal á Oliverio Crómwell, y partiendo de esta base, es el autor sobrado parcial al presentar otros personajes; pero nada omite para dar conocimiento más ó menos exacto de Laud, de Strafford, de Elliot, de Falkland, de Pym, de Fairfax y de Monk. La obra en general está bien pensada y escrita; resulta muy interesante por el fondo y por la forma, y merece ser leída y figurar entre las buenas que se han escrito sobre esta materia (3).

El Dr. Rodolfo Nicolai ha publicado un libro sobre literatura romana, que puede ofrecerse como modelo en su género. En un

(1) *Louise de la Vallière et la jeunesse de Louis XIV*, d'après des documents inédits, par J. Lair — Paris, Plon, 1881.—1 vol., 8 frs.

(2) *Politica segreta italiana*, 1863-1870.—Torino, Roux et Javale, 1881.—1 vol., 5 frs.

(3) *Geschichte der Revolution in England*, von Dr. Alfred Stern.—1881.—2 vols.

solo tomo, aunque muy voluminoso, presenta condensado cuanto hay de más esencial é interesante en la literatura latina. Todos los pormenores biográficos y bibliográficos necesarios constan en el libro, y los autores aparecen primorosamente caracterizados y con notabilísima concisión; de manera que el Dr. Nicolai ha conseguido dar una idea clara del talento de los escritores de que juzga, y por medio de pormenores característicos, hacerles revivir ante el lector en toda su originalidad y con la propia fisonomía. El libro comienza por una introducción que contiene un estudio bibliográfico muy completo de la historia literaria romana. Divide la obra en cuatro períodos, principiando por la edad arcaica, que comprende la literatura primitiva en el estado de preparación; síguele la edad de oro, ó sea el período ciceroniano; después la edad de plata, y por último la de decadencia, que comprende desde la muerte de Marco Aurelio hasta el año 500 de la Era cristiana. De cada uno de estos períodos hace dos grandes subdivisiones, una que abarca la historia de la prosa, y otra la de la poesía, presentando en cada una tantos capítulos cuantos géneros literarios contiene. Como se ve, el libro está presentado con método excelente y plausible claridad, siendo las apreciaciones del autor tan justas como moderadas. Útil por todos conceptos para las inteligencias menos cultivadas, lo es también para los eruditos y filólogos, por los numerosos repertorios bibliográficos que contiene, puestos á continuación de los párrafos donde son apreciados los principales escritores. En resumen, la obra es de las mejores de su especie, y merece ser propagada y recomendada (1).

El Dr. Lorenzo Grasberger ha consagrado su vida al estudio de las costumbres griegas y romanas, y acaba de publicar la tercera parte de su obra sobre la educación del cuerpo y del espíritu entre los antiguos: tratan las dos primeras de la infancia, de los juegos, de la educación física y de los primeros estudios de los niños entre griegos y romanos; y la tercera, que acaba de publicarse, de los ejercicios y de los estudios con que el espíritu y el cuerpo de los adolescentes acaban de desarrollarse. En este libro, gracias al Dr. Grasberger, se ponen en claro los procedimientos que empleaban los antiguos griegos y romanos para aprender el manejo de las armas en todas sus variedades, así como los que empleaban para su educación en otros ramos. El baile y la música tienen un capítulo aparte, y todo el libro está lleno de erudición abundante y variada, y representa un penoso trabajo, útil y digno de recompensa (2).

(1) *Geschichte der Römischen Literatur*, von Dr. Rudolf Nicolai.—Magdeburg, 1881.—12 marcos.

(2) *Erziehung und Untervicht un Klassischen Altertum*, nach den Quellen dargestellt von Dr. Lorenz Grasberger.—Würzburg, Stahel, 1881.